

ANNIE BESANT



AUTOBIOGRAFÍA

ANNIE BESANT

AUTOBIOGRAFIA



Andrés Mellado, 42
Madrid-15 - España

Editorial EYRAS dedica todos sus esfuerzos a explorar el potencial interno del hombre a través de la publicación de libros de indiscutible calidad, tanto de grandes Maestros que por sus elevados conocimientos están en posición de indicarnos el camino como así también de todos aquellos que a través de sus pensamientos o sus experiencias han abierto un sendero hacia las posibilidades infinitas que son patrimonio del ser humano.



ANNIE BESANT

AUTOBIOGRAFIA

TRADUCIDA DE LA CUARTA EDICION INGLESA Y COMPLETA

POR

MARIA SOLA DE SELLAES

Título original en inglés
ANNIE BESANT-AUTOBIOGRAPHY

Traducción de:
MARIA SOLA DE SELLARES

Corrección estilística por el profesor:
ENRIQUE ROMERO CALVO

Es propiedad de:
Theosophical Publishing House
Adyar-Madras-India

Diseño de portada de:
ROSA ESTEBAN

(C) EDITORIAL EYRAS
Andrés Mellado, 42
Madrid-15 (España)

Reservados todos los derechos
de habla española.
Prohibida la reproducción total
o parcial del presente libro.

ISBN: 84-85269-15-2
Depósito legal: M. 220 - 1980
Impreso en Artes Gráficas Ibarra, S. A.
Matilde Hernández, 31 - Madrid-19

Editorial EYRAS agradece a los señores Tucci de Editorial GLEM de Argentina la cesión desinteresada de los Derechos de Edición y Traducción de esta magnífica obra editada por ellos en Buenos Aires en el año 1958.

EL EDITOR



INTRODUCCION

Todos los libros teosóficos son de gran utilidad para quienes de corazón los leen y estudian, pues sus enseñanzas deparan múltiples facilidades de convertir la Teosofía, pura Sabiduría de la verdad, en la filosofía que transforme, hasta deificarla, la vida del hombre. Pero a mi entender, la narración de una vida que sea reflejo de un ideal supera a toda enseñanza teórica porque el ejemplo invita a la profundización real y vívida de verdades abstrusas, a veces, para la mente humana a causa de su magnitud.

La vida de la doctora Besant, preñada de sacrificios, de renunciaciones, de luchas es, en su cúspide, una pura encarnación del ideal teosófico, y en sus diversos períodos, la expresión del sendero del discipulado que hollaron los Grandes Seres, y que si bien hacia su término desaparece en las sublimes regiones de lo divino, se inicia con la primera ofrenda del ser en su morada humana.

Por esta razón estudiando la "Autobiografía de la Dra. Besant" se percibe, a través de los latidos de su alma, la plasmación de todas las fases de la más alta doctrina; se sigue el proceso de evolución de un Ego desde que sintió realmente el dolor y la ignorancia del género humano y después de acerbadas luchas aspiró a la posesión de la Verdad, hasta que se convirtió en Adepto, canal de la Verdad misma.

¡Que las enseñanzas de este libro orienten, fortalezcan e iluminen!

La última edición del libro cuya traducción ofrecemos a los países de habla española se hizo en 1917, pero la Dra. Besant terminó su autobiografía en 1893, o sea, que median treinta y dos años hasta el momento actual. Para llenar esta laguna he completado la traducción con

algunos capítulos del libro "Annie Besant: un abregé de sa vie", graciosamente ofrecido por su autora, Aimée Blech, y con todo lo que he podido recopilar de la última fase de su vida, escogiendo con predilección los artículos y estudios de la misma Dra. Besant insertos en revistas y periódicos y que no solamente reflejan la actividad desplegada en esta época, cumbre de su vida, sino también la amplísima y elevada actitud en ella mantenida.

Ruego al lector que juzgue con benevolencia esta última y breve parte de la obra, pues aunque mi único trabajo ha sido el de seleccionar y ordenar para que quedase hasta la fecha completa la biografía de Annie Besant, no sé si en todo momento habrá presidido el acierto y la justa valoración.

Antes de terminar doy las más sinceras gracias a Don Federico Climent y Tercer cuya valiosísima cooperación me ha permitido mayor fidelidad en la versión castellana de la obra.

M. S. de S.

PREFACIO DE LA TERCERA EDICION INGLESA

Diecinueve años han transcurrido desde que ingresé en la Sociedad Teosófica como se registra al final de este libro. Durante este período y por ella, he sido conferenciante y escritora; he viajado por todo el mundo para servirla; he visitado la mayor parte de países europeos y en todos ellos he fundado Secciones de la Sociedad. Francia, Bélgica, Holanda, Alemania, Hungría, Italia, Dinamarca, Suecia, Noruega han escuchado gratamente el mensaje de la Teosofía y en sus principales ciudades se agrupan actualmente miembros de la Sociedad Teosófica. Inglaterra y Escocia tuvieron, naturalmente, la mejor parte en esta labor de propaganda en Europa, y contemplo el profundo cambio que ha sufrido el pensamiento inglés al apartarse del materialismo y revivir el misticismo, efecto de la oleada de vida espiritual de que es cumbre la Sociedad Teosófica.

He viajado por los Estados Unidos largo tiempo dando conferencias en las más importantes ciudades, y trabajo semejante he cumplido en Australia y Nueva Zelanda. Realicé la obra capital en la India, mi campo de acción desde que en 1893 estuve allí por vez primera. El primordial objetivo de mi actuación en aquel país es avivar, fortalecer y realzar las religiones arcaicas: Induismo y Zoroastrianismo, y en Ceilán y Birmania el Budismo. El éxito con que la S. T. ha cumplido esta obra está mundialmente reconocido, tanto por amigos como por enemigos, y la restauración de los antiguos credos ha engendrado nuevo respeto entre los que los profesan, el engrimiento del pasado y la esperanza en lo futuro, y como

inevitable resultado, una gran oleada de vida patriótica, inicio de reconstrucción de una nacionalidad.

En segundo lugar la actividad ha sido educativa y su característica es el enlace de la educación occidental con la religión y ética orientales y el sostenimiento de institutos y escuelas bajo la dirección de los indos en vez del Gobierno o de los misioneros, únicos educadores hasta que la S. T. entró en la lid.

En Ceilán, tres institutos y más de doscientas escuelas florecen al cuidado de teósofos budistas; en la India, dos institutos y un creciente número de escuelas coeducativas están dirigidos por teósofos indos, y en Madrás la S. T. sostiene cinco escuelas libres para los parias en las que se agrupan niños hasta la fecha menospreciados.

En Adyar, cerca de Madrás, donde se halla el cuartel general de la S. T., se ha fundado una biblioteca oriental que contiene algunas obras de ejemplar único en sánscrito y pali, así como una colección de manuscritos de hoja de palma y otros valiosos volúmenes.

Mi actividad en la India desde 1893 hasta 1907 se efectuó en íntima colaboración con el Presidente fundador de la S. T., el Coronel Henry Steel Olcott, colega de nuestra muy venerada H. P. Blavatsky. A su iniciativa y continuo esfuerzo se debe la expansión de la obra budista en Ceilán, la creación del cuartel de Adyar, de la Biblioteca oriental y de las escuelas para los parias, así como la obra delantera encaminada a despertar en los induistas y zoroastrianos el reconocimiento de los inapreciables tesoros que ocultan sus libros sagrados, y que dejaron cubrir de polvo. Al desaparecer de entre nosotros en febrero de 1907, dejó admirablemente organizado el movimiento mundial, con posibilidad de una amplitud definida prosiguiendo los caminos con tanto acierto trazados. A su muerte y por deseo de su Maestro, me designó para la Presidencia en la que le sucedí después de ratificada la designación por la Sociedad Teosófica.

Conviene manifestar en estas páginas que durante los diecinueve años de intentísimo trabajo mundialmente realizado, la Teosofía ha sido para mí manantial de fortaleza, de paz y de felicidad siempre

crecientes. Ni una sola vez, ni un solo instante siquiera, vaciló mi fe en ella, ni la más leve nube de desconfianza cruzó por mi cielo. Cada año ha acrecentado en algo mi conocimiento, ha traído consigo alguna comprobación de las "cosas oídas", alguna prueba de las verdades teóricas. La vida se ha desenvuelto más y más inteligible; la muerte un incidente sin importancia en una siempre más amplia vida.

Mi agradecimiento hacia H. P. Blavatsky no es ya el entusiasmo ardoroso, y menos aún la ciega fe del discípulo en el maestro, sino la gozosa gratitud de un alma hacia el dador de conocimiento, confirmado por la experiencia, y un siempre creciente reconocimiento del valor inapreciable del don recibido.

Cuando en los venideros días el mundo se regocije en la Religión universal computará la grandeza de las almas que pusieron sus fundamentos, y no en el más ínfimo lugar de los Maestros fundadores, se reverenciará a H. P. Blavatsky.

ANNIE BESANT

Benarés (India), 25 de enero de 1908.



PREFACIO

Es difícil relatar la historia de una vida, y más aún cuando es la propia. A lo mejor la narración denota vanidad, y lo único que justifica el procedimiento es que siendo la vida una de tantas, refleja muchas otras, y en tiempos tan turbulentos como los nuestros puede ofrecer la experiencia de muchas vidas, más bien que la de una sola. Así el autobiógrafo efectúa su labor pensando que a costa de lo desagradable para él puede esclarecer algunos problemas fundamentales que conturban el ánimo de sus contemporáneos y tal vez tender una mano auxiliadora a quien luche en las tinieblas y alentarle cuando sea preso de la desesperación.

La mayoría de seres humanos de esta inquieta y anhelante generación tenemos hoy día las mismas ansiedades, las mismas congojas, las mismas esperanzas, el mismo apasionado deseo de conocimiento, pues nos hallamos rodeados de fuerzas que percibimos veladamente y no comprendemos; estamos descontentos de las pasadas ideologías y medio temerosos ante las nuevas; sentimos avidez por los resultados materiales del conocimiento que nos ofrece la ciencia; aunque miramos de solayo su agnosticismo con respecto al alma; nos mostramos medrosos ante la superstición y más aún ante el ateísmo; repelemos los formulismos de los difundidos credos, pero estamos desesperadamente hambrientos de ideales espiritualistas. Por esta común afinidad, la biografía de uno quizá sea útil a todos y la narración de la vida de un alma que caminó sola en la obscuridad y más allá encontró la Luz, que luchó en medio de la tempe-

tad y después halló la Paz, pueda difundir un rayo de luz y de paz
entre las tinieblas y las tormentas de otras vidas.

ANNIE BESANT
The Theosophical Society.
Londres, agosto de 1893.

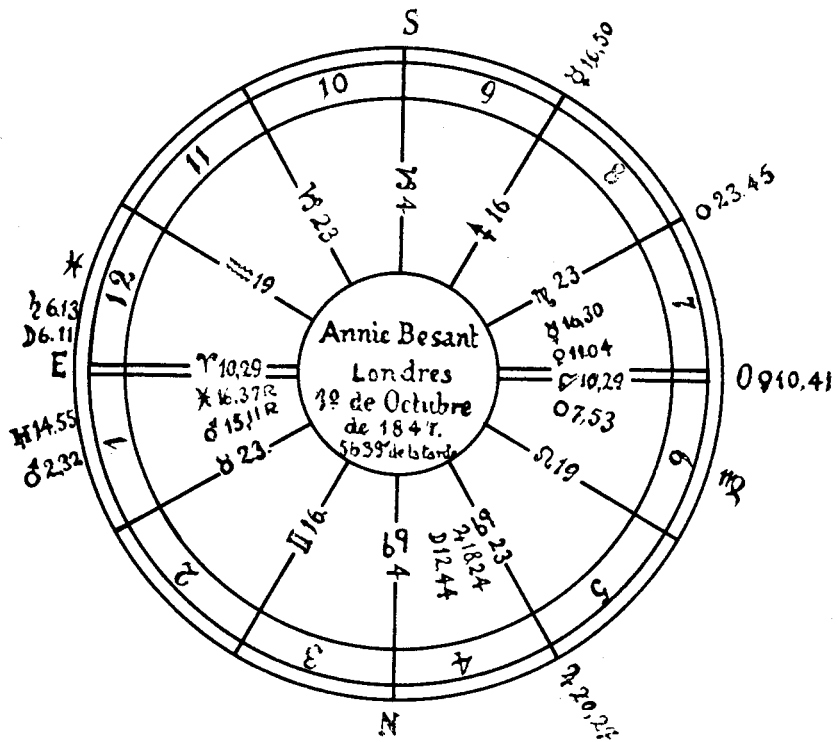
DE LA PERIFERIA AL CENTRO

Según verídicos informes, el 1.º de Octubre de 1847 a las cinco y treinta y nueve minutos de la tarde mis infantiles ojos vieron la luz (?) en la ciudad de Londres.

Un astrólogo amigo trazó el diagrama que a continuación copio, señalando la posición de los planetas en aquel para mí horoscópico momento; pero desconozco la astrología y siento que la incompetencia me impida examinarlo.

Verdaderamente, si se considera que el sol, la luna y los planetas influyen en la condición física de la tierra, no es extraño que en el orden natural influyan también en el cuerpo físico del hombre, constituido por materia terrestre y moldeado según sus cualidades. Quien conoce las características atribuidas a los que nacen bajo determinado signo del Zodíaco, puede fácilmente distinguir los variados caracteres que se manifiestan entre sus propias amistades, y el astrólogo sabrá conocer por ellos el signo influyente en su nacimiento. Descubrirá con rapidez que dos hombres de tendencias completamente opuestas no nacieron bajo un mismo signo, y la invariabilidad en todos los casos le convencerá de que actúa una ley, no el azar.

Nacemos a la vida terrena en circunstancias que físicamente nos afectaban prenatalmente y que han de producir sus efectos en nuestra subsiguiente evolución física. Pero la astrología, tal como ahora se practica, puede precisar, a lo sumo, la interacción de las condiciones físicas en determinado momento y la especial de una persona



cuya constitución general y circunstancia natal conozcamos. No puede indicar lo que una persona hará, ni lo que ha de sucederle, sino tan sólo su jurisdicción física, es decir, qué encontrará en su camino, qué clase de impulsos procedentes de la naturaleza externa y de su propio cuerpo entrarán en actividad. Aun cuando sobre esos asuntos no sea la moderna astrología digna de confianza, a juzgar por los errores cometidos o la mala preparación de quienes en su campo se consideran competentes, yo no dudo de que existe una verdadera ciencia astrológica y de que ha habido en el pasado maestros en ella.

Ha sido siempre algo penoso para mí haber nacido en el centro de la ciudad de Londres, pues las tres cuartas partes de mi sangre y mi corazón entero son irlandesas. Mi madre amada procedía del más puro origen irlandés y mi padre era irlandés de parte materna, aunque perteneciente al Devonshire Woods de la paterna. Los Woods eran labradores del más rústico tipo inglés, cultivadores de su propia tierra con honrada independencia.

En los últimos años tendieron a desenvolverse, al parecer más intelectualmente, sobre todo desde el momento en que Matthew Wood, nombrado Alcalde de la ciudad de Londres, peleó en las batallas de la Reina Carolina contra su benévolo y religioso regio consorte, en las que fue generosamente apoyado por el Duque de Kent. En recompensa de los servicios prestados recibió de la regia hermana del Duque el título de Barón. Desde entonces los Woods dieron a Inglaterra un Lord canciller en la persona de Lord Hatherley, de corazón bondadoso y vida pura, mientras otros miembros de la familia se distinguían de diversos modos en el servicio del país.

A pesar de esto, me siento inclinada a considerar intrusa la sangre inglesa infundida en las venas de mi padre, hijo de una irlandesa, nacido en Galway y educado en el Trinity College de Dublín. Siempre el idioma irlandés ha sido musical para mi oído y siempre la raza irlandesa, amada en mi corazón.

Sólo en Irlanda puede acontecer que si os detenéis a preguntar

en dónde está algún viejo monumento a cualquier andrajosa mujer os diga: "Seguramente, querido mío, se halla en la cúspide de la colina y al otro extremo, donde alguien os mostrará el camino. Desde allí verá el lugar en que puso los pies el bienaventurado San Patricio: su bendición sea con nosotros."

En ningún país una mujer vieja y pobre como ésta se os presentará tan alegre, amistosa y expansiva. ¿Dónde, excepto en Irlanda, hallaréis toda una ciudad congregada en la estación para despedir a media docena de emigrantes, y no sólo esto, sino descender al andén una masa compacta de hombres y mujeres que luchan, trepan uno encima de otro para recibir el último beso, lloran, gritan y ríen, todo a un tiempo; y más aún sentiréis en el aire la emoción vivísima y en la garganta se formará un nudo y las lágrimas acudirán a los ojos en el momento en que el tren se pone en marcha? ¿Dónde, excepto en Irlanda, veréis un coche en la calle y a un lado el cochero taciturno que, apenas descubre que sois turista, se vuelve un amigo locuaz y os habla de todo lo que, a su entender, puede interesaros?

¡Benditos sean las lenguas parleras y el corazón ardiente; bendito este pueblo tan fácil de dirigir, tan difícil de dominar! ¡Y bendita la vieja tierra un tiempo morada de hombres poderosos en sabiduría, convertida después en la Isla de los Santos, y que en lo futuro, cuando la Rueda haya dado otra vuelta, será de nuevo la Isla de los Sabios!

Mi abuelo materno era un típico irlandés a quien en mi infancia mucho admiraba y algo también temía. Pertenecía a una decadente familia irlandesa, los Maurices, y en su alegre juventud con su bella consorte, tan jubilosa como él, se satisfizo con lo que de su fortuna le quedaba. En su senectud, copiosos ya los nevados cabellos, mostraba aún la ardiente sangre del irlandés, enardecida por la más fútil provocación, pero fácilmente apaciguada. Mi madre, segunda hija de una familia que aumentaba en número a medida que disminuía el caudal, fue adoptada por una tía soltera, cuyo extraño recuerdo llegó hasta mí mediante la infancia de mi madre contribuyendo a modelar su carácter y el mío.

Esta tía soltera, como sucede con la mayoría de los irlandeses arruinados, estaba muy orgullosa de su árbol genealógico con las raíces en los inevitables "reyes". Los suyos eran "los siete reyes de Francia", "reyes de Miliesia", y el árbol se desarrolló en un pergamino, con toda su solemne majestad, sobre la chimenea del modesto salón de su descendiente.

La niña Emilia contemplaba esta heráldica maravilla con profundo respeto que me atrevo a suponer no merecían aquellas poco dignas realezas, bajo ningún aspecto, y de las que afortunadamente era un distante brinquillo. Expulsados de Francia por alguna que otra causa atravesaron el mar para ir a Irlanda y allí continuaron su inquieta vida de pillaje. Pero la rueda del tiempo gira tan extrañamente que en la primera mitad de la actual centuria aquellos malhechores y bárbaros ganapanes se convirtieron en un a modo de termómetro moral en casa de la noble irlandesa. Me contaba mi madre que cuando cometía alguna travesura infantil, su tía, mirando gravemente por encima de sus gafas al pequeño reo, decía: "Emilia, tu conducta es indigna de un descendiente de los siete reyes de Francia". Y Emilia con sus grises y dulces ojos de irlandesa y sus abundantes rizos, negros como plumaje de cuervo, lloraba arrepentida de su delito con vaga idea de que aquellos regios antepasados y para ella muy reales, despreciarían el diminuto y suave capullo de rosa del todo indigno de sus majestades.

Estas fantásticas formas influyeron en su niñez y tal poder ejercieron en ella que huía de todo lo que fuese indigno, mezquino o despreciable. Para mi madre debía evitarse, a costa del más acerbo dolor, la más leve sombra de desdoro y a mí, su única hija, me infundió este mismo fiero y vehemente horror hacia mácula alguna de oprobio o merecida ignominia. Deseaba mantener su frente siempre erguida ante el mundo y su reputación siempre límpida; que si soportable era el sufrimiento no así el deshonor. Una mujer noble podía morir de hambre, pero no contraer deudas; tener lacerado el corazón, pero su faz había de sonreír.

He pensado a menudo que esta disciplina de la reserva y esta al-

tivez del honor fue una extraña preparación para mi tempestuosa vida pública, tan combatida y calumniada, pues el íntimo encogimiento hacia toda crítica sobre la pureza y el honor personal agudizó de tal modo el dolor de afrontar el odio público que sólo puede apreciarlo quien haya sido educado en una escuela, a semejanza de la mía, del enaltecido autorrespeto.

Sin embargo, obtuve otro resultado que quizá equilibró esta extrema sensibilidad al dolor por la calumnia y desprecio de los demás y fue el inflexible sentimiento que con obstinación se erguía e interiormente, ante la más abyecta mentira, afirmaba su propia pureza. De este modo, cuando la calumnia era muy grave, este sentimiento daba denodadamente en rostro al enemigo y demasiado altivo para justificarse o defenderse, se decía en su propio corazón: "No soy lo que creéis y vuestro veredicto no alterará mi yo. No me envileceréis, a pesar de vuestro pensamientos, pues no quiero convertirme ante mis propios ojos en aquello que actualmente me atribuí." Y el engrimiento se convirtió en un escudo contra la degradación, pues aunque perdiese mi fama nunca hubiese podido sufrir la manchilla ante mis ojos, cosa natural para una mujer que en un tiempo se vio separada del hogar, de los amigos y de la sociedad.

La paz reine sobre los despojos de mi tía abuela doncella y sobre sus absurdos reyes: a pesar de todo algo les debo. Además guardo grata memoria de mi desconocida tía abuela porque educó a mi querida madre, la más tierna, la más altiva y la más pura de las mujeres. Gran bien produce recordar a una madre que fue expresión de lo más noble y ponderado en la infancia y juventud, cuya faz embelleció el hogar y cuyo amor fue a la vez luz y protección. Ninguna otra experiencia en la vida podría plenamente compensar la falta de perfecta unión entre la madre y el hijo, unión que en nuestro caso nunca se relajó ni debilitó.

A pesar de que su aflicción por mi cambio de fe y consiguiente ostracismo social mucho acelerase la hora de su muerte, nunca una nubecilla se interpuso entre nuestros corazones; a pesar de que sus

ruegos en los últimos días fue lo más acerbo de resistir y motivaron amarguísima agonía, ningún abismo se levantó entre nosotras, ni se enfrió nuestro mutuo amor. Hoy la recuerdo con la misma amorosa gratitud que me unió a ella durante su terrena vida. No he encontrado una mujer más rendidamente entregada a los seres amados, más fieramente desdeñosa de lo indigno o vil, más sutilmente sensitiva en toda cuestión de honor, de más férrea voluntad, ni de más dulce ternura que aquélla, mi madre, que hizo mi adolescencia luminosa como tierra de ensueño, que me preservó hasta mi boda de toda pena evitándola o sobrellevándola en mi lugar; que sufrió más que yo misma por los sinsabores que me afectaron posteriormente y que murió en mayo de 1874 en la casita que adquirimos para nuestra morada en Norwood, decrépita antes de la vejez a causa de la pena, la pobreza y el dolor.

Mis más tempranos recuerdos personales son de una casa y un jardín donde vivimos cuando yo contaba tres o cuatro años, situada en Grove Road St. John's Wood. Recuerdo aún a mi madre dando vueltas a la mesa del comedor a fin de examinar si todo estaba en orden para la llegada del esposo; a mi hermano, dos años mayor que yo, y a mí esperando "a papá"; al amante bienvenido y los jugueteos que siempre precedían al ágape de los mayores. Recuerdo también el primero de octubre de 1851 en que salté de mi menuda cama y exclamé triunfalmente: "papá, mamá, tengo cuatro años", y la grave demanda de mi hermano, consciente de su mayor edad, a la hora de la comida: "¿No puede Ana en este día usar cuchillo, cumplidos ya sus cuatro años?"

Durante el mismo año 1851 me apenó sobre manera que no me juzgasen lo bastante mayor para ir a la Exposición Universal y recuerdo vagamente que mi hermano para consolarme me trajo uno de los grabados que se vendían por las calles y ante las hermosas imágenes aumentó mi anhelo de verla. Pero todas esas memorias están ya lejanas y son vagas y vulgares. Es deplorable que un niño no pueda observar y retener mentalmente; así iluminaría, a la manera del alba en el mundo externo, la conciencia humana. ¡Si pudié-

semos recordar cómo percibimos las cosas cuando por vez primera hirieron nuestra retina; lo que sentimos en el primer momento de ser consciente de este mundo; cuál fue el sentimiento experimentado al definirse entre el caos circundante el rostro del padre y de la madre y convertirse en algo familiar saludado con una sonrisa y perdido con un llanto! Si la memoria no se nublara cuando en posteriores años nos esforzamos en dirigir nuestra mirada atrás, hacia la obscuridad de nuestra infancia, ¡qué de lecciones aprenderíamos para ayudar nuestra vacilante psicología!, ¡qué de problemas resolveríamos cuya solución en vano buscamos a tientas en Occidente!

La siguiente escena, que se destaca claramente en el trasfondo del pasado, es el lecho de muerte de mi padre. Por mi querida madre conocí los acontecimientos que le condujeron a la muerte. El no había perdido nunca su afecto a la profesión que cursó y teniendo muchos amigos médicos quería de cuando en cuando acompañarles a los hospitales y tomar parte en sus trabajos de disección. Aconteció que durante la autopsia del cadáver de una persona que había muerto de tisis galopante mi padre se cortó el dedo con el canto del esternón. La escisión no se curó fácilmente y el dedo continuó hinchado e irritado. “Si yo fuese Vd., Wood, me haría cortar el dedo”, díjole uno o dos días después, uno de los cirujanos viendo el estado de la herida. Pero los demás se rieron de la insinuación, y mi padre inclinado al principio a someterse a la amputación se decidió a “que la naturaleza obrase por sí sola”.

A mediados de agosto de 1852 hallándose en el imperial de un ómnibus se caló hasta los huesos resultando de ello un grave resfriado que “se localizó en el pecho”. Se llamó a uno de los más eminentes doctores de aquel tiempo, aunque de rústicos modales. Lo examinó con cuidado, auscultó sus pulmones y dejó la habitación seguido de mi madre. ¿Qué? —pregunto ella— sin otra preocupación que la de saber el tiempo que su marido se aburriría en casa. “Aliéntelo”, contestó irreflexivamente; “tiene una tisis galopante y no vivirá más allá de seis semanas”. La esposa vacilo y cayó al suelo desplomada. Pero el amor prevaleció contra la angustia y media

hora después se hallaba de nuevo al lado de mi padre del que no se separó ni un minuto hasta que la muerte le cerró los ojos.

La víspera del fallecimiento me auparon hasta la cama para que “dijera adiós al querido papá”, y recuerdo que me asustaron sus ojos de tan profunda mirada y su voz de tan extraño tono cuando me hizo prometer que sería siempre “buena muchacha para la querida mamá mientras papá estuviese ausente”. Recuerdo también mi insistencia de que “papá besara a Cherry”, una muñeca que por indicación suya me habían regalado el día de mi cumpleaños, tres años antes, y de que me alejaron del aposento llorando y forcejeando.

Murió al día siguiente, 5 de octubre, y no recuerdo que mi hermano y yo, trasladados a casa de nuestra abuela paterna, volviésemos a nuestro hogar hasta el día de los funerales. A causa de esta muerte mi madre se abatió muchísimo y la sacaron desvanecida de la cámara mortuoria. Cuando recobró el sentido pidió con vivísimo anhelo que la dejaran sola. Se encerró en su habitación toda la noche, y a la mañana siguiente, convencida al fin por su madre, abrió la puerta y al volver la faz oyó que exclamaba: “Dios mío, Emilia, se ha vuelto blanco tu cabello”. Así era; aquel pelo negro, lustroso y abundante que, contrastando con sus rasgados ojos grises daba a su rostro tan extraño atractivo, se tornó gris en aquella noche de agonía. La memoria del semblante de mi madre la he tenido siempre con sus primorosas bandas de plateado cabello, blanco como la nieve inmaculada.

Había oído contar que el amor entre mi padre y mi madre era extraordinario, y seguramente esto dejó huella indeleble en su carácter. El era intelectual, perspicaz y hombre de sólida cultura; matemático y buen humanista, profesor de francés, alemán, italiano, español y portugués con superficiales conocimientos del hebreo y gallego. Las horas que estaba en casa se deleitaba con los tesoros de la antigua y moderna literatura.

Nada le era más placentero que sentarse junto a su esposa y mientras ella trabajaba leerle algo en alta voz, ora traduciendo de

algún poeta extranjero, ora recitando melodiosamente las exquisitas estrofas de la "Reina Mab". A pesar de sus estudios de filosofía, era profunda y eminentemente escéptico, y me refirió un pariente muy religioso que a menudo mi madre había de salir del aposento molestanda por las frívolas y juguetonas burlas que su esposo hacía de los dogmas cristianos. Su madre y hermana eran rígidas católicas romanas y en los últimos momentos de la vida de mi padre lograron introducir en la habitación, a la fuerza, a un sacerdote que prestamente marchó ante la ira del moribundo y la vehemente decisión de la esposa dispuesta a no permitir que se acercase a su amado, mensajero alguno del credo que aborrecía.

Profundamente erudito en filosofía había trascendido las creencias ortodoxas de su época y mi madre que le amaba demasiado para censurarle solía reconciliar su propia devoción con el escepticismo de su consorte sosteniendo que "la mujer ha de ser religiosa, pero el hombre tiene derecho a leerlo todo y a pensar como le plazca con tal de que su conducta sea recta y honesta". Lo cierto es que el pensar liberal y heterodoxo de mi padre modificó insensiblemente y en parte racionalizó la fe de mi madre, quien desechó por erróneas la doctrina de la condenación eterna, la redención del hombre, la infalibilidad de la Biblia, la igualdad del Hijo con el Padre en la Trinidad y otras creencias ortodoxas, y en sus últimos años se regocijaba con la lectura de Jowett, Colenso y Stanley. Este último era su ideal del caballero cristiano, refinado, correcto, amplio en ideas y devoto. La aridez de un servicio puramente evangélico hería su buen gusto, del mismo modo que la crudeza de los dogmas evangélicos violentaba su intelecto. Le gustaba sentirse cristiana con dignidad y arte y que al asistir a "los oficios divinos" la circundara música solemne y arquitectura majestuosa. Abominaba la familiaridad con los personajes celestiales y consideraba un deber saludarles con reverencia.

La Abadía de Westminster con su pálida luz y sus sombrías distancias era su iglesia predilecta. Allí, sentada en esculpido sitial y con el rítmico canto de los coristas, las policromadas imágenes de

los ventanales que se reproducían en los enhiestos arcos y floridas columnas, las variadas armonías del estrepitoso órgano que repercutían contra la tracería y las tumbas, las cenizas de los muertos ilustres que la rodeaban y la augusta memoria del pasado infundida en aquella arquitectura, ella sentía que la religión era intelectualmente digna y emotivamente satisfactoria.

Para mí que acepté la religión arduamente, la refinada y correcta devoción de mi madre me parecía tan peligrosa como la tibieza de Leodiceo, y en cambio mi impetuoso vigor de convicción y práctica a ella la turbaban a menudo, como algo demasiado ajeno a su delicado equilibrio y a la ausencia de extremosidades que, a su entender, debían caracterizar a una dama. Ella era del antiguo régimen y de la madera de los fanáticos. He pensado a veces, reflexionando, que tuvo durante mucho tiempo a flor de labios la frase que brotó de ellos moribunda: "Hijita mía, nunca me causaste pena o congoja excepto cuando se ha tratado de ti misma: has sido siempre demasiado religiosa." Y entonces murmuró para sí: "Sí, es la única falta de mi Ana amada; ha sido siempre demasiado religiosa."

Creo, como juzga el mundo, que aquella apagada voz habló sinceramente y que aquellos moribundos ojos vieron con luz interior, pues aunque yo entonces arrodillada junto al lecho era herética y proscrita, mi corazón se mantenía religioso en su fervor de repudiar una religión y al sublevarse contra los dogmas que oprimían la razón y no satisfacían el alma. Caminé sola hacia la obscuridad no porque la religión fuese demasiado buena para mí, sino porque no lo era bastante; porque la veía excesivamente mezquina, vulgar, exigente en las cosas menudas, demasiado ligada a los intereses terrenales, demasiado calculadora para acomodarse a los convencionalismos sociales. Si me hubiese adherido a la Iglesia católica romana como estuve a punto de hacerlo, ella me habría encomendado alguna misión de peligro y sacrificio y habría sido una mártir; la iglesia ordenada por la ley me transformó en incrédula y hostil.

Cuando niña fui una religiosa mística, imaginativa hasta el máximo grado y con facultad de tener visiones y soñar sueños. Esta fa-

cultad no es rara en las razas célticas y de ahí proviene que a las personas de recia constitución se las juzgue "supersticiosas". El día del entierro de mi padre, sentóse mi madre con mirada vaga y pálido semblante (recuerdo vivamente esta escena, tal impresión produjo a mi infantil imaginación) y siguió el fúnebre oficio paso a paso y de súbito, con las palabras "todo ha concluido", cayó desmayada. Dijo, después, que había seguido al féretro, asistido al oficio y acompañado el ataúd hasta la sepultura. Lo cierto es que pocas semanas después determinó ir al cementerio de Kensal Green donde estaba enterrado el cadáver de su marido y fue allí con un pariente. No encontrando la sepultura y mientras otra persona iba en busca de un empleado para que identificara el paraje, mi madre dijo: "Si me conduces a la capilla donde se celebró la primera parte de la ceremonia encontraré la tumba." La idea pareció naturalmente absurda a su compañero, pero no queriendo contrariar a la recién viuda la condujo hasta la capilla. Ella miró a su alrededor, se apartó de la iglesia y siguió el sendero por el que habían conducido el cadáver hasta llegar a la sepultura. Permaneció en ella tranquilamente y allí la encontró el guardia al llegar para señalarla.

La tumba está algo distante de la capilla y no se halla situada en una de las vías principales. No había en la vereda señal alguna excepto los postes de madera con su número que no podían orientarla, habida cuenta de que se trataba de un lugar donde todas las tumbas llevan su marca y de un corto espacio en el que los postes no eran visibles. Ha sido un misterio en la familia cómo pudo encontrar la sepultura de mi padre, pues nadie creyó su sincero relato de que estuvo presente en los funerales. El hecho, con mi actual conocimiento, me parece claro. Sé que la conciencia puede dejar el cuerpo, tomar parte en los acontecimientos distantes y estampar en el cerebro físico, a su regreso, lo experimentado. Su demanda de que la condujeran hasta la capilla es muy significativa, pues demuestra que recordaba el camino recorrido la primera vez y que solamente podía llegar hasta la meta si la conducían al lugar de donde anteriormente partiera.

Otra prueba de su capacidad ultrafísica nos la dio una noche, pocos meses después, teniendo a su hijito en brazos que languidecía por la ausencia de "papá". A la mañana siguiente dijo a su hermana: "Alfeo morirá". El niño no tenía enfermedad alguna, aunque desmejorase y dijo a mi madre su hermana que con el retorno de la primavera su hijo recobraría la salud perdida en el invierno. Pero ella respondió: "No; estaba dormido en mis brazos la última noche y Guillermo (su marido), vino y me dijo que necesitaba a Alfeo consigo y que yo podía retener los otros dos." En vano le aseguraron que soñaba, que era natural que soñase con su esposo y que su inquietud por el niño había motivado aquel sueño. Nada la persuadió de que no había visto a mi padre y de que su información no era verdadera. Así no la sorprendió que en el siguiente marzo sus brazos no pudieran ya estrechar al niño y que su lívido cadáver yaciera en la cuna.

A mi hermano y a mí nos permitieron verle antes de colocarlo en el ataúd. Pude contemplarle aún pálido y hermoso con una negra mancha en medio de su alba frente, y recuerdo el frío mortal que me sobrecogió cuando me invitaron a besarle. Fue la primera vez que estuve en contacto con la Muerte. Aquella negra mácula me hizo extraña impresión y preguntando largo tiempo después su causa me contaron que en el momento de la muerte del niño mi madre le había besado con pasión en la frente. ¡Patético pensamiento: el ósculo de despedida de una madre fue el primer signo de corrupción en la faz del niño!

Relato estas cosas no porque sean en modo alguno notables o extraordinarias, sino tan sólo para demostrar que la sensibilidad de impresiones distintas a las físicas, característica en mi infancia, existía también en mi familia. La naturaleza física se hereda de los padres, y la sensibilidad de las impresiones psíquicas es propiedad del cuerpo físico. En nuestra familia, como en muchas de Irlanda, es general la creencia en los "espectros" de todas clases y mi madre me había explicado que había oído el sollozo del hada¹ al acercarse la hora de la muerte de un individuo de la familia.

En mi infancia eran para mí muy reales los duendes y las hadas de todo linaje y consideraba a mis muñecas como criaturas vivientes. Los títeres eran entidades vivas y la tragedia que representaban me costaba un mar de lágrimas. Recuerdo aún hoy mi fuga al oír los chillidos del polichinela que se acercaba, para esconder mi cabeza en la almohada y así impedir que hasta mí llegara el ruido de los porrazos y el llanto del maltratado niño.

Todos los objetos a mi alrededor me parecían vivos tanto las flores que besaba como el mimado gatito y acostumbraba a dedicar hermoso tiempo a "hacer castillos en el aire" y a vivir toda clase de amenos cuentos entre mis preciosos y los que llamaban inanimados juguetes.

Mas esta fantasía soñadora tuvo un aspecto más grave cuando se unió a la religión.

¹Banshee.

CAPÍTULO II

PRIMERA INFANCIA

Empieza actualmente para mi madre la época de la lucha y de la ansiedad. Hasta este momento, desde su boda, no había conocido económicamente dificultad alguna porque su esposo cobraba buen sueldo y, aparentemente sano y vigoroso, ningún pensamiento podía nublar el porvenir. Cuando murió creía dejar a su mujer e hijos libres de la pobreza; pero el resultado fue que quedamos con una insignificante cantidad de dinero. Original fue la resolución que adoptó mi madre.

Dos parientes de su marido, Western y Guillermo Wood, se ofrecieron para educar a su hijo en una buena escuela de la ciudad e iniciarle en la vida comercial. Mas los padres del muchacho habían soñado con distinto porvenir para su primogénito. Era su intento que estudiase en una escuela pública y después fuese a la Universidad a cursar una "profesión intelectual": la madre deseaba la eclesiástica y el padre prefería el Foro.

En su lecho de muerte mi padre había rogado con insistencia que Enrique recibiera la mejor educación posible y la viuda estaba resuelta a cumplir escrupulosamente su última voluntad. A los ojos de mi madre un colegio de ciudad no podía dar la mejor educación posible y el orgullo de la irlandesa se rebelaba contra la idea de que su hijo no fuese un "titular académico". Muchas fueron las admoniciones que llovieron sobre ella a causa de su "altiva locura", especialmente del elemento femenino de la familia Wood, y su persistencia en mantener su propósito motivó la separación entre ellos y mi madre. Pero

Western y Guillermo, aunque la desaprobaban en parte, continuaron su amistad y varias veces la auxiliaron en sus primeras luchas.

Después de meditarlo profundamente mi madre resolvió que el niño se educara en Harrow, donde las matrículas son relativamente módicas para los estudiantes que viven en la ciudad y que más tarde fuese a Cambridge o a Oxford, según él prefiriera. ¡Intrépida decisión para una viuda pobre y puesta en práctica al pie de la letra! Quizá nunca en un cuerpo tan delicado moró una mente y una voluntad más firmes que las de mi madre querida.

Transcurridos algunos meses en que vivimos con bastante pobreza en Richmond Terrace, Chapham, cerca de sus padres, mi madre se instaló en Harrow en una pensión situada sobre un colmado y se dispuso a buscar casa. El tendero era un hombre aparatoso, aficionado a la charla y protegía de una manera extremada a la joven viuda. Relataba un día mi madre con gran jovialidad cómo le predijo que ella saldría airosa en su empresa si trabajaba firmemente. “Míreme —decíale engreíéndose con visible importancia—. Yo era un pobre mozalbete sin un penique y ahora soy hombre acomodado y tengo mi quinta submarina a donde voy al atardecer”. Esta quinta *submarina* era objeto de diversión cuando pasábamos ante ella en nuestros paseos. “He aquí la casa submarina del señor X”, decía alguno riendo, y yo también acostumbraba hacerlo muy ruidosamente imitando a los mayores, aunque mi comprensión sobre la diferencia entre suburbano y submarino fuese la misma que la del honrado tendero.

Mi madre encontró afortunadamente a un chico de edad aproximada a la de su hijo cuyos padres estuvieron dispuestos a dejarlo bajo su custodia para que lo educara juntamente con él. Por este medio pudo pagar un preceptor que los preparó para el ingreso en la escuela. El preceptor tenía una pierna de madera que me preocupaba grandemente porque se mantenía rígida ante él cuando nos arrodillábamos para la plegaria familiar. Esto me molestaba por irreverente e impropio, pero ardía en deseos de imitarle.

Después de un año aproximadamente mi madre encontró una casa que le pareció a propósito, sobre todo habiendo obtenido permiso del Dr. Vaughan, director del colegio de Harrow en aquel tiempo, para tomar a pensión algunos estudiantes y así obtener los medios de educar a su hijo. El Dr. Vaughan se sintió seguramente vencido por la amabilidad y firmeza de aquella mujercita, pues desde entonces fue su más sincero amigo y su más seguro apoyo, y a su consejo y activa asistencia a la par que al de su esposa, debió ella que el éxito coronase sus afanes.

Una sola condición garantizaba el permiso pedido: el de tener también en casa a uno de los maestros de la escuela para que en ella los niños no sintiesen la falta de un preceptor. Aceptó inmediatamente la condición, como era natural, y diez años duró el convenio, o sea, hasta que su hijo salió de la escuela para ingresar en la Universidad de Cambridge.

Triste me es confesar que actualmente se halla derruida la casa que habitó mi madre y en su lugar se levanta una horrible construcción de ladrillo rojo. Nuestra morada era antiquísima y extravagante; tenía la fachada cubierta de rosales y su parte posterior de yedra. Hallábase situada en la colina de Harrow, entre la iglesia y la escuela, y fue un tiempo residencia del vicario de la parroquia quien la abandonó por resultar distante del pueblo donde ejercía su misión.

La sala se abría según una antigua costumbre de mitad ventanal mitad puerta que me ocasionaba serios disgustos, pues con el pestillo siempre desgarraba mis nuevos trajes al atravesarla para correr hacia el vasto jardín que se extendía en la falda de la colina, abundante en lozanos y añosos árboles, abetos y laureles, acerolos, moreras, avellanos, manzanos, perales y ciruelas damascenas, sin mencionar las innumerables matas de groselleros, de crespas y los exuberantes madroños sembrados en las soleadas laderas.

No había allí árbol al que no hubiese trepado y uno de ellos, un frondoso laurel de Portugal, era mi morada íntima. Tenía en él mi dormitorio y mi estancia, mi estudio y mi despensa. En ésta acopiaba los frutos de los árboles que podía tomar libremente, y en el estudio permanecía horas sentada con al-

gunos de mis libros favoritos siendo el predilecto el "Paraiso Perdido", de Milton. Los pájaros debían alarmarse a veces cuando del diminuto columpio que de una rama colgaba surgían con voz infantil "los tronos, las dominaciones, los principados, las virtudes, las potestades" del sublime y sonoro poema. Me complacía en personificar a Satán y en declamar los magníficos parlamentos del Arcángel rebelde, y muchas y dichosísimas horas gocé en los cielos y en el infierno teniendo por compañeros a Satán y al "Hijo", a Gabriel y a Abdiel.

Se extendía entonces junto al cementerio de la parroquia y enjuta aun en los húmedos días, una terraza bordeada por una vieja cerca de madera sobre la que se encaramaban rosas de todos matices. ¡Nunca vi un jardín de rosas como el de la vieja Vicaría! Al extremo de esta terraza se levantaba una pequeña glorieta y en ella una puerta de escape que, al abrirla, descubría uno de los más bellos paisajes de Inglaterra. Ante el espectador y hacia la pendiente se mostraba la colina con toda su amplitud y más lejos y en la hondonada se dilataba la región forestal hasta que la mirada percibía en lontananza las torres del Castillo de Windsor. Era la perspectiva que Byron no se cansaba de admirar sentado en la piedra sepulcral—tumba de Byron se llama aún— y de la que escribí:

De nuevo estoy donde tantas horas he meditado,
Ya reposando, en el crepúsculo, sobre la piedra sepulcral,
Ya caminando errante por la escarpada cima del camposanto
Para sorprender el último destello del poniente sol.

Lector, si alguna vez visitas Harrow pide autorización para entrar en el viejo jardín y experimenta el efecto que produce la súbita explosión de belleza al abrir la puertecita de escape del extremo de la terraza.

Nos instalamos en esta casa el día en que cumplí ocho años, y durante once fue "mí hogar", alejándome de él siempre con pena y viéndole de nuevo con alegría.

Poco tiempo después me separé de mi madre por vez primera. Un día al visitar una familia vecina encontré en ella a una forastera sentada en el salón; una señora coja, de duras facciones, que se dulcificaron admirablemente al sonreirme en el momento que entré saltando. En seguida me llamó, me puso

sobre su regazo y me habló, y al día siguiente nuestro amigo vino a ver a mi madre y a preguntarle si me permitiría ir con aquella señora para que me educase con su sobrina. Ella estaba dispuesta a que yo pasase en mi hogar las vacaciones y a encargarse de toda mi educación.

En su primer impulso mi madre no quiso oír hablar de ello, pues apenas nunca nos habíamos separado. Mi amor por ella era idolatría, el suyo por mí devoción. Una sencilla historieta que durante años me atormentó cruelmente patentiza mi idolatría; lozana vive aún en mi corazón. En tiernísima reunión un día en que yo brincaba a su alrededor por todas partes, satisfecha de estar sentada, de pie o en expectativa de algo con tal de que pudiese tocar la mano o el vestido de mamá, ella dijo: “Nenita —así me llamaba— si estás de tal modo pegada a mis faldas me veré obligada a tomar un cordón y atarte a mi delantal. ¿Te gustará?” “Oh mamá querida, respondí fervorosamente, hazle un nudo”, y efectivamente, el vínculo de amor entre nosotras fue tan tenaz que nada pudo romperlo. La guadaña de la muerte separó lo que ni el dolor ni la tribulación relajaron lo más mínimo.

Le representaron que las ventajas de la educación ofrecida eran tales que no podría pagarlas con dinero; que no era conveniente que yo creciera en una casa donde había tantos muchachos (realmente yo jugaba al criquet y sabía trepar como el mejor de ellos); que habría de matricularme en breve en alguna escuela, a menos de que aceptase el ofrecimiento que me brindaba todas sus ventajas y ninguno de sus inconvenientes. Finalmente se rindió y quedó decidido que Miss Marryat, de regreso a su casa, me llevaría consigo.

Miss Marryat, hermana predilecta del capitán Marryat, el famoso novelista, era una dama soltera de desahogada posición. Había cuidado a su hermano durante la enfermedad que le condujo a la muerte y vivía con su madre en Wimbledon Park. Al fallecer ésta buscó a su derredor un trabajo que la hiciese útil en el mundo, y viendo que uno de sus hermanos tenía muchas hijas, se ofreció a tomar una de ellas y educarla. El azar la llevó a Harrow, mi buena suerte me puso en su camino,

me cobró simpatía y pensó que podía instruir a dos niñas en vez de una. De aquí su ofrecimiento a mi madre.

Miss Marryat tenía alma de educadora y emprendió su tarea con gran deleite. De vez en cuando aumentaba nuestra menuda sociedad con otra educando, ora niño, ora niña. Primero con Amy Marryat y yo había un muchacho llamado Walter Powys, hijo de un clérigo de numerosa familia. Lo retuvo a su lado algunos años y admirablemente preparado lo envió a una escuela. Elegía "sus niños" como amorosamente los llamaba, con propósito muy definido. Habían de ser de buena familia, bien criados y de una posición social que la educación gratuitamente ofrecida fuese en su día reparación y ayuda de la escasa hacienda de los progenitores. Se sentía gozosa de dirigirse y auxiliar a aquellas personas que la pobreza intensamente oprimía en el momento en que la necesidad de la educación de los hijos pesa sobre el menesteroso digno.

La titulábamos "tía" porque le pareció que "Miss Marryat" era demasiado frío y rígido. Nos daba lecciones de todo excepto de música por la que teníamos profesor, practicábamos la composición, lectura en alta voz en inglés, francés y posteriormente alemán. Ella se consagraba a darnos sólida y amplia educación. Carezco de palabras para expresar lo que le debo, no solamente en conocimientos, sino por el amor al conocimiento que desde entonces vivió en mí como un constante acicate para el estudio.

Su método de enseñanza puede interesar a quienes deseen educar a los niños con menor esfuerzo por su parte y con el mayor regocijo de los pequeñuelos. Nunca usamos cartilla, el tormento de los niños, ni una gramática inglesa; escribíamos cartas, narrábamos lo observado en nuestros paseos o explicábamos algún cuento que habíamos leído. Ella leía todas nuestras infantiles composiciones, corregía las faltas de pronunciación, gramática, estilo o cadencia y cuando encontraba una frase defectuosa la repetía en alta voz a fin de que percibiéramos la falta de musicalidad, un error de observación o de expresión. En nuestras cartas explicábamos lo que habíamos visto el día precedente y de este modo educía en nosotros y cultivaba la facultad de observación. "Tía, nada tengo hoy que

contar” exclamaba a veces un pequeñuelo con su pizarra en la mano. “¿No diste ayer el paseo?”, respondía ella. “Sí, agregaba suspirando, pero nada tengo que decir de él”. “¿Nada? ¿Estuviste una hora en la calle y nada viste? ¿No tienes ojos? Procura hoy servirte de ellos.”

Una de nuestras “lecciones” favoritas era la enseñanza del deletreo. Acostumbrábamos a escribir listas de todas las palabras que tenían igual sonido, pero distinta ortografía. Por ejemplo: *key, quay, knight, night*, y ¡qué triunfo para el niño que encontraba mayor número! Desde el primer día que iniciábamos el estudio de un idioma dedicábamos una parte del tiempo a la lectura. Así al empezar el alemán dimos principio al drama “Guillermo Tell” de Schiller y copiábamos los verbos que figuraban en la lectura. Aprendíamos mucho de memoria, pero siempre cosas que valían la pena de saberse. Nunca dimos las preguntas y respuestas estériles a que tan aficionados son los maestros perezosos. Estudiábamos la historia leyéndola uno de nosotros en alta voz, mientras los demás trabajaban, y tanto a los muchachos como a las muchachas enseñaba el uso de la aguja. Un día dijo un compañero muy enfadado: — “Coser es propio de chicas.” — “Y de niños correr detrás de una muchacha para que te cosa un botón”, respondió ella.

Nos enseñaba geografía diseñando mapas, delicioso ejercicio para los menudos dedos, y ordenando mapas descompuestos en los que las naciones de un continente o las provincias de una nación se dividían en trozos con su propia configuración. En aquella época me gustaban los extensos imperios y sentía gran satisfacción en poner a Rusia en su lugar y ver que ocupaba gran parte del mapa.

La única gramática que estudiábamos como a tal fue la latina y no empezamos hasta que por la composición tuvimos que familiarizarnos con el uso de las reglas que contiene. Miss Marryat no podía sufrir que los niños aprendiesen de memoria lo que no comprendían y que después se imaginaran saberlo. “¿Qué entiendes, Ana, por esta expresión?” me preguntaba a veces. Después de débiles tentativas yo respondía: “En verdad tía, que lo tengo en mi cabeza, pero no puedo explicarlo.” — “En verdad, Ana, que tú no lo tienes en tu cabeza, pues de

lo contrario podrías exponerlo para que también estuviera en la mía". De este modo cultivaba la claridad de pensamiento y expresión. Adoptamos la lengua latina porque era la más perfecta de las gramáticas modernas y servía de sólida base para el estudio de lenguas vivas.

Miss Marryat tenía su residencia en Fern Hill, cerca de Charmouth, en Dorsetshire, bellísimo lugar a orillas del Devon. Vivió allí durante cinco años y fue su casa centro benéfico de todo el distrito. Fundó una escuela dominical y poco después un curso de Biblia para los muchachos que solicitaban el ingreso en ella y no podían admitirse por su edad. Visitaba a los pobres, los socorría ella misma donde quiera que viviesen, y a los enfermos les enviaba el alimento de su propia mesa. Era su característica no dar nunca las "sobras" a los pobres, sino tener un plato en la mesa y colocar en él la mejor parte para excitar el apetito del enfermo. Raramente daba dinero, pero buscaba trabajo interino o ella misma empleaba al necesitado en espera de una colocación permanente. Severa en su rectitud e inflexible para las lisonjas o falsedades, su influencia, temida o amada, fue siempre buena.

Pertenecía a la más rígida secta de los evangelistas y el domingo no leíamos otros libros que la Biblia y "El Domingo en el Hogar", pero procuraba que el día transcurriese luminoso por medio de menudos entretenimientos, como pasear con ella por el jardín; cantar himnos siempre gratos a los niños; narrar las maravillosas historias de los misioneros Moffat y Livingstone, cuyas aventuras con los salvajes y los animales feroces eran tan conmovedoras como un cuento de Mayne Reid. Acostumbrábamos a estudiar pasajes bíblicos e himnos para recitarlos. Era una diversión favorita "el acertijo de la Biblia" que consistía en reconocer una escena por la descripción que de ella hiciéramos.

Dábamos lecciones en la escuela dominical, pues Miss Marryat nos decía que era inútil aprender si no procurábamos ayudar a quienes carecían de maestro. Los sábados preparábamos cuidadosamente estas lecciones ya que ella nos inculcaba siempre que la donación a un pobre había de costar algo al dador. Este principio, percibido por ella como ilustración al

texto “¿entregaré al Señor, mi Dios, lo que nada me cuesta?”, saturaba toda su moral y su práctica. Cuando en alguna calamidad pública corríamos llorando hacia ella para preguntarle si no podíamos ayudar a los niños que morían de hambre, respondía rápidamente: “¿A qué renuncias por ellos?” Y añadía que si estábamos dispuestos a renunciar a nuestro azúcar podríamos ahorrar y dar por tanto seis peniques por semana. Dudo de que pueda darse a los niños mejor lección de renuncia personal en bien de los demás.

Diariamente cuando habíamos terminado las lecciones teníamos plenitud de solaz. Dábamos largos paseos a pie y en coche arrastrados por una linda jaquita que los niños encontraban muy divertida, y que el cochero nos enseñaba a dominar cualesquiera que fuesen sus excentricidades. Hacíamos deliciosas excursiones colectivas que duraban todo el día, a los amenos contornos de Charmouth. Miss Marryat era nuestra más festiva compañera. No se podía desear una estancia más saludable para los niños física y mentalmente que la deparada por aquella tranquila aldea. ¿Y la alegría de las vacaciones? ¿Y la satisfacción de mi madre por los buenos informes que recibía sobre los progresos de su amada? ¿Y el júbilo de ver de nuevo los rincones y escondites de la querida y vieja casa y jardín?

La tendencia soñadora en el niño que en su aspecto profano es fantasía e imaginación, en el religioso es el germen del misticismo y es más común de lo que mucha gente se imagina. Pero el cruel materialismo de la presente época, no el materialismo filosófico de los pocos, sino el materialismo religioso de los muchos, destruye hasta su raíz los delicados capullos del pensamiento infantil y venda los ojos que contrariamente verían. Al principio en niño no distingue entre lo que “ve” y lo que “imagina”; lo uno es tan real y objetivo para él como lo otro y hablará y jugará con sus compañeros imaginarios tan jubilosamente cual si fuesen niños como él.

En mi infancia preferí lo primero y nunca conocí la soledad. Pero los mayores entraron chapuceramente en este jardín de ensueño y pisaron sus flores y desvanecieron los sueños infantiles y dijeron en voz alta y áspera, tan distinta de las suaves y melodiosas voces de ensueño: “No cuente tales mentiras,

Miss Ana; me da Vd. escalofríos y su mamá se enfadaría”. Pero la tendencia era demasiado poderosa para ahogarla y buscaba alimento en los relatos de mis amadas hadas y en las religiosas alegorías que encontraba cada vez más fascinadoras.

Ignoro cómo y cuándo aprendí a leer porque no puedo recordar un tiempo en que un libro no fuese para mí un deleite. A los cinco años debía leer con facilidad porque recuerdo que varias veces hallándome escondida tras un tapiz en donde acostumbraba a envolverme con un libro, me decían que “fuese a jugar”. Me abstraía tan completamente en la lectura que aun llamándome por mi nombre en la habitación donde yo estaba no lo oía. Me reprendían por esta intencionada ocultación cuando simplemente estaba en la tierra de los duendes o me había echado temblando debajo la hoja de una col amiga al pasar el gigante.

Entre los siete y ocho años llegaron por primera vez a mis manos alegorías infantiles de carácter religioso y poco después “La jornada del Peregrino” y “El Paraíso Perdido” de Milton. Desde entonces mi activa fantasía me condujo a un mundo fascinador donde los jóvenes soldados custodiaban alguna avanzada para su Príncipe ausente llevando un escudo con el signo de una cruz roja; donde los demonios en forma de dragones se abalanzaban contra el peregrino y eran ahuyentados y vencidos después de recia lucha; donde los ángeles descendían y hablaban con los pequeñuelos y les daban algún talismán que les precavía del cercano peligro y que perdía su luz cuando se apartaban del recto camino.

Con frecuencia pensaba, al exhortarme a ser buena muchacha, a conservar mi serenidad, a ser ordenada y a no ensuciar mi delantal durante la comida, cuán sombrío y fatigoso era el mundo en que debía vivir. ¡Cuán mucho más fácil hubiera sido ser buena cristiana poseyendo un escudo con su cruz roja y una bandera blanca y existiendo un demonio real con quien luchar y un hermoso Príncipe divino que sonriera terminada la batalla! ¡Cuánto más hubiese estimulado a la lucha un dragón alado, malhechor armado de garras, que el vigilar la propia calma cuya falta se nota sólo al perderla! La vieja serpiente no me hubiese seducido de ser yo Eva en el paraíso;

pero ¿cómo una niña era capaz de saber que no debía coger la manzana más rosada y más linda de un árbol si en él no veía serpiente que indicara la prohibición?

A medida que fui creciendo, mis ensueños y fantasías eran menos fantásticos, pero más teñidos de verdadero entusiasmo. Leía los cuentos de los primitivos mártires cristianos y lamentaba profundamente haber nacido tan tarde, cuando no era posible sufrir por la religión. Pasaba horas soñando durante el día y me imaginaba ante los jueces romanos, los dominicos inquisidores, echada a los leones, torturada en el potro y abrasada en la hoguera. Un día me vi a mí misma predicando una nueva fe a una muchedumbre que escuchaba y se convertía y yo llegaba a ser el fundador de una religión. Pero siempre con una sacudida me arrastraban hacia la tierra donde no podían realizarse acciones heroicas, ni había leones que afrontar, ni jueces que desafiar, sino solamente enojosos deberes que cumplir. Solía irritarme por haber nacido cuando las hazañas ya estaban realizadas y cuando no se presentaba la oportunidad de predicar y sufrir por una nueva religión.

Desde la edad de ocho años mi educación acentuó la religiosidad de mi carácter. Bajo la influencia de Miss Marryat mi sentimiento religioso recibió una tendencia intensamente evangélica, pero sentía pena de no recordar la hora de mi "conversión". Cuando otros hablaban de las experiencias recibidas y referían el súbito cambio que en ellos se había operado, me desesperaba pensando que yo no había sufrido transformación alguna y sentía que mis vehementes aspiraciones eran poca cosa en comparación con el vivo "sentido del pecado" del que hablaban los predicadores y me preguntaba tristemente si estaba "salvada". Me causaba inquieto malestar que me alabasen por mi piedad, pues la emulación y la vanidad eran más poderosas que la religión. Así, aprendí de memoria la epístola de Santiago para distinguirme por mi buena memoria, no por amor al texto. Las sonoras cadencias de muchos pasajes del Antiguo y Nuevo Testamento me halagaban al oído y sentía placer en repetirlos en alta voz al igual que en recitar para mi propia satisfacción centenares de versos del "Paraíso Perdido" de Milton, ora sentada en la rama columpiadora de un árbol, ora

tendida sobre un tronco inclinado y contemplando el insondable azul del cielo hasta que me perdía en mi éxtasis de sonido y color casi cantando las melodiosas frases y poblando todo el cielo de vagas formas.

Mi facilidad en aprender de memoria y la costumbre de los soñadores relatos me familiarizaron con la Biblia y me hicieron competente en sus frases. Esto me dio buena reputación en las reuniones devocionales, tan caras a los evangelistas, en las que tomábamos parte. Cuando nos tocaba el turno debíamos orar en alta voz, oración terrible, pues yo era extremadamente tímida cuando la atención de otros recaía sobre mí. Sufría lo indecible mientras esperaba las terribles palabras: "Ahora, Ana querida, ¿quieres hablar al Señor?" Pero tan pronto como mis trémulos labios con un esfuerzo habían empezado la plática, todo el nerviosismo desaparecía y me sentía transportada por un entusiasmo que fácilmente se manifestaba en adecuadas frases y al final, ¡ay de mí! esperaba que Dios y Miss Marryat se percataran de que mi plegaria había sido hermosa, vanidad que el piadoso ejercicio no intentaba ciertamente vigorizar.

En general la enseñanza algo calvinista que recibí tendía a hacerme una muchachuela mórbida, sobre todo por la tácita nostalgia que sufría a causa de mi madre. Recuerdo que ella quedó sorprendida cuando en una de mis visitas al hogar leyó en las notas de Miss Marryat que faltaba el "buen humor" en mi carácter, pues en casa yo era la más jovial de todos a despecho de mi predilección por la soledad. Mas ausente sentía la añoranza del hogar y la austera religión que a mi alrededor se practicaba arrojaba una especie de sombra sobre mi vida, aunque, por extraño que parezca, nunca el infierno penetró en mis fantasías excepto en la forma que describía el "Paraíso Perdido". Después de leerlo, el demonio no fue para mí un monstruo cornudo y apezujado, sino el hermoso arcángel caído, y siempre confié que Jesús, mi Príncipe ideal, lo salvaría al fin.

Lo que realmente me atemorizaban eran las vagas y nebulosas entidades que percibía cerca de mí y que no veía. Eran tan reales que sabía en qué lugar estaban de la estancia y el

terror peculiar que me inspiraban subyacía en la idea de que iba a verlas. Si por casualidad llegaba a mis manos una novela de fantasmas, ellos me perseguían durante meses porque veía por todas partes los espantosos espectros en ella descritos. En una novela de Walter Scott se hablaba de una horrible vieja que se deslizaba hasta los pies de la cama, saltaba sobre ella como un duende y miraba ferozmente. ¡Con qué miedo me acosté durante semanas! Recuerdo tan vivamente esta impresión que aún ahora me causa pavor.

CAPÍTULO III

ADOLESCENCIA

En la primavera de 1861 Miss Marryat anunció su intención de marchar al extranjero y pidió a mi querida madre que me permitiese ir con ella. Un sobrino suyo tenía una catarata y ella deseaba que estuviese bajo el cuidado del famoso oculista Dusseldorf. Amy Marryat había vuelto al hogar en cuanto murió su madre al dar a luz al niño que Miss Marryat había adoptado y cuyo nombre según su deseo era Federico, en memoria de su hermano predilecto, el Capitán Marryat. En substitución de Amy vino Emma Mann, una muchacha de unos meses más que yo, hija de un clérigo casado con Stanley, joven íntimamente emparentada, creo que hermana, de María Stanley que tanto se distinguió como enfermera en la guerra de Crimea.

Durante algunos meses estudiamos asiduamente el alemán porque Miss Marryat consideraba útil que conociésemos, aunque fuese poco, la lengua nativa del país que íbamos a visitar. Hicimos siempre conversaciones de francés durante las comidas y así no fuimos "extranjeros del todo" al embarcar en el muelle de Santa Catalina y encontrarnos el día siguiente en Amberes, una verdadera torre de Babel para nosotros.

¡Pobre francés nuestro tan correctamente pronunciado! ¡Nos perdíamos en el torbellino de los mozos de cuerda y no podíamos entender una palabra! Pero Miss Marryat se mantenía a la altura de las circunstancias: estaba acostumbrada a los viajes y su francés resistía la prueba triunfalmente. Gracias a ella llegamos sin contratiempo a un hotel. A la mañana siguiente

emprendimos de nuevo la marcha a Bonn por Aix-la-Chapelle, ciudad que se extiende en los confines del pintoresco escenario en el que Siedengebirge y Rolandseck sirven de mágico portal.

Nuestras aventuras en Bonn no fueron muy satisfactorias. Nuestra querida Miss Marryat era una soltera que consideraba a todos los muchachos como lobos que debían estar lejos de sus tiernos corderillos. Bonn era una ciudad universitaria y reinaba en ella en aquel momento una verdadera manía por todo lo que fuese inglés. Emma, rolliza, de cutis rosado, pelo rubio, juguetona y de inocente humor, era el puro tipo de la doncella inglesa; yo delgada, pálida, de pelo negro, tan pronto rumorosamente alegre como extremadamente pensativa.

En la pensión donde estuvimos primeramente, el "Castillo del Rhin", se hospedaban por casualidad con su tutor los hijos del último duque de Hamilton, el marqués de Douglas y Lord Charles. Tenían el piso principal; nosotras en el mismo rellano nuestra salita y encima los dormitorios.

Los muchachos descubrieron que a Miss Marryat no le gustaba que sus "niñas" hablasen con nadie del "sexo masculino" y esto fue una fuente inagotable de solaz. Hacían saludar a sus caballos frente a nuestra ventana; salían en el preciso instante en que nosotras íbamos a pasear o a buscar el coche y nos saludaban quitándose el sombrero y haciendo una profunda reverencia; nos acechaban al bajar la escalera para dar el ceremonioso "buenos días"; se colocaban en la iglesia de manera que pudieran vernos, y Lord Charles, que tenía la habilidad de mover el cuero cabelludo, agitaba sus cabellos hasta que nos veíamos obligadas a ahogar la carcajada con riesgo inminente.

Trancurrido un mes en esta forma Miss Marryat se sintió literalmente echada del hermoso castillo y buscamos refugio en una escuela femenina con gran sentimiento por nuestra parte. Pero ni aún allí pudo estar tranquila. Estudiantes revoltosos nos perseguían doquiera que fuésemos; alemanes románticos de cicatrizadas mejillas nos susurraban, al pasar, frases halagadoras, siempre infantiles, del género más inocente, pero que la dama inglesa, con su rigidez, consideraba "impertinentes".

Después de tres meses en Bonn, algo difamadas, nos envió a nuestros hogares para que en él pasásemos las vacaciones. Durante el tiempo que estuvimos en Bonn hicimos deliciosísimas excursiones: trepábamos por las montañas, paseábamos en lancha por la rápida corriente del Rhin, vagábamos por valles exquisitos. Tengo una vasta galería de pinturas donde retirarme cuando quiero pensar en algo bello: ora recordando la luna plateando el Rhin al pie de Drachenfels, ora la dulce y vaporosa isla en donde vivió la mujer que se consagró para siempre al amor de Rolando.

Dos meses después nos reunimos con Miss Marryat en París donde pasamos siete deliciosos y activísimos meses. Los miércoles y los sábados no teníamos lección y por las tardes íbamos al Museo del Louvre hasta que nos fueron familiares las obras maestras de arte que allí se coleccionaban de todos los países. Dudo de que haya en París ninguna hermosa iglesia que no hubiésemos visitado en nuestras excursiones semanales. La de San Germán del Auxerrois cuya campana dio la señal de la matanza en la noche de San Bartolomé, era mi predilecta por sus vidrieras de colores cuyos matices tan puros e intensos nunca había visto. La solemne belleza de Nuestra Señora, la magnificencia algo chillona de la Santa Capilla, la majestad de la Magdalena, la impresionante oscuridad de San Roque, todo nos era familiar.

Otros deleites experimentábamos mezclándonos con las festivas multitudes que pasaban por los Campos Elíseos y se dispersaban en el Bosque de Bolonia; vagando por el jardín de las Tullerías; subiendo a la cumbre de cualquier monumento para contemplar desde allí la capital de Francia. El imperio se encontraba entonces en un período de máximo esplendor y nos gustaba ver la fastuosa carroza imperial con sus áureos y plateados penachos que ondulaban y relucían a la luz del sol, y a la emperatriz sentada en el coche, exquisitamente bella, con su hijo que, en correspondencia a los saludos que recibía, se tocaba tímidamente el sombrero con la gracia propia de su madre. ¡Pobre niño que parecía nacido para ostentar una corona imperial y que terminó su breve vida en una contienda salvaje que no le concernía!

En la primavera de 1862 el obispo de Ohío visitó París y Mr. Forbes, entonces capellán inglés de la iglesia situada en la calle de Aguessau, dispuso la ceremonia de la confirmación. Como he dicho anteriormente mi estado de ánimo era profundamente religioso y a pesar del inocente extravío sufrido en Alemania, continuaba siendo una muchacha piadosa. Consideraba los teatros, nunca estuve en ninguno, como redes tendidas por Satán para la perdición de las almas frívolas y me sentía plenamente decidida a no ir a un baile y dispuesta a “sufrir por respeto a mi conciencia”, presuntuosa como era, si hubiese deseado visitar alguno. Estaba, pues, dispuesta a cumplir los votos hechos en mi nombre en mi bautismo y a renunciar al mundo, al demonio y a la carne con un entusiasmo y una sinceridad solamente igualadas por mi profunda ignorancia de las cosas a que tan fácilmente renunciaba.

La confirmación fue para mí algo solemne. La cuidadosa preparación, las prolongadas oraciones, el profundo respeto a “los siete dones del Espíritu” que se me había de conferir por “la imposición de manos”, todo tendía a mi exaltación. Apenas podía dominarme cuando arrodillada ante la verja del altar me pareció que el suave roce de la mano del anciano obispo mantenida por un instante sobre mi inclinada cabeza, era el contacto del ala del “Espíritu Santo, paloma celeste”, cuya presencia había con tanto fervor invocado. ¿Hay algo más fácil, me pregunto, que hacer a una joven y sensitiva muchacha “intensamente religiosa?”

Esta estancia en París actualizó un aspecto de mi naturaleza religiosa hasta entonces latente. Descubrí el goce sensual que existe en las ceremonias religiosas producido por el color, el perfume y la pompa externa, de manera que la complacencia de las emociones estéticas se dignifica con el ropaje de la piedad. Las galerías de cuadros del Museo del Louvre llenas de Madonas y Santos, las iglesias católico-romanas con su aroma de incienso y su exquisita música daban a mi vida un nuevo goce, y a mis ensueños un más vívido color. Insensiblemente, el frío y crudo protestantismo que nunca asimilé por completo creció más ardoroso y lumínico, y el divino Príncipe, ideal de mi infancia, adquirió las facciones del Hombre de las Angus-

tias, tuvo la atracción poderosísima del sufriente Salvador de los Hombres. El "Año Cristiano" de Keble sustituyó al Paraíso Perdido y cuando mi adolescencia empezó a florecer hacia la feminidad, todas sus profundas corrientes se encauzaron hacia la devoción religiosa.

Mi madre no me había permitido la lectura de novelas amorosas y mis diarios ensueños sobre el porvenir tenían muy poca semejanza con las esperanzas y temores de una doncella que levantara sus ojos hacia el mundo en el que en breve entraría. Mi mente fantaseaba sobre los días en que las vírgenes mártires eran favorecidas con visiones del Rey de los mártires, en que la dulce Santa Inés vió a su celeste Desposado y los ángeles se detenían a musitar melodías en el extático oído de Santa Cecilia. "¿Por qué entonces y no ahora?" preguntaba mi corazón y me perdía en estas fantasías y nunca era tan feliz como en la soledad.

Pasamos el verano de 1862 en Sidmouth con Miss Marryat la cual, inteligente como era, empezaba a dirigir nuestros estudios con vistas a nuestra emancipación escolar. Nos acostumbraba poco a poco a trabajar solas; suprimía cada vez más nuestros andadores para que no nos protegieran en nuestros tropiezos, y recuerdo que al quejarme amorosamente un día de que "me enseñaba tan poco" me respondió que tenía edad suficiente para confiar en mi propio trabajo y que no debía esperar "que Miss Marryat fuera mi muleta toda la vida."

Me atrevo a decir que la delicada abstención de aquella mujer de alma noble en dirigirnos y enseñarnos, fue una de las cualidades que más bien nos produjo. La costumbre general es mantener a las jóvenes en la escuela hasta el momento de "entrar en sociedad", y se encuentran de súbito abandonadas a sus tendencias y desviadas por la inhabitual libertad. Esto es causa de que malgasten el tiempo que habría sido inestimable para su adelanto intelectual. Posteriormente el ingreso de la mujer en las Universidades ha desvanecido este peligro para las más anhelosas, pero en la época que describo nadie soñaba en los cambios que pronto sobrevendrían en el sentido de la superior educación femenina.

En el invierno de 1862-63 Miss Marryat fue a Londres y

durante algunos meses permanecemos allí con ella asistiendo a las interesantes clases de francés de Mr. Roche. En la siguiente primavera regresé a mi hogar de Harrow continuando semanalmente las clases y cuando terminaron Miss Marryat me dijo que creía haber hecho todo lo que de ella dependía y que llegaba para mí la época de que intentara batir mis alas.

Cumplió tan admirablemente su cometido que mi emancipación escolar fue el punto de partida de más fervientes estudios si bien los encaucé hacia mis más atractivas tendencias personales. Continué la lectura del alemán con un profesor y la música bajo la dirección de Mr. John Farmer, director musical de la escuela de Harrow y ambas enseñanzas me absorbieron mucho tiempo. Mi querida madre era aficionadísima a la música, y Beethoven y Bach eran sus compositores favoritos. No había sonata de Beethoven que no hubiese aprendido, ni fuga de Bach que no dominara. La cadencia de Mendelssohn suavemente me recreaba y felicísimos atardeceres pasamos mi madre y yo con las notas sublimes del ciego Titán y las suaves melodías del silente orador germano. Las reuniones familiares eran una diversión favorita en Harrow y en ellas mi habilidad musical me hacía un huésped bienvenido.

Libre de la escuela a dieciséis años e hija única, podía invertir mi tiempo como quisiera, excepto dos horas diarias que hacía música para satisfacción de mi madre. Desde entonces hasta que me prometí, a los diecinueve años, mi vida se deslizó plácidamente en dos corrientes: una visible por lo luminosa y diáfana; otra subyacente, pero henchida, profunda e impetuosa. En lo exterior ninguna doncella gozaba de una vida más brillante y feliz que la mía. Estudiaba por las mañanas y la mayoría de las tardes a mi sabor, y dedicaba el resto del día al juego, paseos y cabalgatas, alternándolo con excursiones colectivas en la que yo era la más alegre. Tiraba el arco con tanto celo que gané en la mejor controversia el primer anillo que siempre he tenido; en el *croquet* era veheméntísima jugadora.

Mi buena madre seguramente me mimaba demasiado en lo que se refería a las menudas asperezas de la vida. Nunca permitió que me afectara la menor contrariedad y procuraba que todas las penas recayeran sobre ella y todas las alegrías sobre

mí. Pienso ahora lo que nunca imaginé entonces, que su vida fue muy angustiada. Los gastos que ocasionaba mi hermano por sus estudios y estancia en el colegio eran muy gravosos para ella y su necesidad de dinero era cada vez más imperiosa. Un abogado a quien tenía absoluta confianza la engañaba sistemáticamente empleando en cosas propias el dinero que ella le enviaba para el pago de sus compromisos. De este modo sufría una continua sangría. Mas para mí tenía todo lo que yo deseaba. ¿Quería ir a un baile? No debía preocuparme del vestido hasta el momento de ponérmelo: no faltaba un pormenor de pies a cabeza. Ninguna otra mano que la suya peinaba mis ondulados cabellos que caían, al soltarlos, hasta cerca de mis rodillas; ninguna otra mano que la suya me adornaba con flores, y si alguna vez deseaba ayudarla en la costura de encajes o en alguna insignificante labor, me besaba y me enviaba con mis libros y mi música, diciéndome que su único placer en la vida era ocuparse de su "tesoro".

¡Qué lástima que tan poco apreciemos la labor abnegada que suaviza la vida antes de conocer lo que esta vida significa cuando falta la protectora ala materna! El amor de mi madre protegió y escudó de tal modo mi infancia y juventud de cualquier dolor y ansiedad que nunca imaginé que la vida pudiese ser una pesada carga excepto cuando ví a los pobres que socorriamos. Acepté el goce de aquellos dichosísimos años, no ingratamente según creo, pero sí con la alegría inconsciente de algo singular, como se recibe la luz del sol. Amé apasionadamente a mi adorada madre pero nunca supe lo que le debía hasta que me separé de su suavísima protección, hasta que dejé el hogar materno. ¿Es prudente tal educación? No podría afirmarlo. Con ella se presentan las durezas de la vida con tan crudo choque al entrar en el mundo que me pregunto si no sería mejor iniciar primero a la juventud en los graves misterios de la vida. Sin embargo, es también muy hermoso recordar una juventud alegre e inocente; es, cuando menos, un tesoro mental que ningún ladrón puede arrebatar en las posteriores luchas. Me llamaban "rayo de sol" en aquellos luminosos días de placenteros juegos y fervoroso estudio enlazado éste con mi vida íntima y mostrando mi tendencia mental.

Los padres de la primitiva iglesia cristiana fueron mis principales compañeros y profundizaba el Pastor de Hermes, las Epístolas de Policarpo, Bernabé, Ignacio y Clemente, los comentarios de Crisóstomo, las Confesiones de Agustín. Estudié además las obras de Pusey, Liddon y Keble y otros de inferior notoriedad exaltándome el magno concepto de una iglesia católica que perduraba a través de los siglos, fundada por los apóstoles y los mártires, difundida desde los días de Cristo hasta nuestra época. "Un Señor, una Fe, un Bautismo" y yo hija de esa Iglesia Santa.

Mi vida interior se acrecentaba constantemente nutrida por aquellos estudios, y la comunión semanal fue el centro en torno del que giraba mi devota existencia con su estática meditación, su anhelo de consciente contacto con lo Divino. Ayunaba según las prescripciones de la Iglesia, me flagelaba a veces para ver si estaría en condiciones de soportar el dolor físico cuando tuviera la suerte de hollar el camino recorrido por los Santos. Cristo era siempre la figura en quien se concentraban mis esperanzas y aspiraciones y hasta llegué a sentir que lo hacía descender de su celeste Trono con el fervor de mi devoción, manifestándose en forma visible como le sentía invisiblemente en espíritu. Servirle por medio de Su Iglesia se convirtió en el ideal definido de mi vida, y mis pensamientos empezaron a encaminarse hacia un aspecto de la vida religiosa en el que pudiese demostrarle mi amor por el sacrificio y transformar mi apasionada gratitud en servicio activo.

Observando mi vida veo que su nota dominante a través de todos los desaciertos, ciegos errores y múltiples locuras, ha sido siempre el anhelo de sacrificio en aras de algo superior a mí misma. Esta nota siempre tan persistente y tenaz hoy la reconozco como la tendencia de una vida anterior que domina en la presente.

La demostración estriba en que el sacrificio no significaba para mí un acto de deliberada y consciente voluntad, violencia del yo, ni donación de algo que el corazón deseara retener, sino que representaba una gozosa orientación hacia el sendero más expedito. El sacrificio era el atractivo supremo y no hacerlo

hubiese sido la renuncia de una profundísima aspiración de mi alma y hubiese sentido la vergüenza y el deshonor.

Por esta causa se han equivocado los corazones nobles que de mí hablaron últimamente con tanto elogio. Mis esfuerzos para servir, no han sido actos de penosa renuncia personal, sino grata sumisión a un deseo irresistible. No alabamos a la madre que, impulsada por su amor protector, amamanta a su hijo que llora y calma sus sollozos en su seno, sino más bien la vituperamos si prescinde de su llanto y se entretiene en alguna frivolidad.

Así sucede a todos aquellos cuyos oídos perciben el gemido de la gran huérfana, la Humanidad; les corresponden menos alabanzas por su obra que vituperios si permanecen indiferentes. Ahora sé que el sollozo del hombre conmovió mi corazón durante toda mi vida y que mis oídos estaban preparados para ello desde anteriores encarnaciones en que ofrendé mi servicio a los hombres. Ellas motivaron las fascinadoras visiones del martirio en mi niñez, alentaron el fervor y la devoción en mi adolescencia, me llevaron a afrontar el escarnio en mi feminidad, y finalmente me condujeron hasta la Teosofía que racionaliza el sacrificio y abre posibilidades de un servicio en el que palidecen todas las demás esperanzas.

La Pascua de 1866 fue una fecha memorable en mi vida; en ella me presentaron al clérigo con quien más tarde me desposé y en ella me asaltó, aunque la vencí, mi primera duda en materia religiosa. En la precedente Navidad se había abierto en el paupérrimo distrito de Clapham una humilde iglesia misionera. La casa de mi abuelo estaba próxima a ella, en la Plaza de Alberto, y una tía predilecta y yo dedicábamos a esta iglesia buena parte de nuestro tiempo como doncellas entusiastas y mujeres de voluntad. En la Pascua la decoramos con flores primaverales, belloritas henchidas de rocío, fragantes violetas, rubias campanillas y silvestres narcisos, con gran alegría de los pobres que la invadían y de los pequeñuelos londinenses, la mayoría de las cuales nunca habían visto una flor. Aquí encontré al Reverendo Frank Besant que había estudiado en Cambridge y que acababa de recibir las órdenes. Oficiaba en la iglesia como diácono. Extraño parece que en la misma

época conocí al hombre con quien tenía que casarme y nacieron las dudas que quebrantaron el vínculo matrimonial.

Durante la Semana Santa que precedía a la Pascua había intentado, al igual que todos los anglicanos y católicos-romanos, recordar el tiempo en que acaecían los conmemorados acontecimientos y seguir paso a paso los últimos días del Hijo del Hombre, vivir sus postreras horas a fin de estar preparada para arrodillarme ante la Cruz el Viernes Santo y permanecer al lado del sepulcro el día de Pascua.

Con objeto de facilitar la evocación de aquellos sagrados días en que Dios encarnó en la tierra para consumir la redención del hombre, decidí escribir breve historia de aquella semana compilada de los cuatro evangelios y que correspondía a los hechos ocurridos en el año 33 de nuestra Era. Así se seguían paso a paso las sagradas huellas hasta que los pies del Redentor estuvieron:

“clavados por nosotros en la amarga cruz”

Con la temeridad que dimana de la ignorancia puse manos a la obra. Mi método fue el siguiente:

MATEO	MARCOS	LUCAS	JUAN
-------	--------	-------	------

Domingo de Ramos

Entró cabalgando en Jerusalén. Purificó el templo. Volvió a Betania.	Entró cabalgando en Jerusalén. Volvió a Betania.	Entró cabalgando en Jerusalén. Purificó el templo.	Entró en Jerusalén. Habló en el templo.
--	--	--	---

Nota: Enseñó diariamente en el templo.

Lunes

Maldijo la higuera. Enseñó en el templo y pronunció muchas parábolas. <i>Nunca más para siempre nazca de ti fruto.</i> (XXI-19) pero la higuera no se secó hasta el martes. (Véase Marcos.)	Maldijo la higuera. Purificó el templo. Salió de la ciudad.	Como Mateo.	
---	---	-------------	--

MATEO

MARCOS

LUCÁS

JUAN

Martes

Todos los capítulos XXI - 20, XXII, XXV hablan del martes porque el XXVI, 2, dice que la Pascua se celebró "dos días después".

Vió la higuera seca. Después platicó.

Pláticas. Ninguna indicación de la fecha.

Miércoles

Nada

(Es posible que estuviese en Betania; el vaso de alabastro de unguento.)

Jueves

Preparación de la Pascua. Cena de institución de la Sagrada Eucaristía. Gethsemani. Traición de Judas. Fué conducido prisionero a Caifás. Negación de Pedro.

Igual que Mateo. Igual que Mateo.

Pláticas con sus discípulos, pero antes de la Pascua. Les lavó los pies. No se habla de la Sagrada Eucaristía ni tampoco de su agonía en Gethsemani. Oreja de Malcus. Conducido prisionero primeramente a Annás, después a Caifás. Negación de Pedro.

Viernes

Fué conducido a Pilatos. Judas se ahorca. Juzgado. Condenado a muerte, azotado y escarnecido. Conducido a la crucifixión. Tenebras desde las 12 a las 3. Murió a las 3.

Como Mateo, pero la hora de la crucifixión a las nueve de la mañana.

Conducido a Pilatos, después a Herodes y de nuevo a Pilatos. El resto como Mateo, pero se arrepiente un ladrón.

Conducido a Pilatos. Los hebreos no entraron porque celebraban la Pascua. Azotado por orden de Pilatos, antes de la condena y escarnecido. Pilatos lo muestra a los hebreos a las 12.

A medida que hacía mi labor se acrecentaba mi inquietud por las discrepancias que surgían en mis cuatro columnas, inquietud que aumentaba con las contradicciones hasta que ví horrorizada que se alteraba mi "armonía" y que se erguía como silbante serpiente ante mi faz una duda sobre la veracidad de la historia. Apresuradamente la ahogué porque para mí dudar era pecado y haber dudado en la víspera de la Pasión un crimen. Pronto me tranquilicé considerando que estas aparentes contradicciones eran necesarias para probar la fe y me forzaba a repetir la famosa frase de Tertuliano "credo quia impossibile" hasta que la árida fórmula fue triunfante afirmación. Recordé que San Pedro había dicho de las Epístolas Paulinas que en ellas había "algunas cosas difíciles de comprender y que los ignorantes y mudables tergiversan hasta su completa destrucción."

Temblorosa comprendí que debía ser muy ignorante y variable para encontrar discordancias entre los sagrados evangelistas y me impuse una abstinencia extra como castigo a mi ignorancia y falta de firmeza en mi fe. A causa de actitud mental la duda era uno de los peores pecados. Sabía que personas como Colenso rebatían la infalibilidad de la Biblia, pero recordaba que el Apóstol San Juan había huído de los Baños cuando Cerinto entró en ellos temeroso de que el tejado cayese sobre el hereje y aplastara a los que estaban a su lado y consideré a todos los herejes con santo horror. Pusey me había comunicado un odio inflexible a toda herejía y estaba contenta de descansar como él en aquella fe "que ha de ser antigua porque es eterna, e inmutable porque es verdadera".

No había ni siquiera leído las obras del favorito de mi madre, Stanley, porque era "nocivo" y porque Pusey había condenado su elástica costumbre de usar vocablos que tergiversan la idea"; una hábil y señalada descripción, sea dicho de paso, de las elegantes frases del Decano, susceptibles de tan diversas interpretaciones.

Cabe imaginarse cuán dolorosamente me afectó esta primera duda y con qué anhelo la apacigüé, la sepulté y esparcí el césped sobre su tumba. *Pero había estado allí* y dejó su huella.

CAPÍTULO IV

MATRIMONIO

El último año de mi libre soltería tocaba a su fin. ¿Cómo puedo esperar que los lectores comprendan que me prometí a los 19 años y me convertí en esposa apenas cumplidos los 20? Mirando atrás desde la edad de 25 años siento profundísima piedad por la doncella cuando llega al punto crítico de la vida casi por completo y desesperadamente ignorante de lo que el matrimonio significa, henchida su mente de imposibles sueños, incapacitada para cumplir su misión de esposa. Como he dicho anteriormente, en mis diarios ensueños poco lugar quedaba para el amor, en parte por la ausencia de novelas amorosas y en parte por mis fantasías místicas que siempre giraban en torno de la figura de Cristo. Los libros católicos de devoción, ingleses o romanos, tenían un excesivo ardor en su lenguaje por ser en su mayoría traducciones de los mismos himnos y plegarias y el naciente sentimiento de feminidad les daba apasionado fervor.

Consagraba mucha parte de mi tiempo a la adoración de Jesús y en lo que se refiere a mi vida interior, estaba completamente absorta por el apasionado amor del "Salvador" lo cual entre los católicos emotivos es realmente la amorosa pasión humana transferida a un ideal que es Jesús en las mujeres, la Virgen María en los hombres. A fin de demostrar que no exagero y para que se vea cómo puede exaltarse una emoción adolescente en sus devotos ejercicios, digámoslo así, transcribo algunas plegarias en las que encontré cotidiano deleite.

“Oh crucificado Amor, suscita en mí nuevos ardores de amor y consolación; haz que de hoy en adelante sea mi mayor tormento ofenderte, mi mayor placer agradarte.”

“Haz que el recuerdo de Tu muerte, oh Señor, me haga desear y suspirar por Tí; que pueda gozar de Tu dulce presencia.”

“Oh dulcísimo Jesucristo, yo indigna pecadora, pero redimida por Tu preciosa sangre... Tuya soy y Tuya seré en la vida y en la muerte.”

“Oh Jesús bien amado, el más bello de los hijos de los hombres, arrástrame hacia Tí con los lazos de Tu amor.”

“Bendito seas, Oh Dios misericordioso, que te dignaste unir-me al esposo celeste en las aguas del bautismo y que distribuiste Tu Cuerpo y Tu Sangre como nueva donación de esponsales y como pura consumación de Tu amor.”

“Oh dulcísimo Señor, traspasa los afectos de mi alma más recóndita con la gozosa y salutífera llaga de Tu amor, con verdadera, serena, apostólica y santísima caridad; haz que mi alma languidezca y se derrita de amor henchida y anhelo por Tí. Permite que te desee y desfallezca; por Tus amores; que se aniquile y sea contigo.”

“Que pueda abrazarte con el mismo ardiente amor que los ángeles.”

“Que Él me bese con besos de Su boca porque Tu amor es mejor que el vino. Llámame y volaré hacia Tí. El Rey me condujo hasta su cámara; ¡haz Señor, que mi alma sienta el deleite de Tu presencia, que pueda sentir cuán dulce Tu eres! Que el suavísimo y ardiente poder de Tu amor, yo Te lo imploro, absorba el alma mía.”

Todas las muchachas tienen en su interior el germen de la pasión, y la dirección de su desenvolvimiento depende del carácter que traen al mundo y del medio ambiente educativo. Tuve dos ideales en mi niñez, mi madre y el Cristo, en torno de los que se enroscaban los zarcillos en capullo de mi pasión. Me figuro que esto parecerá extraño, pero mi intento es contar las cosas tal como sucedían en mi vida y no limitarme a meros convencionalismos. Tuve amigos, pero no novios, cuando menos que lo supiese, pues una vez me enteré de que mi madre

había recibido dos o tres demandas de matrimonio que fueron denegadas excusándose en mi juventud e ingenuidad.

Me deleitaba departiendo con mis amigos porque eran más instruidos que yo, pero no ocupaban lugar alguno en mis diarios ensueños, henchidos cada vez más del Hombre Ideal, y todas mis aspiraciones se concentraban hacia la vida de la hermana de la caridad que siempre adora al Cristo y consagra su existencia al servicio de Sus pobres. Sabía que mi amada madre era contraria a esta idea, pero ello no era óbice para que anidara vivamente en mi corazón. En todo momento deseaba escapar de las frivolidades de la vida ordinaria por un entero sacrificio y esto me impelía con irresistible fascinación.

Resultado funesto de este concepto religioso es la idealización del clérigo, de este mensajero divino y ministro elegido del Señor. Muy superior a cualquier título concedido por un monarca terrenal es la patente de nobleza directamente recibida del "Rey de reyes" que parece conferir al mortal reflejo de la autoridad del inmortal y que corona la cabeza del sacerdote con la diadema peculiar de los "reyes ministros de Dios". Desde este aspecto la posición de la esposa del sacerdote es inmediatamente subalterna a la de la monja y tiene por lo tanto un extraordinario atractivo, atractivo en el que la persona del clérigo desempeña papel muy secundario, mientras que el "sacro oficio", la proximidad con las "cosas santas", la consagración que parece extenderse a la esposa da a la vida sacerdotal un encanto que subyuga a los que más se inclinan hacia la devoción, a los que sienten el predominio de la imaginación. Lo más triste es que perciben este encanto de los individuos de vivo entendimiento y corazón puro, los sensibles a cualquier forma de noble emoción, a cualquier idea del propio sacrificio. Si en ellos, más tarde, se despiertan sentimientos superiores a aquel cuyos murmullos percibieron en su temprana juventud, se descorrerá el velo del falso profeta y se darán cuenta de la pobreza de sus conceptos, y el alma, como nave duramente azotada por la tempestad, perdidos su mástil y sus velas naufragará tristemente si una segura mano no la conduce al puerto de una más noble fe.

El verano de 1866 me vio comprometida, sin apenas conocerlos, con el joven pastor que en la primavera había encontrado en la humilde iglesia. Durante una semana estuvimos los dos en continuo contacto: éramos los únicos jóvenes de una pequeña comitiva que se hallaba de vacaciones y, naturalmente, fuimos camaradas en nuestros paseos y cabalgatas. Una o dos horas antes de su partida me pidió en matrimonio convencido de mi conformidad, por haber consentido entre nosotros pleno compañerismo. Esta suposición, lógica tratándose de cualquier otra muchacha, pues están acostumbradas a considerar a todo hombre como un posible marido, era errónea en cuanto a mí: mis pensamientos seguían derroteros completamente distintos. Sobrecogida por la demanda y algo también ofendida en mi amor propio por un acto que, desde mi rígido punto de vista presuponía haber admitido el flirteo, vacilé y no siguiendo mi primer impulso de rechazar la proposición me refugié en el silencio. Mi pretendiente debía tomar el tren y me hizo prometer que nada diría hasta que él pudiese hablar con mi madre, notificándome autoritariamente que consideraría una afrenta el que yo quebrantara su confianza. Me dejó desolada y afligida.

La siguiente quincena fue la primera infeliz de mi vida: tenía un secreto para mi madre y ardía en deseos de revelárselo, pero no me atrevía por temor de hacer una cosa indigna. Cuando de regreso a la ciudad encontré de nuevo a mi pretendiente, rehusé resueltamente guardar silencio por más tiempo y entonces por pura debilidad, por temor a infligir una pena a mi madre me comprometí con el hombre a quien no amaba. Fui hacia él como arrastrada por una corriente; durante dos o tres meses dudó mi madre en consentir el definitivo compromiso alegando que era muy niña, pero mi aversión por el matrimonio se desvanecía ante la idea de convertirme en la esposa del sacerdote y trabajar siempre en la iglesia y entre los pobres. Mi creciente anhelo de ser útil no encontraba realización en mi tranquila y feliz vida familiar donde cualquier entusiasmo religioso se consideraba exagerado e inconveniente. Lo más profundo y verdadero de mi naturaleza se irritaba contra mi fácil e inútil vida; anhelaba el trabajo, aspiraba a

consagrarme, como leía que lo hicieron las mujeres santas, al servicio de la iglesia y del menesteroso, a la lucha contra el pecado y el dolor. ¡Cuán vanas eran para mí entonces las palabras pecado e infelicidad! “Como esposa de un pastor mejor que de otra manera tendrás mayores oportunidades de hacer el bien”, este era uno de los argumentos con que vencí mi aversión al matrimonio.

En el otoño me comprometí definitivamente y catorce meses después me desposé. Una vez, en el intervalo, intenté romper el compromiso, pero al presentar la cuestión a mi madre toda su altivez se sublevó. ¿Podía yo, su hija, faltar a mi palabra? ¿Podía deshonrarme despidiendo al hombre con quien había dado palabra de casamiento? Ella, mi dulcísima madre, era severa, inflexible cuando se trataba del honor y cedí como siempre a su deseo pues una de sus miradas o palabras era ley para mí, excepto en el caso de la religión.

Me casé en el invierno de 1867 sin tener del matrimonio mayor conocimiento que el de una niña de cuatro años. En mi vida, henchida de ensueños, no había penetrado noción alguna del mal, había estado preservada de toda pena e inquietud, conservada inocente en lo que se refería a cuestiones sexuales y por otra causa carecía de preparación para el matrimonio y estaba indefensa ante un durísimo despertar. Pensando en ello digo, sin duda alguna, que no hay más grave error que educar a una doncella en completa ignorancia de los deberes y penalidades de la vida y dejar que por sí sola los afronte la primera vez, lejos de su ambiente familiar, privada del sostén de antaño, del viejo refugio del seno materno. Esta “perfecta inocencia” puede parecer hermosa, pero es peligrosísima y Eva tendría que conocer el bien y el mal antes de salir del paraíso del amor materno.

La infelicidad de muchos matrimonios data de su principio, del terrible choque que experimenta la modestia y amor propio de una sensitiva doncella, su desesperado azoramiento, su espanto. Los hombres con la educación que reciben en las escuelas y universidades o con el conocimiento que adquieren en su vida mundana encontrarán quizás inverosímil tan infantil ignorancia; no obstante existe; en algunos casos cuando menos, y

ninguna madre debería permitir que su hija aceptara ciegamente el yugo matrimonial.

Antes de abandonar el puerto de la adolescencia para hacerme a la vela en el turbulento mar de la vida, aconteció un hecho que debo mencionar porque señala el primer despertar de mi interés por las luchas políticas. En el otoño de 1867 mi madre y yo nos hospedamos en casa de una querida familia amiga, los Roberts, residente en Pendleton, cerca de Manchester. El señor Roberts era el "abogado de los pobres", frase afectuosa con que le designaban centenares de personas. Era íntimo amigo de Ernesto Jones y en todo momento se hallaba dispuesto, sin honorarios, a defender la causa de los pobres. Laboró infatigablemente en la agitación que dio por resultado libertar a la mujer de los trabajos mineros. Le había oído contar cómo las había visto fatigadas, desnudas hasta la cintura, con faldas cortas que apenas les llegaban a las rodillas, groseras, obscenas en el hablar, embrutecidas hasta el punto de no conservar ni el decoro ni la gracia femenina. Cómo había visto a sus hijitos trabajando también allí y a pequeñuelos de tres y cuatro años convertidos en porteros cayéndose de sueño y siendo despertados con maldiciones y golpes.

Los ojos del anciano centelleaban y crecía el tono de su voz a medida que explicaba estos horrores, pero su faz se dulcificaba al recordar que todo esto había terminado, cesado la esclavitud y que cuando iba al distrito hullero las mujeres de pie en la puerta levantaban a sus hijos en brazos para que viesan pasar al "Abogado Roberts", y agradecidas les hacían decir "Dios le bendiga".

Este anciano fue mi primer maestro en radicalismo y fui buena discípula. No me interesaba la política, pero inconscientemente censuraba más o menos al burgués liberalismo Whiggism¹ que me rodeaba. Consideré a los menesterosos como gente necesitada de educación, solicitud, trato caritativo y siempre me porté con ellos con extremada cortesía, cortesía que, como dama, concedía a todos igualmente fuesen ricos o pobres. Mas para el señor Roberts los pobres eran las abejas obreras, pro-

¹ Partido liberal en Inglaterra.

ductoras de la riqueza, con derecho a gobernarse, no a recibir protección, con derecho a la justicia, no a la caridad y me predicaba sus doctrinas a tiempo y a destiempo. Era su predilecta y a menudo guiaba el coche que le conducía hasta su despacho por la mañana, sintiéndome orgullosa de que confiara en mi habilidad para gobernar un caballo a través de las populosas calles de Manchester. Durante estas carreras y en todas las circunstancias el señor Roberts me predicaba la causa del pueblo. “¿Qué piensa Vd. de Juan Bright?”, me preguntó súbitamente un día mirándome con sus ojos que chispeaban debajo de sus grandes cejas. “Nunca he pensado en él”, respondí distraídamente. Y agregué: “¿no es un hombre áspero que en todo busca motivo de pelea?” “Justamente, me lo imaginaba”, gritó con impetuosidad. “Esto es lo que yo digo. Creo que algunas de vosotras, bellas damas, no iríais al cielo si en él estuviéseis en contacto con Juan Bright, el hombre más noble que ha dado Dios a la causa del pobre”.

Tal era el impulsivo y adorable “demagogo” como le llamaban, en cuya casa residíamos cuando arrestaron y procesaron en Manchester al coronel Kelly y al capitán Deasy, dos caudillos fenianos. Todo el pueblo irlandés estaba agitado y el 1º de septiembre el coche de la policía que los trasladaba a la cárcel de Salford tuvo que pararse en Bellevue Railway Arch porque a causa de un disparo uno de los caballos había caído. En un momento los revoltosos rodeaban el coche y forzaban la puerta que resistía. Rápidamente se acercó un pelotón de policía y era urgente abrir aquella puerta que permitiría la huída de los prisioneros. Los libertadores pidieron las llaves al agente de policía Brett que se hallaba dentro del coche, pero se negó a darlas y alguien exclamó: “Hagamos saltar la cerradura”. Inmediatamente la boca de un revólver estaba junto a ella y se quebró en pedazos. Pero el agente, que en aquel momento estaba mirando al exterior por el agujero, recibió el balazo en la cabeza y cayó desplomado al abrir la puerta. Un instante más y Allen, un mozalbete de 17 años, había forzado las puertas de los departamentos ocupados por Kelly y Deasy y los había arrastrado hacia la salida y mientras dos o tres los conducían a lugar seguro, los demás se co-

locaban entre la policía y los fugitivos para protegerles con sus revólveres.

Una vez salvados los caudillos fenianos se dispersaron los libertadores, pero el joven Guillermo Allen, cuya única intención fue libertar a sus jefes, disparó su revólver en el aire no queriendo derramar sangre en su propia defensa. Desarmado por su acto, fue cogido por la policía, derribado al suelo brutalmente, pateado, apedreado y arrastrado hasta la prisión desmayado y moribundo. En ella encontró compañeros suyos que se hallaban en sus mismas condiciones. Manchester estaba rabiosa y el odio de raza inflamó los corazones. Ningún obrero irlandés estaba seguro entre el gentío inglés, ningún inglés seguro en los distritos irlandeses.

Los amigos de los prisioneros asediaron la casa del abogado Roberts suplicándole que les apoyara y él puso todo el ardor de su alma en la defensa. El hombre que había accidentalmente dado muerte a Brett estaba en salvo, los demás arrestados no habían lesionado a persona alguna.

Se constituyó una Comisión especial bajo la jefatura del juez Blackburn, "hanging judge" como la llamaba suspirando el señor Roberts, que se reunió en seguida en Manchester a fin de que fuesen inútiles todos los esfuerzos del señor Roberts para conseguir el cambio del tribunal, si bien entonces no había esperanza de una feliz solución. El 25 de octubre los prisioneros, con esposas, fueron conducidos ante los magistrados. El señor Ernesto Jones, su consejero, no habiendo conseguido con su protesta evitar el ultraje, rasgó su uniforme y salió de la sala del tribunal. Se instruyó el proceso con tanta rapidez que el 29 de octubre, Allen, Larkin, Gould, (O'Brien) Maguire y Condon estaban en el banquillo ante la Comisión, acusados de homicidio.

Mi primera experiencia de una turba airada la pasé un día que íbamos en coche al Tribunal. Había barricadas en las calles, los soldados estaban sobre las armas y a medida que nos aproximábamos al término de nuestro viaje aumentaba el gentío. Finalmente nos vimos obligados a marchar al paso atravesando un grupo de irlandeses y hasta nosotros llegaron vehementes puñetazos dados en los cristales del coche y oímos im-

precaciones como: "malditos ingleses que se dirigen a ver a los muchachos asesinados". La situación era crítica porque éramos solamente dos mujeres y tres jovencitas, pero me dí cuenta de que no nos conocían; toqué suavemente la mano del que se hallaba más cerca diciéndole: "Amigos, he aquí la esposa e hijas del señor Roberts". "Roberts, el abogado Roberts, Dios le bendiga. Dejad pasar su carruaje". Y los semblantes, momentos antes tan duros, nos sonrieron y las maldiciones se trocaron el aplausos dejándonos el paso libre hasta la puerta del Tribunal.

Si bien en el exterior los corazones ardían de simpatía hacia los prisioneros, dentro todo era odio hacia ellos y la rápida apertura del proceso evidenciaba el ánimo del Tribunal y del fiscal. Según el parecer del señor Roberts, Digby Seymour, consejero de la reina y Ernest Jones, delegados para defender a los acusados no ejercieron como debían su derecho de recusación. Él sabía como todos nosotros, que muchos miembros del jurado habían manifestado públicamente su hostilidad hacia los irlandeses y persistía en su decisión de que fuesen substituídos; pero el abogado no lo creía necesario.

En vano el juez Blackburn amenazaba al señor Roberts con el arresto; "la vida de estos hombres hállase en peligro" era su poderoso argumento. "Salga ese hombre", gritó el juez encolerizado, pero cuando los ministriles avanzaron hacia él lentamente, porque todos los humildes amaban y honraban al ferviente luchador, mudó de idea y le permitió que permaneciese en la sala. A despecho de la actividad del señor Roberts, en el jurado figuraba un individuo que había declarado que "no le importaban las pruebas que se adujesen porque él ahorcaría a toda la ralea de los malditos irlandeses". Y el resultado patentizó que no era el único de esa opinión admitiéndose las más despreciables pruebas de acusación. Figuraron como testigos del hecho mujeres de mala fama y su palabra se consideró válida; de este modo se anuló una coartada de Maguire que, aceptada después por la Corona, tuvo como consecuencia el indulto del acusado.

Nadie podía salvar a aquellos condenados a muerte del ya convenido veredicto y podía yo comprobarlo desde el lugar

donde estaba sentada viendo a un funcionario que preparaba tranquilamente los casquetes negros antes de que se pronunciara el veredicto. La ya prevista culpabilidad se leyó enfáticamente a cada uno de los cinco prisioneros; les preguntaron si podían alegar algo para evitarla. Allen, a pesar de su adolescencia, pronunció un atrevido y varonil discurso. Dijo que había disparado al aire y que de obrar de otro modo se hubiera salvado; que colaboró en la fuga de Kelly y Deasy y no lo lamentaba; que ardía en deseos de morir por Irlanda. Maguire y Condon (se había demorado también la ejecución de la sentencia para este último) declararon que no estuvieron presentes en el hecho, pero como Allen estaban dispuestos a morir por su patria.

Se pronunció la sentencia y la sardónica frase: "El Señor tenga misericordia de vuestras almas", fue contestada como un eco desde el banquillo de los acusados por cinco voces claras, sin temblor de miedo: "Dios salve a Irlanda". Y después los reos pasaron uno a uno, ante mis ojos anegados en lágrimas.

Tristes días siguieron. Destrozaba el alma ver la desesperación de la infeliz prometida de Allen que nos clamaba de rodillas: "salvad a mi Guillermo"; pero ni nosotros ni nadie podía evitar la sentencia y el 23 de noviembre Allen, Larkin y O'Brien aparecieron ahorcados en la parte exterior de la prisión de Salford. Inglaterra les habría honrado si hubiesen luchado por la libertad de Italia, pero aquí los enterraba como vulgares asesinos bajo cal viva en el patio de la cárcel.

Descubrí con gran satisfacción que Bradlaugh y yo sin conocernos éramos colaboradores en esta causa, en 1867, si bien él trabajando mucho por ella y yo dando simplemente mi pobre simpatía que no otra cosa podía hacer una adolescente que despertaba al deber de la vida política. Leí en el *National Reformer* de 24 de noviembre de 1867 que la precedente semana defendía en Clarkerwell Green la causa de los arrestados de este modo: "Según el proceso, Deasy y Kelly estaban ilegalmente arrestados. La causa era el vagabundear, de la que no se presentó prueba alguna y al parecer se les encarcelaba por traición sin sombra de justicia. Deseaba saber si en Inglaterra

había en el mismo estado de cosas que en Irlanda; si un arresto ilegal era suficiente para retener en la cárcel a un ciudadano de otro país. Si él hubiera sido ilegalmente arrestado consideraba justificado que se emplease la fuerza necesaria para salvarse. El uniforme de policía no confiere autoridad cuando el que lo lleva abusa de su cargo. Así había razonado ante el Presidente del Tribunal Supremo en el Juzgado de Primera Instancia y el docto juez no osó contradecir su argumentación. Pero había otra razón para perdonar a estos hombres si bien dudaba de que el Gobierno la atendiera porque había nombrado a uno de los jueces que determinadamente estaba dispuesto a probar la culpabilidad de los prisioneros, y es porque la ofensa era puramente política. La muerte de Brett fue un triste accidente, pues nadie que hubiese observado el hecho descubriría en su matador un asesino intencionado. Legalmente era un asesinato, moralmente un homicidio para libertar un preso político. Si se hubiese tratado del rescate de los presos políticos de Varignano, o de Bourbon, Nápoles, Polonia, París, el más exigente aristocrático así lo consideraría, y ¿por qué nuestra hermana Irlanda debía ser inferior a los demás países? Ejecutar a estos hombres era echar el guante de desafío y provocar terribles represalias. La cuestión era grave y solemne. Había dicho un precedente orador que el pueblo no se detendría ante ningún obstáculo para salvar a estos irlandeses. Pero no era así y ojalá que lo fuera porque si los ingleses del primero al último fuesen capaces de decir: "estos hombres no han de ser ejecutados" no lo serían. Temía que no tuviesen valor de hacerlo, que su fuerza moral no igualara a su fuerza física. Por lo tanto él no diría que estaban preparados para obrar en esta forma. Debían defender la causa *ad misericordiam*. Hizo un llamamiento a la prensa que representaba el poder inglés, aquella prensa que en momentos de pánico tanto daño había producido y que debía salvar ahora a los cuatro condenados. Si la prensa lo pidiese ningún Gobierno sería tan insensato que lo negara. El recuerdo de la sangre derramada el año 1798 se erguía hoy contra ellos como sangriento fantasma. Temía, sin embargo, que cuanto se hiciera en favor de los pobres acusados les perjudicara, pues de no ser así, pronunciaría palabras que serían de fuego. De todas maneras quería decir al

Gobierno: tú eres fuerte hoy día, la vida de estos hombres está en tus manos, pero si quieres reconciliarte con Irlanda, si deseas reconquistarla, si deseas que sus hijos te amen, no amargues su corazón segando la vida de estos hombres. Templa tu poder con tu gracia; no emplees la espada de la justicia como arma de venganza porque puede llegar el día que se rompa en tus manos y que la empuñadura del arma tan inicua mente manejada hiera tu cabeza”.

En octubre publicó una ardiente y enérgica defensa de Irlanda. Decía: “¿Dónde está nuestra alardeada libertad inglesa después de haber cruzado el embarcadero de Kingstown?¹ ¿Dónde ha estado cerca de dos años? Suspendidas las garantías, atestadas las cárceles, registrados los barcos, espías las tabernas para descubrir la sedición y por corolario un pánico feniano en Inglaterra. Antes de que sea demasiado tarde, antes de que nueva sangre mancille las páginas de nuestra historia contemporánea, antes de que provoquemos y suscitemos amarguísimas animosidades, intentemos hacer justicia a nuestra tierra hermana. Abolamos de una vez para siempre las leyes agrarias que con sus iníquas aplicaciones han arruinado a sus campesinos; eliminemos la iglesia que, como sanguijuela, ha absorbido su vitalidad y le ha vuelto el rostro sin consolarla en su degradación. Transformemos sus cuarteles en fábricas de tejidos, alentemos el espíritu de independencia en sus ciudadanos, restituyamos a su pueblo la protección de la ley, de manera que puedan hablar sin temor de que los prendan y pidámosle que exponga clara y libremente sus agravios. Fórmese una comisión de los mejores y más prudentes irlandeses y de los más reputados jueces ingleses; dispónganse éstos a escuchar solemnemente sus quejas y dejémosles después legislar honradamente, no para castigar a los descontentos, sino para eliminar la causa del descontento. No son los fenianos quienes debilitaron la fuerza de Irlanda y aumentaron su miseria; no son los fenianos quienes han desahuciado a los inquilinos por falta de pago; no son los fenianos quienes han restringido el

¹ Población irlandesa.

cultivo. A los que han causado el daño corresponde arbitrar el remedio”.

En diciembre de 1867 zarpé del seguro puerto de mi feliz y tranquila adolescencia para hacerme a la vela en el vasto mar de la vida y sus olas rompieron turbulentamente sobre mí tan pronto como atravesé la barra. Desde el primer momento mi esposo y yo hicimos mala pareja. Él tenía una alta idea de la autoridad marital y de la sumisión de la esposa, manteniendo vigorosamente el principio de “ser el amo en su casa”; atendía con celo a los pormenores domésticos, era preciso, metódico, pronto en airarse y tardo en apaciguarse. Yo, acostumbrada a mi libertad, indiferente a las menudencias del hogar, impulsiva, ardorosa, soberbia como Lucifer. Nunca había recibido una palabra dura, ni un mandato; el terreno había sido siempre blando bajo mis pies; nunca hasta mí llegara una preocupación.

La aspereza de mi marido suscitó primero incrédula extrañeza, después un torrente de lágrimas de indignación, y pasado algún tiempo, una resistencia orgullosa, desafiadora, fría y rígida como el hierro. La desenvuelta doncella, radiante, entusiasta, se transformó, y bien rápidamente, en una grave, altiva y reticente mujer que sepultaba bajo las profundidades de su corazón todas sus esperanzas, sus temores y desilusiones. Debí ser desde el principio poco satisfaciente, si bien pienso que otra táctica me hubiese gradualmente cambiado en una discreta imitación del artículo convencional de “buena esposa”.

¡Era de extrañar que me volviese tímida, sombría y melancólica teniendo en cuenta que entré en el matrimonio, como he dicho ya, ignorando lo que era y sintiéndome por esta causa desde el primer momento intimidada y ultrajada; que desconocía la administración de un hogar y el uso del dinero (nunca había dispuesto de él, ni sola había comprado un par de guantes), si bien deseaba cumplir dignamente mis nuevos deberes; que carecía de disposición para las menudencias y me gustaba la rapidez en lo que me incumbiera a fin de entregarme en seguida a mis amados libros; que sentía el corazón henchido de nostalgia por mi madre y sin embargo hablaba de ella muy raramente porque comprendía que mi anhelo por su presencia

motivaba enojosos celos; que me rodeaban personas extrañas y que no me eran simpáticas; que me visitaban señoras cuya única conversación eran los chiquillos y las criadas, preocupaciones que no conocía y que me fastidiaban enormemente, y que eran tan indiferentes a todo lo que llenaba mi vida: teología, política, ciencia, como yo lo era a sus discusiones sobre el novio de su doméstica y las extravagancias de su cocinera?

Todo mi anhelante y apasionado entusiasmo que tanto atrae a los hombres en una doncella era sin duda incompatible con la "sólida comodidad de una esposa" y fui seguramente insoportable al Reverendo Frank Besant. A decir verdad, no debía haberme casado nunca porque en mí, bajo la dulce, amorosa y dócil doncella, subyacía, desconocida para mí misma y los demás, una mujer de recia y dominante voluntad que anhelaba manifestarse y se rebelaba contra todo freno, mujer de vivas y fogosas emociones que hervían bajo la opresión. Era la compañera menos deseable para ocupar dignamente la poltrona de una ama de casa junto al fuego. *Que le diable faisait-elle dans cette galère* había pensado a menudo recordando mi pasado y preguntándome: ¿Por qué esa estulta doncella trazó tan locamente su destino? Mas la introspección patentiza las contradicciones de mi naturaleza que me condujeron por tan equivocado camino.

He sido siempre la más extraña mezcla de debilidad y fortaleza y he pagado cara mi debilidad. Niña, mi timidez me ocasionó infinitas torturas, pues si por ejemplo se deshacía el lazo de mi zapato me parecía que todos los ojos estaban fijos en aquel desgraciado cordón; adolescente, huía de los extraños pensando que era superflua y desagradable, de manera que si alguien era cariñoso conmigo conquistaba mi gratitud; joven señora de un hogar, temía a mis servidores y prefería tolerar deficiencias en el trabajo antes que sufrir la pena de reprender al culpable. Hasta conferenciante y polemista, mostrándome enérgica en la tribuna, he preferido marcharme del hotel sin lo que necesitaba antes que llamar y pedir a la camarera que lo trajese. Luchadora ante los demás en defensa de una causa que me interesase, rehuía las contiendas y desaprobaciones en el seno familiar y soy tan cobarde en la vida privada como

buena batalladora en público. ¡Cuán a menudo pasé tristes momentos haciendo acopio de valor para reprender a un subordinado, como era mi obligación, y cuán a menudo me burlé de mí misma, muy valiente en la tribuna, pero incapaz de censurar a un mozalbete o a una doncella que habían ejecutado mal su trabajo! Bastaba una mirada o palabra ásperas para que me replegase como tortuga en su concha mientras que la oposición en la tribuna me estimulaba a hablar mucho mejor.

Entré en el matrimonio ciega y estúpidamente por temor de causar sufrimiento; estrujé mi corazón durante un año; después despertada por la aspereza y la injusticia, endurecida e indiferente, me encerré dentro de un muro de hielo donde sostuve los conflictos mentales que por poco me matan, y aprendí por fin a vivir y a trabajar protegida por una armadura que doblaba la punta de las flechas que la herían dejando en su interior ilesa la carne, armadura que sólo me quitaba en presencia de muy pocos.

En 1868 hice mis primeras tentativas literarias en dos géneros completamente distintos: escribí cuentos muy sencillos y una obra de mayores pretensiones titulada: "Las vidas de los Santos de letra negra". Diré para los que desconozcan el ritual eclesiástico que en el calendario de la iglesia anglicana los días del año se dedican a distintos Santos. Algunos de ellos tienen la impresión encarnada y se llaman los Días de letra encarnada y la iglesia prescribe en ellos determinados servicios religiosos, y otros están impresos en negro y son los Días de letra negra en los que no se señalan oficios especiales. Me pareció interesante tomar cada uno de estos días y escribir un bosquejo de la vida del Santo que le correspondía y puse manos a la obra reuniendo diversos libros de historias y leyendas de los cuales saqué mis "datos". Ignoro dónde ha ido a parar este preciado libro. Sé que lo ofrecí a Macmillans y que él lo mandó a alguien que preparaba una serie de obras de iglesia para la juventud. Después tuve una carta de una asociación religiosa ofreciéndose a publicarlo si lo daba como un acto de devoción a su orden: desconozco su último destino.

Los cuentos fueron más afortunados. Envié la primera a *Family Herald* y algunas semanas después recibí una carta y

al abrirla cayó un cheque. ¡Válgame Dios! Mucho he ganado escribiendo desde entonces, pero nada me ha producido el intenso gozo de mis primeros 30 chelines. Era el primer dinero que recibía y al orgullo de la ganancia se unía el orgullo de ser una autora. Henchida de infantil alegría y de religiosidad práctica me postré de hinojos para dar gracias a Dios y me vi ganando muchas monedas de oro y convirtiéndome en el sostén de la familia. Aquel dinero, además, era "muy mío", al menos así lo pensaba y me invadió una deliciosa sensación de independencia. No había comprendido entonces la belleza de la ley inglesa y la digna posición de la mujer casada; ignoraba que toda su ganancia pertenecía legalmente a su propietario y que nada podía ser suyo¹. No necesitaba el dinero, pero estaba contenta de tener algo que dar y me disgusté al saber que realmente no era mío.

De vez en cuando, después de esto, recibí algunas libras por los cuentos que publiqué en el mismo periódico. *Family Herald* tiene una peculiaridad por la que debieran estimarlo los autores pobres: paga la colaboración tan pronto como la acepta, sin importar que aparezca pronto o tarde. Mi primer cuento no se imprimió hasta después de algunas semanas de recibir el cheque y pasó lo mismo con todos los demás.

Estimulada por estos pequeños éxitos empecé a escribir una novela. Necesité largo tiempo, pero la terminé al fin y enviéla al *Family Herald*. Me la devolvieron con una atenta nota diciendo que era demasiado política para sus páginas y que si hubiese sido de interés puramente doméstico probablemente la hubieran aceptado. Pero en aquella época estaba en plena lucha de duda teológica y esa novela de interés puramente doméstico nunca llegó a escribirse.

Contribuí además a la literatura de mi país con un folleto teológico cuyo título preciso no recuerdo, pero que trataba, en muy patristico tono, del deber de ayunar que incumbe a todo cristiano fervoroso.

En enero de 1869 nació mi hijito y habiendo estado muy enferma algunos meses antes de su nacimiento y demasiado absor-

¹ Esta odiosa ley ha sido ahora modificada y la mujer casada es ya una persona, no una finca.

bida en mi chiquitín para dedicarme a la pluma, interrumpí durante algún tiempo mi carrera literaria. El niño dio un nuevo interés y un nuevo placer a mi vida, pues como no podíamos soportar el gasto de una nodriza se me presentaban múltiples oportunidades de cuidar a su pequeña majestad. Mi entusiasmo por la lectura se entibiaba cuando leía junto a la cuna del niño y su presencia remedió la continua congoja que me había producido la pérdida de mi madre.

Pasaré rápidamente los dos primeros años. En agosto de 1870 nació la hermanita de mi hijo y el restablecimiento era lento y pesado porque desde algún tiempo se quebrantaba mi salud. El niño era listo y vigoroso, pero la pequeñuela estuvo delicada desde su nacimiento: había sufrido de la infelicidad de la madre y nacido algo prematuramente a consecuencia de un sobresalto. En la primavera de 1871 los dos niños tuvieron la tos ferina que estuvo a punto de ser fatal para mi Mabel a causa de su enfermizo estado: era demasiado pequeña para resistir tal enfermedad y aun después tuvo bronquitis seguida de congestión pulmonar. Durante semanas la tuve en peligro de muerte. Para facilitar la fatigosa respiración de la niña pusimos junto al fuego un biombo parecido a una tienda y lo llenamos de vapor y allí sentada estuve día y noche durante penosas semanas con mi torturada hijita sobre las rodillas. Amaba apasionadamente a mis pequeñuelos porque sus caricias mitigaban el dolor de mi corazón y porque sus infantiles ojos no podían escudriñar la infelicidad que de día en día era más profunda. Aquella tienda llegó a ser mi mundo y allí sola luché con la Muerte para la vida de mi hija. El médico decía que la curación era imposible y que la niña moriría en uno de los accesos producidos por la tos, y lo más terrible era que finalmente una gota de leche provocaba tales estremecimientos convulsivos y parecía cruel aumentar el sufrimiento de la en apariencia moribunda criatura. Una mañana dijo el médico que la niña no podía pasar de aquel día. Lo había enviado a buscar precipitadamente porque su cuerpecito se hinchaba a causa de la perforación de la pleura y el consiguiente escape de aire en la cavidad del pecho. Mientras estaba allí tuvo un acceso de tos que pareció ser el último y él sacó de su bolsillo una bote-

llita de cloroformo, puso una gota en su pañuelo, y lo acercó a la faz de la niña hasta que el narcótico apaciguó la convulsión. “En este estado no puede hacer ningún daño —dijo— y así se atenúa su sufrimiento”, y marchó temiendo no verla ya más con vida. Este médico, Lariston Winterbotham, fue uno de los mejores amigos que tuve en mi vida conyugal: era tan bueno como hábil y, como muchos de su noble profesión, le adornaban las cualidades de discreción y silencio. Nunca insinuó una palabra sobre mi triste vida, hasta el 1878 que vino a la ciudad para atestiguar la crueldad de trato que, si la sentencia de separación no se hubiese dictado en calidad de condonación, me hubiese asegurado un divorcio a *mensa et thoro*¹.

La niña, sin embargo, recobró la salud gracias, creo yo, a la feliz idea del cloroformo que tuvo el Sr. Winterbotham, pues lo usé después tan pronto como se presentaba el primer síntoma de acceso y así evitaba los convulsivos ataques y el profundo agotamiento que le seguía durante el cual la única señal de vida de la niña era un débil suspiro que a veces cesaba y me hacía pensar en su muerte. Durante años estuvo enfermiza y necesitó los más tiernos cuidados, pero aquellas angustiosas semanas dejaron más profunda huella en la madre que en la hija. Tan pronto como pasó el peligro me sentí físicamente postrada y estuve una semana inmóvil en cama, de la que me levanté para afrontar una lucha que duró tres años y dos meses y que me costó casi la vida, lucha que me transformó de cristiana en atea. El más penoso período fue el de los diecinueve primeros meses, época que recuerdo aún con horror, pues sufrí las torturas del infierno. Nadie que no haya pasado por él comprenderá el dolor que la duda produce en un alma ardientemente religiosa. No hay en la vida pena tan horrible, ni tan aguda en su tortura, ni tan oprimente en su peso; parece que todo se sumerge, que se desvanece el único destello de felicidad prometida *en el más allá* y que ninguna tempestad terrena debía obscurecer. Sólo por una imperiosa necesidad intelectual y moral la mente religiosa se siente arrastrada hacia la duda porque ella representa una conmoción que hace zozobrar los fun-

¹ Con derecho a los alimentos.

damentos del alma y en la que todo vacila: ninguna vida bajo el vacuo cielo, ninguna luz en la obscura noche, ninguna voz que quiebre el mortal silencio, ninguna mano que se extienda salvadora.

Los frívolos de vacío cerebro que nunca han intentado pensar, que aceptan las creencias como aceptan las modas, hablan del ateísmo como el resultado de una vida corrompida y de viciosos deseos. En su superficial sensibilidad y más superficial aun mentalidad, no pueden ni por asomo imaginarse la angustia que produce la mera penumbra del eclipse de la fe y menos el horror de la profunda oscuridad en la que el alma huérfana grita en el vacío infinito: “¿Es un Demonio quien hizo el mundo? ¿Dice verdad el eco: «Hijos no tenéis Padres»? ¿Es todo ciega casualidad, entrecchoque de fuerzas inconscientes, o somos nosotros juguetes sensibles de una Potestad que se divierte con nuestra agonía y que responde burlonamente a los lamentos de nuestra desesperación?”

¡Cuán verdaderas son las nobles palabras de la señora Hamilton King!

“Pueden algunos ir en pos de la Verdad desde la aurora al crepúsculo como el niño que, sostenido por la mano materna, sigue su camino sin temor y regocijadamente. Mas para algunos la faz de la Verdad es como una estrella que se oculta tras un sendero de espinas y de ardores, de ondulantes y tétricas ramas, desnudas de hojas. Y sin embargo la Verdad les atrae; poco importa que por ella sangren sus pies, se rasguen sus vestidos, se escalden sus ojos. Y si atravesando el valle de la mortal sombra vuelven al camino llano, pero con la mirada vuelta hacia la estrella polar, no es con el mismo aspecto, ni con los mismos miembros, sino lisiados, mutilados y enfermos. En el resto del camino que les falta recorrer no brillará el día, sino que será noche y a menudo nublada noche, sin fulgor de estrellas” (1).

Ciertamente, pero nunca deja de brillar la Estrella de la Verdad para el que hacia ella tiene vuelta la faz y mientras ella luce poco importa que aparezcan las de menor magnitud.

Los largos y dolorosos meses que había pasado culminando en la tortura de mi hija, sin motivo a mi entender, fué el primer rudo golpe que recibió mi fe en Dios, como misericordioso Padre de los hombres. Había visitado a los pobres y observado

¹ Los discípulos.

la adversidad de su vida y su paciencia; había visto a mi idolatrada madre víctima de un abogado en quien depositó su confianza y sumergida en deudas porque él no satisfizo las cantidades que ella le había entregado para los acreedores; a mi propia vida, luminosa en sus albores ofuscada por el dolor y humillante a causa de un intolerable sentimiento de esclavitud, y finalmente a mi hija, débil criatura inocente, torturada durante semanas y dejada débil y enfermiza. La plácida luminosidad de mi pasado agudizaba mis desilusiones, y me aturdía y ofuscaba la súbita sumersión en condiciones tan nuevas y desfavorables. Mi religioso pasado era el peor enemigo de mi posterior sufrimiento.

Mi creencia personal en el Cristo, mi intensa fe en Su constante dirección de las cosas humanas, mi costumbre de orar continuamente y de sentir Su Presencia, todo esto se volvía contra mí. La altura de mi confianza hacía más tremendo el golpe de la caída cuando ella faltaba. Cristo, para mí, no era una idea abstracta, sino una realidad viviente y toda mi alma se rebelaba contra aquel ser en quien creía y cuya individual intervención percibí en la agonía de mi hija, en mi infelicidad, en el quebranto del altivo corazón de mi madre a causa de las abrumadoras deudas, en el amargo sufrimiento de los pobres. La presencia del dolor y del mal en un mundo hecho por un Dios bueno; el sufrimiento de los seres inocentes, como mi hijita de siete meses; el dolor que empieza aquí en la tierra y que sin alivio perdura toda la eternidad; un mundo oprimido por la tristeza; un horrible infierno sin esperanza, todo esto, cuando aún creía, me arrastraba hacia la desesperación, pero en vez de creer y temblar como los demonios, creí y odié. Se rebelaba toda la hasta entonces latente e insospechada energía de mi naturaleza; no me atrevía a negar, pero no quería tampoco hincar mi rodilla.

En las primeras conmociones de esta violenta rebelión conocí a un nobilísimo sacerdote que mucho bien me hizo con su pronta e inteligente simpatía. El Sr. Besant le llevó a visitarme durante la crisis de la enfermedad de la niña; habló poco, pero al otro día recibí de él la siguiente carta:

“21 de abril de 1871.

”Querida Sra. Besant:

”Tengo la dolorosa impresión de haberla tranquilizado ayer muy poco en su congoja. Huelga decir que no fue por falta de simpatía, antes al contrario, sería más verdadero afirmar que fue por exceso de ella. Rehuyo entrometerme en el dolor de los que presiento muy sensibles: “el corazón tiene su propia amargura y el extraño no debe entrar en él”. Hubiese sido espantoso pensar que mis palabras podían suscitar reflexiones como ésta:

“Vulgar era el lugar común y se dió hueca cascarilla en vez de grano.”

”Consuelos convencionales, convencionales versículos de la Biblia, convencionales plegarias agravan de manera intolerable, a mi entender, el dolor ajeno. Por esta razón obro según un principio que mencioné a su marido y es: “que no hay poder tan grande como el de una fe humana que contemple otra fe humana”. Las promesas de Dios, el amor de Cristo por los niños y todo lo que se nos ha dado como esperanza y tranquilidad, está tan profundamente impreso en su corazón como en el mío: no hay por qué ocuparme de ello. Pero cuando me hallo frente a frente de alguien que está en vehemente necesidad de tal esperanza y tranquilidad, súbitamente se acrecienta y vigoriza de tal modo mi fe que pienso ayudar mejor hablando poco y dejando que la fe encuentre su camino de alma a alma. En verdad que no hallaría palabras si lo intentara, pero me siento impulsado a asegurarle solemnemente, como mensajero de las alegres nuevas de Dios, que todo está perfectamente bien. No tenemos otra clave del “misterio del dolor” que la Cruz de Cristo; pero en las manos de nuestro Padre hay otra más profunda solución: será nuestra cuando podamos comprenderla.

”Allí donde nos dirigimos, hay algunas benditas explicaciones sobre el sufrimiento de su hija y su angustia que iluminarían la profunda oscuridad de su alma. Pero ahora Vd. debe creer sin ver: esto es la verdadera fe. Piense que:

“ha de extender una mano a través del tiempo para coger el lejano fruto de las lágrimas”.

''Que tenga valor suficiente para hacer esto es lo que ruega su fidelísimo,

W. D.''

Carta noble, pero la tempestad arreciaba con demasiada furia para calmarla, y una noche, en el verano de 1871, estalló firme ante mí. El Sr. Besant había salido después de un violento altercado. Me sentía ultrajada, desesperada, sin hallar puerta de escape de una vida que, perdida la esperanza en Dios, no me había enseñado a vivir confiando en el hombre. ¿Sin puerta de escape? Como un relámpago cruzó por mi mente la idea: ''¡He aquí una!'' Y ante mí vi abierta, como señuelo de paz y de liberación, la portavía del silencio y de la seguridad, la portavía de la tumba. Estaba de pie junto a la ventana de la sala, fijas mis desesperadas pupilas en el cielo vespertino. Con la idea de la muerte pensé que tenía los medios de procurármela: el cloroformo que alivió el sufrimiento de mi hija y que estaba en el piso superior. Fui hacia la habitación, tomé la botella, bajé las escaleras y permanecí de nuevo de pie junto a la ventana contemplando el crepúsculo estival, contenta de que la lucha terminara y estuviera cercana la paz. Destapé la botella y la levantaba hacia mis labios cuando oí las palabras dulces y claramente pronunciadas: ''¡Oh cobarde, cobarde, que aspiraste al martirio y no puedes soportar unos años de dolor!'' Me invadió una ola de vergüenza, arrojé la botella lejos de mí, entre los arbustos del jardín y por un momento me sentí fortalecida para la lucha; después caí al suelo desvanecida. Sólo otra vez en mis posteriores luchas pensé en el suicidio, pero aparté de mí esta idea como indigna de un alma fuerte.

Mi nuevo amigo, el Sr. D., me patentizó una verdadera ayuda. En mi alma conturbada se acumulaban las dudas sobre la eterna tortura del infierno, el expiatorio sacrificio de Cristo, la autenticidad de la revelación, dogmas hasta entonces aceptados, y el Sr. D. no desatendía mis preguntas ni me desalentaba; no se asustaba ni, santurronamente escandalizado, me reprendía: lo consideraba todo con amplia comprensión calmando así indeciblemente mi alma que se retorció en las primeras angustias de la duda. Se alejó de Cheltenham a principios de otoño de 1871, pero los siguientes extractos de una carta

suya escrita en noviembre muestran en qué clase de red me debatía. (Leía entonces el libro *Sobre la redención*, de M. Leod Campbell.)

“1. — Vd. olvida un gran principio: que Dios es impasible, no puede sufrir. Cristo no sufrió como Dios, sino como Hijo del *Hombre* y en Su humanidad. Puede decirse justamente que sintió el pecado y los pecadores “como Dios siente eternamente”, es decir, *aversión del pecado y amor al pecador*. Pero estimo erróneo que se infiera de esto que el Padre, en su Divinidad, siente los sufrimientos que Cristo experimentó tan sólo en la encarnada humanidad.”

“2. — Me sentía fuertemente inclinado a reprenderla por la última parte de su carta. Vd. presume, gratuitamente me figuro, que Dios condena la mayoría de Sus hijos a futuros e inútiles sufrimientos. Dice que, si no es así, pone en sus manos un libro que amenaza lo que no pretende infligir. ¡Cuán contrario me parece esto al Evangelio de Cristo! Todas las alusiones de Cristo sobre el castigo eterno pueden reducirse a la del Valle de Hinnom, en sentido figurado, exceptuando la parábola del rico de la que se deduce claramente el hecho de una corrección moral más allá de la muerte. Hablo del altruista deseo del rico de salvar a sus hermanos. Cuanto más estudio la controversia tanto más me parece infundada la teoría del eterno castigo. Creo que Vd. debería sentirse vigorizada y reconocida, y no dolorida y vacilante, por la idea de que Dios es mejor de lo que le enseñaron a creer de Él. Con seguridad habrá Vd. descubierto en el libro “Lo que es la revelación”, de Maurice (supongo que tendrá Vd. la “Continuación”) que la verdad de Dios es nuestra verdad y Su amor nuestro amor, solamente que más perfectos y acabados. No hay aserción en la moderna filosofía y teología más demolida que la del deán Mansel con la que intentaba demostrar que el amor, la justicia, etc., divinas, son de índole diferente de la nuestra. Mill y Maurice desde puntos de vista diametralmente opuestos han patentizado lo absurdo de tal aserción.”

“3. — Gran parte de lo que Vd. piensa hállase fundado, me imagino, en un extraño olvido de su primera experiencia. Si Vd. ha conocido a Cristo, y estoy seguro de ello (conocerlo es

eterna vida), ¿cómo es posible que algunas dificultades intelectuales o algunos contratiempos morales si Vd. quiere, destruyan el testimonio de ese superior estado de existencia?

”La nota dominante en toda mi teología es que Cristo es amable precisamente porque es la perfección de todo lo que conozco como más noble y generoso, como bueno, tierno y verdadero. Si un ángel trajera del cielo un evangelio que contuviera doctrinas opuestas a tan perfecta bondad, doctrinas duras, crueles o injustas, lo despreciaría con su engañoso evangelio convencido de que ninguna de sus doctrinas procedía de Cristo. Conózcale y juzgue las religiones por Él, no juzgue a Él por las religiones, y después lamente de que lo consideren a través de tan sangriento cristal. Me saturo de Maurice que es el antídoto dado por Dios en esta edad contra las funestísimas dudas y contra las tentaciones del demonio de la desesperación.”

Algunas personas, siguiendo esa línea de pensamiento en esta época de controversia sobre todo cuanto un día consideraron sagrado, pudieron encontrar paz y nueva luz, y conciliaron las doctrinas teológicas con las exigencias de su conciencia por el amor y la justicia de un mundo hecho por un Dios justo y bueno. Pero yo no podía hacerlo así. El despertar a la realidad del mundo, al espectáculo de la miseria humana, al despiadado proceder de natura que pisoteaba el corazón del hombre sin diferenciar el inocente del culpable, había sido demasiado rudo para que el equilibrio se restableciera con sólo argumentos que apelaban a la emoción y dejaban inconvenido al intelecto. Meses de larguísima angustia mental influyeron en la salud física, perdida al fin. Semanas duró mi desespero y abatimiento. Tenía violenta y continua jaqueca, no podía dormir ni soportar la luz, permanecía extendida en la cama como cosa inerte, no fuera de mí, pero indiferente a todo: mi conciencia hallábase concentrada en la angustia que me oprimía. El médico echó mano de todos los medios para sacarme de aquel estado, pero atrincherado en la propia fortaleza el mal desafiaba sus débiles esfuerzos. Puso hielo en mi cabeza, me dio opio con el que solamente consiguió atontarme, hizo cuanto su conocimiento y su bondad le sugirieron; pero fue en vano. Finalmente el mal se agotó y cuando fue posible el médico intentó

la distracción mental. Me trajo libros de anatomía y de ciencia, me exhortó a estudiarlos y, hurtando una hora a sus múltiples ocupaciones, se entretenía en explicarme los puntos difíciles de la fisiología. Había él comprendido que para conducirme hacia una vida racional no había otro medio que desviar mi pensamiento de la peligrosa corriente que seguía. Reconozco que debo la vida y la razón a ese hombre excelente que se conmovió ante la mujer casi niña, desesperada, aturdida, aterrada por el ciclón de la duda y la desdicha.

Como se comprende fácilmente mi infelicidad religiosa aumentaba solamente mi infelicidad en la vida doméstica, porque era absurdo que un ser racional se atormentase de tal modo por dificultades intelectuales y morales en materia religiosa, que llegasen a quebrantar su salud. Incumbía seguramente a la mujer cuidar del esposo y ocuparse de sus hijos, no destrozar su corazón por el sufrimiento del mundo y por el infierno del más allá, ni perturbar su cerebro con problemas que preocuparon a los más eminentes pensadores y que aún se hallan sin resolver. En verdad, quienes se interesan por la sociedad en que viven harían bien en no lanzarse precipitadamente al matrimonio porque no podrán caminar muy llanamente con los arreos de este respetable estado. Sola el alma ha de arrostrar las tribulaciones y las penas; sola ha de caminar por el desierto para que el demonio venga a tentarla y no introducir a su majestad y a todos sus diablillos en el plácido círculo de un hogar. Infeliz de aquella que se desposa hechizada por su juventud y destinada a la lucha por su naturaleza, porque causará la infelicidad de su compañero y la suya. Y si además este compañero, fuerte en la autoridad tradicional y en los hábitos convencionales, intenta dominar su turbulencia y arrojo todo se reduce a un ensayo de fuerza o resistencia en el que o ella caerá jadeante y estrujada o se rebelará en su desesperación, defenderá su divino derecho de libertad intelectual, romperá a pedazos sus cadenas y, descubriendo su fortaleza en su necesidad, pronunciará "no" cualquiera que sea el riesgo, cuando se le invite a vivir hipócritamente.

Pasada mi crisis física tracé mi línea de acción. Resolví tomar el cristianismo como se enseñaba en las iglesias; exami-

nar cuidadosa y ampliamente sus dogmas, uno por uno, para no decir "creo" a lo que previamente no hubiese experimentado y para que estuviese firme bajo mis pies lo que aceptare, aunque esto restringiera el área de mi fe. Me pareció que urgía la solución de cuatro problemas fundamentales y a ellos me dediqué. ¡Cuántas almas se hallan actualmente ante ellos y disputan hasta las pulgadas de terreno de su antigua fe al incesante avance de las ondas de la crítica histórica y científica! ¡Ay de mí por los muchos Canutos a quienes las olas bañan los pies!

Estos problemas eran:

1º — Eternidad del castigo después de la muerte.

2º — Significado de la "bondad" y del "amor" aplicados a un Dios creador de este mundo con todos sus pecados y desdichas.

3º — Naturaleza del sacrificio de Cristo y "justicia" de Dios al aceptar un redentor sufrimiento de Cristo y la vicaria rectitud del pecador.

4º — Significado de la "inspiración" aplicada a la Biblia y conciliación de las perfecciones de su autor con los errores e immoralidades de la obra.

Por lo que antecede verá el lector que no me afectaban los más profundos problemas religiosos, como deidad de Cristo, existencia de Dios, inmortalidad del alma, y observando el pasado percibo cuán ordenadamente avanzaba mi pensamiento, cuán firme crecía después del primer terrible choque y el primer turbulento remolino de angustia. Los puntos que me proponía estudiar eran los que naturalmente afronta quien se rebela contra los dogmas de la iglesia desde un punto de vista moral más bien que intelectual: era una protesta de la conciencia más bien que del cerebro. No fue deseo de licencia moral lo que me dio el impulso que, finalmente, me lanzó al ateísmo; fue el sentimiento de la justicia ultrajada, del derecho insultado. Era esposa y madre de irreprochable conducta en la vida moral, con profundo sentimiento del deber y altiva estimación propia, auto-respeto, y fue precisamente entonces que me asaltó la duda. Perdí toda mi fe en el cristianismo cuando me hallaba bajo el círculo protector de mi hogar, sin aspirar al trabajo

externo ni a la libertad exterior. Estaba preservada de las tentaciones externas por mi educación, por el ejemplo de mi madre, por la íntima timidez, por la poca confianza en mi misma y fue la sublevación de mi conciencia violada lo que me hizo rebelde contra la iglesia y finalmente descreída en Dios. Y lo hago constar para que se tenga en cuenta que nunca se contrarrestará el progreso del materialismo con diatribas contra los incrédulos como si lo fuesen por deseo de vicio y licencia. La religión, en las polémicas de esta época, no ha de afrontar la incredulidad del libertino, sino la de la conciencia educada y del esclarecido talento y si no puede presentar una ética más noble y una filosofía superior a las de su contrario, perderá su poder sobre los más puros y fuertes de la futura generación.

CAPÍTULO V

LA TORMENTA DE LA DUDA

Dedicaba gran parte de mi tiempo a la lectura de libros heréticos y de la Escuela Libre y de obras ortodoxas, y aun se aumentaron mis horas de solaz con nuestro traslado a Sibsey, condado de Lincoln, pueblo agrícola de diseminada población. Leí a Robertson, Stopford, Brooke, Stanley, Greg, Matthew, Arnold, Liddon, Mansel y otros muchos, y a medida que leía crecía mi escepticismo. Los argumentos de la Escuela Libre me parecían más bien la defensa de una causa y la hábil evasión de las dificultades que una sincera exposición para afrontarlas y resolverlas.

El problema era: Existiendo un Dios bueno, ¿cómo pudo crear la humanidad sabiendo previamente que la mayoría de los hombres sufrirían para siempre las torturas del infierno? Existiendo un Dios justo, ¿cómo podía castigar al pecador si éste heredó una naturaleza pecaminosa por necesidad y sin propia elección? Existiendo un Dios equitativo, ¿cómo podía permitir la eternidad del pecado de manera que el mal fuese tan duradero como el bien y Satán reinase en el infierno tanto tiempo como Cristo en el cielo? El mayor de los enigmas era la existencia del mal y del sufrimiento y me torturaba pensando que Dios *podía* ser bueno y sin embargo contemplar indiferente el mal y la miseria del mundo. Me parecía imposible que un Creador pudiera ser o tan cruel de permanecer impasible a las tribulaciones humanas, o tan débil para ser incapaz de remediarlas. Siempre estaba ante mí el antiguo dilema: Si puede prevenir el mal y no lo hace no es bueno; si desea impedirlo y no puede no es omnipotente. Atormentaba mi cerebro con la

búsqueda de la respuesta: consulté los escritos de los creyentes y no encontré puerta de escape. No había dudado aún de la existencia de Dios.

El Sr. D. continuaba escribiéndome y se esforzaba en guiarme por el camino que le condujo a la paz del alma. Sólo transcribiré dos breves extractos de una carta suya que mostrarán cómo él solucionó el problema. Juzgaba erróneo mi punto de vista.

“Sobre la naturaleza del *pecado* y del *error* que Vd. supone que han de afligir a Dios, considero que el pecado es un factor absolutamente necesario para llegar al hombre perfecto. Fue previsto y permitido como medio de un fin, como una educación. La visión de todos los pecados y de todos los sufrimientos no puede afligir a Dios, más de lo que Vd. lamentaría el fracaso de su Digby al intentar por primera vez la construcción de un castillo de cartón o una casita para el conejo, porque esto forma parte de su educación. Dios contempla el hombre ideal al que todo tiende...”

“No, Sra. Besant. Nunca me siento dispuesto a renunciar a mis investigaciones, ni a suponer que el adversario tiene razón. El mérito no es mío; tengo invencible fe en la moralidad de Dios y en el orden moral del mundo. No dudo de la falsedad de la teología popular, como no dudo de la irrealidad de seis ladrones que me atacaron hace tres noches en horrible sueño. Me alegro y regocijo por la grandeza y libertad del pequeño fragmento de verdad que se me permite ver. Me han dicho que algunos de los editados “Artículos de actualidad” del Obispo Ewing ayudan maravillosamente a las almas conturbadas. Se los recomiendo. Estoy seguro de que la verdad, en cuanto somos capaces de percibirla, se infundirá en su alma, pronto la conquistará y la hará libre, iluminará su camino y disipará en no lejano día sus penosas dificultades y sus dudas. No renuncie a la lectura de aquellos artículos porque la crea utilísima; será para Vd. maravilloso manantial de sostén y paz, pues ciertas luchas son mucho más terribles que la duda intelectual. = Me conmovió vivamente la pesadumbre acumulada en las dos últimas páginas de su carta: inexplicable es la tristeza que me produjo su lectura; me recuerdan un largo y oscuro período de mi

vida, cuando creí que nunca me alumbraría la luz. Gracias a Dios vino, de lo contrario creo que no hubiese podido resistir por más tiempo. Pero Vd. tiene bastante fortaleza para soportar esta crisis, tanto más que ha pasado el momento de mayor peligro, según creo. Fíjese en que la fermentación deja limpio el vino espiritual, no avinagrado, como sucede a menudo. Quisiera prestar a Vd. mayor ayuda en este espinoso asunto, pero sentado frente a mi ventana y contemplando las sombras sobre el césped, la luz del sol sobre las hojas, los delicados matices de los capullos que respetó la tormenta, no puedo menos de creer que todo resultará en bien. “Confíe en el Señor, espere pacientemente en Él” son palabras ya triviales; pero Él hizo el césped, las hojas, los capullos y el luminoso sol; Él es el Padre de Nuestro Señor Jesucristo, y las palabras triviales se convierten en poderoso argumento.”

En los escritos teísticos de Grey y en los agnósticos de Arnold encontré mayor confortación que en los de los maestros de la Escuela Libre, los cuales hacían más y más imposible mi retorno a la antigua fe. Los servicios de la iglesia me torturaban semanalmente, pero dándome cuenta de que tan sólo eran dudas las guardé para mí. Confiaba en que desaparecerían y pensaba que no tratándose de una certidumbre no tenía derecho a quebrantar la fe de los demás. Otros habían dudado y recobraron después su fe; para el que duda el silencio es un deber. Vale más que los ciegos guarden su desgracia para sí mismos.

Durante aquellos fatigosos meses de tormentosa ansiedad encontré algún alivio de mi esfuerzo mental con la labor práctica de la parroquia, cuidando a los enfermos, procurando hacer menos triste la suerte del pobre. Aprendí entonces algunas de las lecciones que años después pude enseñar a los operarios agrícolas desde la tribuna. Se iniciaba a la sazón un movimiento entre los labradores motivado por la energía y devoción de José Arch e inmediatamente simpatiqué con las demandas de los braceros porque conocía las condiciones de su vida. En una choza había encontrado a cuatro generaciones que dormían en una sola habitación: el bisabuelo y su mujer, la abuela y madre solteras y el niño. Tres inquilinos más completaban el número

ocho en aquel pequeño y mal ventilado zaquizamí. Había otras chozas en las que se filtraba el agua por las paredes y el reumatismo y la calentura vivían con sus moradores.

¿Qué podía yo hacer sino simpatizar con el movimiento que tendía al alivio de tanta miseria? Los granjeros se oponían acerbamente a la unión de los jornaleros agrícolas y no querían dar trabajo a los asociados. Un ejemplo valdrá para todos. Había un hombre joven casado, con dos pequeñuelos que cometi6 la falta de asistir a una asamblea de la Unión y después cometi6 otra hablando de ella en su casa. Por este solo motivo ningún granjero del distrito quiso emplearle. Vanamente busc6 trabajo: creci6 la apatía del obrero y se entreg6 a la bebida. Visité su cabaña que consistía en una habitación y colgadizo y encontré a su esposa enferma y a un hijito suyo en brazos, víctima de la fiebre. El otro pequeñín estaba muerto sobre la cama. A las preguntas que dulcemente le formulé me respondi6 que se moría de hambre porque no tenían trabajo y que dejaba sobre la cama el cadáver de su hijo porque no había otro lugar hasta que trajeran el ataúd. Por la noche el infeliz marido, la esposa, el niño ardiente de fiebre y el muertecito yacían ¡sobre el mismo lecho!

Los granjeros odiaban la Unión porque sus éxitos implicaban un aumento de salario de los trabajadores, y no se les ocurri6 pensar que podían satisfacer menos renta al propietario del terreno y mayor remuneración a los hombres que cultivaban sus campos. Cortésmente atendían a los opresores, y con dureza a los segadores de sus cosechas y a los que levantaban sus hacinas; hacían causa común con sus enemigos en lugar de con sus amigos; no se unían con los labradores para formar una verdadera liga de interés agrícola, sino que se aliaban con los propietarios provocando una ruinoso lucha fratricida en vez de fácil victoria contra un enemigo común. Viendo todo esto aprendí útiles lecciones y, a pesar de continuar mi íntima lucha teológica, avancé en mi educación política.

A principios de otoño un rayo de luz rompi6 mis tinieblas. Estaba en Londres con mi madre y un domingo por la mañana entramos en el St. George's Hall donde predicaba el Rev. Car-los Voysey. Por aquel sermón y por la lectura de algunos libros

adquiridos en la antesala comprendí, con gran alegría, que otras personas habían tropezado con mis mismas dificultades y habían abandonado los dogmas que tan repulsivos encontrara. Volví allí el siguiente domingo y terminado el servicio observé que a la salida muchos pasaban ante el Sr. Voysey y su esposa, algunos de ellos evidentemente desconocidos, para agradecerle su peroración. Movida por el mismo ardiente deseo de hablar, después de tantos meses de solitaria lucha, con alguien que había salvado mis dificultades religiosas dije al Sr. Voysey cuando pasé ante él: "Le agradezco la gran ayuda que esta mañana Vd. me ha prestado con sus palabras", porque en verdad no habiendo dudado aún de la existencia de Dios la enseñanza del Sr. Voysey de que "Él amaba a *todo* hombre y Su gracia se derramaba sobre *todas* Sus obras", fue destello de luz en el tempestuoso mar de la duda y de la desesperación en la que durante tanto tiempo me debatía.

El siguiente domingo fui de nuevo a S. George's Hall y la Sra. Voysey me invitó cordialmente a visitarles en su casa de Dulwich. Encontré que su teísmo estaba libre de los defectos que habían sido causa de mi rebelión contra el cristianismo y sus palabras me abrieron nuevas perspectivas religiosas. Leí el "Discurso sobre la Religión" de Theodore Panker; las obras de Francis Newman y las de France Power Cobble y otros; empezó a disminuir la angustia de la tensión, desapareció la pesadilla de un Mal Omnipotente y mi creencia en Dios, intacta todavía, se purificó de las negras manchas que la habían contaminado. Y ya no dudé por más tiempo sobre si los dogmas que habían conturbado mi conciencia eran verdaderos o falsos; los aparté de mí una vez para siempre con todos sus horrores y sus tinieblas y comprendí, con gozo y consuelo indecibles, que habían sido ilusiones de la ignorancia del hombre, no revelaciones de Dios.

Pero había una creencia que no había sido abiertamente atacada, aunque la lógica hubiese penetrado en los dogmas ortodoxos definitivamente renunciados: la doctrina de la divinidad de Cristo. Toda la enseñanza de la Escuela Libre tendía, naturalmente, a hacer resaltar la humanidad de Cristo a costa de Su Divinidad, y después de haber repudiado el eterno castigo

y la redención no me parecía razonable el maravilloso milagro de la encarnación divina. En el transcurso de mis lecturas me familiaricé con la idea de los Avatares de los credos orientales y vi que todas las antiguas religiones presentaban como verdadero el hecho de la encarnación de Dios. Libertada de la doctrina moralmente repulsiva del Cristianismo, estaba preparada para no considerar tal enseñanza como especialmente cristiana. Pero me atemorizaba la idea de colocar en el crisol una doctrina tan querida, que tan unida se hallaba con mis recuerdos. ¡Era tan dulce y elevada la idea de una unión entre el Hombre y Dios, entre un hombre perfecto y una Vida Divina, entre un corazón humano y una fuerza omnipotente! ¡Jesús como Dios estaba entrelazado con todo el arte y toda la belleza de la religión; romper con Su Divinidad era romper con la música, con la pintura, con la literatura; era romper con el Divino Niño en los brazos de Su Madre; con el Hombre Divino en Su Pasión y en Su Triunfo; con el amigo del hombre rodeado de majestad y gloria! ¿La Verdad inexorable pedía que esta figura ideal henchida de compasión, de belleza, de amor humano pasase al Panteón de los muertos dioses del pasado?

No era esto todo. Si repudiaba la creencia en Cristo como Dios, debía repudiar al cristianismo como credo. Atacada la única posición de Cristo, el nombre de cristiano me parecía una hipocresía y su renuncia un obligatorio deber para una mente sincera. Pero yo era la esposa de un clérigo, ¿cuál sería el resultado de semejante paso? Hasta entonces el precio inexorable que se había pedido a la indagadora de la verdad era la angustia mental, pero la renuncia de Cristo agregaba una guerra externa a la interna, y ¿quién podía conjeturar las consecuencias sobre mi vida? La lucha fue aguda pero breve; decidí examinar cuidadosamente las pruebas en pro y en contra de la divinidad de Cristo. Y el resultado fue que esta creencia siguió a las otras y ya no me sentí más cristiana, frente a frente a un tenebroso futuro en el que percibí el próximo conflicto.

Un esfuerzo hice para escapar de él; me dirigí al Dr. Pusey pensando que si él no contestaba a mis preguntas, no podía esperar razonable respuesta. Tuve con él breve correspondencia, pero él se refería solamente a un argumento que me era

familiar, el de Liddon en sus "Bampton Lectures" hasta que finalmente aceptando una invitación suya fui a Oxford para verle. Me encontré con un hombre bajo y grueso, vestido con una sotana que le hacía parecer un fraile. Sus penetrantes ojos fijos firmemente en mí me indicaban la fuerza y la sutileza de aquella aguda y poderosa mente. Pero el erudito doctor empleó mala táctica; vio seguramente que estaba anhelante, cohibida y nerviosa y me trató no como esforzada luchadora de la verdad, decidida a encontrar tierra firme sobre que apoyarse en el mar de la duda, sino como penitente de confesión en busca de un director espiritual. No quiso abordar el problema de la divinidad de Jesús como objeto de discusión. "Usted habla de su juez" arguyó severamente cuando insistí en una dificultad. La mera alusión de algo imperfecto en el carácter de Jesús le estremeció y me reprendió con su mano alzada. "Usted blasfema. El pensamiento mismo es un terrible pecado." Le pedí si podía recomendarme algunos libros que arrojasen alguna luz sobre este asunto. "No, no; ha leído usted demasiado. Conviene que ore mucho." Cuando alegué que no podía creer sin prueba, me dijo: "Bienaventurados los que no vieron y creyeron" y a mi posterior pregunta agregó musitando: "¡Oh, mi hijita, cuán indisciplinada, cuán impaciente!"

En verdad, yo entonces, determinada a *saber*, resuelta a no declararme creyente si la fe faltaba, me sentía ardiente, ansiosa, apasionada; carecía de la mansedumbre, del arrepentimiento, de la sumisión que él solía encontrar en los penitentes que buscaban su consejo y guía espiritual. En vano me recomendó que orara como si creyera, en vano alegó el deber de ciega sumisión a la autoridad de la Iglesia, de la fe ciega que no razona ni indaga. No pisaba el espinoso sendero de la duda para encontrarme finalmente en el mismo punto de partida: necesitaba y quería sólido fundamento antes de creer. Pero el Dr. Pusey no concebía las luchas del espíritu escéptico; evidentemente no había sentido el dolor de la duda; su fe era sólida como una roca, firme, saciada, inquebrantable. Se hubiese dado muerte antes que dudar de la infalibilidad de la "Iglesia Universal".

"No es su deber indagar la verdad", me dijo austeramente;

“su deber es aceptar y creer la verdad tal como la expone la Iglesia. Es peligroso que usted la rechace. La responsabilidad no es de usted en tanto que sumisamente acepte lo que la Iglesia la impone. ¿No prometió el Señor que la presencia del Espíritu estaría siempre con Su Iglesia para guiarla hacia la Verdad?”

—“Pero, es que yo, precisamente, dudo del hecho de la promesa y su valor”, respondí.

Se estremeció. “Orad, orad. Padre, perdónala, porque no sabe lo que dice”.

Fue inútil que yo alegara la sinceridad de mi investigación observándole que siguiendo sus instrucciones todo lo ganaba y que hollando mi camino todo lo perdía, pero que me parecía una mentira pretender la aceptación de lo que realmente no creía.

—“¿Todo perdido? en efecto. Usted se condenará eternamente.

—“Perdida o no —repliqué— debo esforzarme en buscar lo verdadero y no creer hasta que esté convencida.”

—“Usted no tiene derecho a poner condiciones a Dios —arguyó— sobre lo que usted ha de creer o no. Está usted henchida de orgullo intelectual.”

Suspiré sin esperanza. Poco era entonces mi sentimiento de orgullo, pero estaba desesperada y el doctor Pusey con su rígido e inexorable dogmatismo no podía comprender mis dificultades ni ayudarme en mis luchas. Me levanté, le agradecí su amabilidad, le dije que no quería hacerle perder el tiempo, que volvía a mi hogar y que afrontaría las dificultades dejando abiertamente la Iglesia y aceptando las consecuencias. Entonces, por vez primera, se turbó su serenidad.

—“Le prohíbo hablar de su incredulidad, —exclamó— le prohíbo que conduzca a su estado de perdición a las almas por las que murió Cristo.”

Lenta y tristemente emprendí el camino de la estación, consciente de que había fallado mi última posibilidad de escape. Reconocí en este famoso teólogo el espíritu del sacerdocio, que si bien podía ser tierno y compasivo hacia el pecador arrepen- tido, humilde y sumiso, era inflexible hacia el escéptico, el

hereje y anulaba toda discusión sobre “la verdad revelada”, e imponía silencio por la fuerza no por argumento a todo lo que se oponía a las tradiciones de la Iglesia. De esta clase fueron los inquisidores de la Edad Media, perfectamente escrupulosos, perfectamente rígidos, perfectamente despiadados para con el hereje. El hereje era un centro de infección y la caridad hacia él era “la peor crueldad hacia el alma del hombre”. Seguros de poseer “no por propio mérito, sino por misericordia divina la única verdad revelada” no podían admitir discusiones, no podían aceptar sino la más completa sumisión. Pero cuando el hombre aspira a la verdad, cuando su mente anhela el conocimiento, cuando su intelecto se remonta hacia el empíreo de la especulación y “bate el aire con sus infatigables alas”, pide pruebas a los que exigen fe y derrota a los que pretenden cegarle por su decisión de contemplar impávido la faz de la verdad, aunque su luz petrifique sus ojos.

En el mismo otoño de 1872 el Sr. Voysey me presentó al Sr. y Sra. Scott. En esta época Tomás Scott era un anciano de hermoso y plateado cabello; sus ojos de halcón relucían bajo sus pobladas cejas. Había sido gallardo y si bien su cuerpo hallábase envejecido, su espléndida cabeza leonina, reveladora de una singular personalidad, conservaba aún fuerza y belleza. Nacido de buena familia y rico había dedicado su juventud a mundiales aventuras y después de su matrimonio se estableció en Ramsgate y convirtió su hogar en un centro del pensamiento herético. Su esposa, “su mano derecha”, como él justamente la llamaba, era tan joven que podía ser su hija; dulce, fuerte, gentil, noble, digna de su marido, y éste era el más alto honor que se le podía tributar.

El Sr. Scott publicó mensualmente durante muchos años folletos heréticos, si bien en muchos matices del pensamiento. Estaban bien escritos en tono cortés y buen idioma, regla a la que no hacía excepción el Sr. Scott, pues los autores podían escribir lo que quisieran, pero habían de tener algo que decir y decirlo en buen inglés. Su correspondencia era vastísima, desde el primer ministro abajo y en su casa se encontraban personas de las más diversas opiniones: era un verdadero *salón herético*. Colenso de Natal, Eduardo Martland, E. Vansittart,

Nearle, Carlos Bray, Sara Hennell y centenares más, sacerdotes y seglares, eruditos y pensadores, todos acudían a aquella casa cuya entrada se ganaba tan sólo por amor a la verdad y el deseo de difundir la libertad entre los hombres.

Pocos meses después escribí para Tomás Scott mi primer ensayo de libre pensamiento titulado: "Sobre la Divinidad de Jesús de Nazareth", por la esposa de un clérigo beneficiado. Mi nombre no era mío y no podía usarlo; se convino, pues, que todos mis escritos fuesen anónimos.

Se acercaba el momento de volver a Sibsey y con él la necesidad de tomar una resolución definitiva con respecto a la Iglesia. Porque entonces ya no dudaba, había desechado todos los dogmas y ya no era hora de callar. Estaba dispuesta a asistir a los servicios religiosos, pero no a tomar parte en los que se dirigieran directamente a Dios; no hubiese podido participar sin hipocresía de la Santa Comunión, inspirada en el pleno reconocimiento de Jesús como Divinidad y de su expiatorio sacrificio. Decidido así, recuerdo el temblor y la angustia con que me levanté, el empezar la comunión, el primer domingo eucarístico. Que la esposa del vicario comulgara era tan natural como que el vicario administrara. Nada había hecho en público que llamar la atención y un sentimiento de mortal desasosiego me sobrecogió al salir de la iglesia, pues sentía sobre mí todas las miradas y pensaba que la no participación suscitaría infinitos comentarios. No fue así porque todos pensaron que había enfermado súbitamente y me abrumaron a visitas y a preguntas. Al interrogarme directamente contesté con tranquilidad que no podía tomar parte en la profesión de fe requerida al sincero comulgante; pero esta declaración fue raramente necesaria porque la idea de la herejía en la esposa de un vicario se insinuaba muy tardíamente en las sencillas mentes de la gente provinciana, y yo no di explicaciones sino cuando me las pidieron.

Poco tiempo después de la para mí memorable Navidad de 1875, se desarrolló una violenta epidemia de fiebre tifoidea en el pueblo de Sibsey y como la desinfección se hacía en la forma más primitiva el contagio se difundió con rapidez. Naturalmente inclinada a las funciones de enfermera, encontré

en la epidemia labor apropiada para mí y fui afortunada de poder prestar personal ayuda, pues con ella fui muy bien recibida en las casas de los pobres atacados de la enfermedad. Me complacía imaginar que las madres exhaustas, que podían reposar mientras yo velaba a sus hijitos, no juzgaban severamente a aquella hereje cuyas manos eran tan tiernas y expertas como las suyas.

Creo que la madre naturaleza me señalaba el camino de enfermera, tal era el deleite que yo sentía cuidando a un enfermo de gravedad. Emoción extraña y solemne nacía en mí de la lucha entre la habilidad humana y el enemigo supremo: la muerte. Sentía especial fascinación de disputarle palmo a palmo el terreno, y con gran satisfacción cuando era por una vida como vida, no por la vida de un ser amado. Si el paciente es un deudo el combate se convierte en agonía, pero si se lucha contra la muerte por el cuerpo de un extraño el hechizo de la batalla está exento de pena personal y al rechazar al odiado enemigo, al obligarle a aflojar el lazo que retiene a su presa, se goza del triunfo de devolver a la tierra una vida que había estado a punto de perder.

La primavera de 1873 me descubrió una facultad que había de moldear mi futura vida. Di la primera conferencia, pero ante los vacíos bancos de la iglesia de Sibsey. Tuve un día el singular capricho de saber *que sentiría* predicando y se suscitó en mí la vaga idea de que, llegado el caso, sabría hablar. No presentía la posibilidad de una labor desde la tribuna, no pensaba perorar en el porvenir que alboreaba ante mí, pero en aquel momento me asaltó un vivo deseo de expresarme en palabras y sentí como si tuviese algo que decir y fuese capaz de decirlo. Me encerré sola en la amplia y silenciosa iglesia donde iba a practicar algunos ejercicios de órgano; subí al púlpito y pronuncié mi primera conferencia sobre la "Inspiración de la Biblia." Nunca olvidaré la emoción de poder y deleite que me invadió, sobre todo de poder, cuando lancé mi voz resonante en las naves y errumpió mi pasión en armónicas frases que conservaban siempre musical cadencia y expresión rítmica. Hubiera querido ver entonces, en vez de la árida vacuidad de los silenciosos bancos, la iglesia henchida de visitantes que me

mirasen, que estuviesen animados de palpitante simpatía. Y como si soñara se pobló la soledad y vi los rostros atentos y las miradas anhelosas; fluyeron los párrafos desatados de mis labios, resonó mi voz en las columnas de la antigua iglesia y comprendí que poseía el don de la palabra y que si alguna vez ¡me parecía entonces tan imposible!, si alguna vez se presentaba la oportunidad de una labor, este poder de melodiosa expresión conseguiría hacer escuchar a los oyentes el mensaje que yo trajera.

Pero este conocimiento permaneció secreto para todos y lo guardé durante meses, avergonzada de súbito de aquella arenga ante una iglesia vacía. Lo hago constar como el primer esfuerzo de expresión oral, expresión que después había de convertirse en el más profundo deleite de mi vida. En verdad nadie puede saber, excepto quienes lo han sentido, el gozo que se experimenta con la elocuencia impetuosa que conmueve y domina; al sentir que las muchedumbres responden a la más leve insinuación; al ver los rostros iluminados o sombríos según vuestro mandato; al descubrir que fluye el manantial de la emoción y pasión humanas ante la palabra del orador como un torrente de la hendida roca; al percibir que el pensamiento procedente de vuestro impulso penetra en millares de oyentes y retorna con las múltiples vibraciones que ha suscitado. ¿Hay goce emotivo en la vida más brillante, más henchido de apasionado triunfo y de la verdadera esencia del deleite intelectual?

En 1873 rompióse el vínculo matrimonial. No había yo dado ningún nuevo paso, pero mi ausencia de la Comunión motivó algunas habladurías y un pariente de mi marido le pintó con vivos colores los perjuicios que desde el punto de vista social y profesional podía reportarle mi herejía, cuando fuese conocida. Se quebranta mi salud, no recobrada desde el otoño de 1871, y sufrí graves perturbaciones cardíacas a causa de la tensión continúa en que vivía. Finalmente en julio o agosto de 1873 sobrevino la crisis. Me dijo mi marido que debía conformarme con las externas observaciones de la Iglesia y asistir a la comunión; rehusé. Entonces se presentó la alternativa: o sumisión o exclusión del hogar; en otras palabras, o hipocresía o expulsión. Elegí lo último.

Amarguísima época siguió después. Mi querida madre tenía el corazón lacerado. Para ella con su vago y amplio concepto del cristianismo, flojamente mantenido, era incomprensible la intensidad de mi sentimiento: el que no aparentase creer lo que no creía. Sabía mejor que yo lo que representaba la separación de mi hogar y preveía las dificultades que rodearía a una joven mujer que no tenía aun 26 años, obligada a vivir sola. Ella sabía cuán brutalmente juzga el mundo y que el mero hecho de ser joven y sola justificaba la maledicencia. No podía yo imaginar cuán crueles podían ser las gentes; cuán venenosa era su lengua. Sin embargo, conociéndolo, habiendo afrontado la maledicencia y vivido bajo ella, deliberadamente digo que si se presentase de nuevo la elección decidiría como entonces; preferiría sufrirlo todo de nuevo antes que vivir "en sociedad" bajo el peso de una vida hipócrita.

La durísima lucha tuve que sostenerla contra las lágrimas y las súplicas de mi madre, porque causarle dolor a ella era decuplicar mi sufrimiento. Contra la rudeza había permanecido rígida como el hierro, pero era difícil ser inflexible cuando mi dilecta madre, a quien amaba como a nadie más he amado en el mundo se echaba a mis rodillas implorándome la rendición. Me parecía un delito ocasionarle tal angustia y me sentí criminal cuando su nevada cabeza apretaba mis rodillas. Pero ¿vivir una mentira? Ni aun por ella la afrenta era posible, y en la agudísima crisis de ciega agonía mi voluntad corrió en pos de la Verdad. Ahora, como entonces, es verdadero que quien ama al padre o a la madre más que a la Verdad no es digno de ella y que el áspero sendero de la sinceridad conduce a la Luz y a la Paz.

Pero había además mis hijos, los dos pequeñuelos que me adoraban y para quienes había sido madre, nodriza y compañera de juegos. ¿Los separarían de mí? No del todo durante algún tiempo. Circunstancias que no he de mencionar aquí, capacitaron a mi hermano para obtener una separación legal y cuando todo estuvo arreglado me encontré con mi hija y una pensión mensual que bastaba para morir respetablemente de hambre. A mucha costa había conseguido mi libertad; pero era libre. Me habían exigido el abandono del hogar, de los

amigos, de la posición social y una vez libre me preguntaba qué haría de mi libertad. Podía vivir con mi hermano si me separaba de mis herejes amigos y me mantenía callada, pero no estaba dispuesta a encadenarme de nuevo y en mi juvenil inexperiencia busqué algo para trabajar. La dificultad era "este algo"; gasté varios chelines en agencias con unánimes fracasos. Probé de hacer labores de fantasía ofrecidas a la "mujer en reducidas circunstancias" y conseguí ganar 4 chelines y 6 denarios semanales. Me puse en relación con una casa comercial de Birmingham que generosamente ofrecía la oportunidad de aumentar los propios ingresos y después de mandar la pequeña cantidad requerida, recibí portalápices con la indicación de que debía vender aquellos artículos así como las salvillas a mis amigos. No me sentí dispuesta a colocar los portalápices ni tampoco las salvillas a mis conocidos, por lo que no conseguí ningún resultado. Mis fracasos en otras tantas tentativas me hicieron sentir que la cáscara del mundo es difícil de romper. Sin embargo estaba resuelta a construir un nido para mi hijita, mi madre y yo, y lo primero que convenía era ahorrar mi pensión mensual para comprar muebles.

Encontré una casita en Colby Road, Upper Norwood, cerca de Scott, siempre buenos para mí. La comprometí para la próxima primavera y en el interín acepté una amable invitación de mi abuela y dos tías de ir a Folkestone a buscar trabajo; lo encontré en casa del vicario que necesitaba una ama de llaves y a quien me recomendó una de mis tías como interina. Allí fui con mi pequeña Mabel pagando con mi labor nuestra manutención y la estancia. Me convertí entonces en cocinera, ama de llaves y enfermera, contenta de haber encontrado algo que me permitiese ahorrar mi humilde pensión. Pero yo no pensaba dedicarme a la culinaria toda mi vida; asar y freír me iba muy bien; hacer pasteles aún resultaba agradable, pero las cacerolas ampollaban mis manos. Era un encanto hacer un manjar nuevo para la inexperta cocinera; el resultado era emocionante. En resumen que mi arte culinaria, estrictamente copiada de libros, obtenía buen éxito, pero que los menesteres domésticos, a causa de mi debilidad muscular, eran defectuosos. Este curioso episodio tuvo repentino fin porque una de mis

pupilas cayó enferma de difteria y de cocinera pasé a enfermera. Envié a Mabel a casa de su abuela que la adoraba y cuyo amor era inmensamente correspondido por aquella hadita de tres años. No podía verse más bello cuadro que el formado por los áureos rizos de la pequeña y los plateados de la abuela y por la gracia infantil de una en exquisito contraste con la venerada dignidad de la otra.

Apenas mi enfermita salió de peligro el hijo menor cayó enfermo de escarlatina. Decidimos aislarle en el piso superior, quité alfombras y cortinajes, colgué en las puertas sábanas humedecidas con cloruro de cal y me encerré con el niño sin salir ni para las comidas, que dejaban en el rellano del aposento. Pasado el peligro, orgullosamente volví a mi cargo; la enfermedad no afectó a ningún otro miembro de la casa.

En tanto había llegado la primavera de 1874 y dentro de pocas semanas mi madre y yo debíamos vivir juntas en nuestra casa. ¡Cuántos proyectos habíamos hecho! ¡Cómo habíamos unido nuestra futura vida a la de nuestros pasados recuerdos! ¡Cuánto habíamos discutido sobre la educación de Mabel y la parte que a cada una correspondía! ¡Sueños! ¡Sueños de un día que nunca podrían realizarse!

Mi buena madre marchó a la ciudad y al cabo de unas dos semanas recibí un telegrama diciendo que estaba gravemente enferma, y con la velocidad del rapidísimo tren volé a su lado. —“Se muere —dijo el médico— sólo tiene vida para tres días.” Le comuniqué la sentencia de muerte y respondió con resolución: “No me siento aún morir” y tenía razón. Era un ataque de postración profunda porque fallaban las válvulas del corazón; fue una fiera lucha con la muerte en la que retrocedió el informe fantasma. La cuidé día y noche con desesperada ternura porque el Hado atentaba contra lo más caro de mi vida. Sobrevino una nueva y aguda crisis, y por segunda vez su tenacidad y mi amor evitaron el golpe de la muerte. No quería morir, el amor a la vida era en ella potentísimo; yo no quería tampoco que muriese, y entre nosotras cercamos al enemigo. Sobrevino entonces la hidropesía y el fin se vislumbró inevitable.

Fue entonces, después de dieciocho meses de abstención, cuando de nuevo y por última vez recibí la Eucaristía. Mi madre deseaba intensamente comulgar antes de morir, pero rehusó resueltamente a aceptar la comunión si yo no la recibía con ella. “Si es necesario para la salvación —insistía tenazmente— no la quiero si mi querida Ana está privada de ella.” Fui a ver a un clérigo bien conocido y le expuse el caso; como temía rehusó darme la comunión. Probé un segundo con el mismo resultado, y al fin me asaltó un pensamiento: había el Dean Stanley, favorito de mi madre, hombre conocido como de la más libre escuela, pero dentro de la Iglesia anglicana. ¿Y si le consultase? No le conocía; mi demanda me parecía impertinente, pero ¿y si consintiera? ¡Qué no hubiese hecho yo para endulzar la muerte de mi queridísima madre! No dije nada a nadie y fui al Deanato de Westminster. Pregunté tímidamente por el Dean y seguí a la sirvienta con el corazón sobrecogido. Me dejaron en la biblioteca y poco después entró el Dean. No recuerdo haberme sentido en mi vida más desasosegada que en aquel intervalo de un minuto cuando él, esperando que yo hablase, fijaba interrogantes sobre mí sus claros, graves y penetrantes ojos.

Vacilante, y torpemente, pero con ruda sinceridad expuse que no era cristiana, que mi madre se moría, que estaba ansiosa de tomar la comunión y que no quería recibirla si no lo hacía yo con ella; que dos clérigos habían rehusado dármele, y que acudía a él desesperada comprendiendo que era inoportuna, pero... que mi madre se moría.

Su faz adquirió una expresión de gran dulzura.

—“Ha hecho Vd. muy bien en venir” —dijo con voz baja y melodiosa, y su penetrante mirada, sin dejar de ser firme, se transmutó en maravillosamente amable—. Iré naturalmente a verles y confío que si Vd. se atreve a exponerme claramente su actitud podremos cumplir el deseo de su madre.” Apenas pude darle las gracias; tanto me conmovió su benévola simpatía. Fue tan fuerte la súbita transmutación de la ansiedad y el miedo de un nuevo desaire en el goce de ser atendida que casi me produjo dolor. El Dean Stanley hizo más de lo que yo deseaba. Propuso visitarnos aquella tarde para conversar tranquilamente con mi madre y volver al día siguiente para admi-

nistrarle la Eucaristía. Dijo con rara delicadeza: “la presencia de un ser extraño siempre fatiga a un enfermo, y agregar a esto la excitación de la ceremonia sería excesivo para su madre. Me parece mejor hablar hoy con ella y administrarle la comunión mañana.”

De acuerdo con ello vino aquella tarde hasta Brompton y conversó con mi madre cerca de media hora; después habló conmigo para conocer mi estado de ánimo y me dijo finalmente que la conducta importaba más que la teoría y que él consideraba “cristianos” a todos los que se esforzaban en seguir la ley de Cristo. Hizo poco hincapié sobre la absoluta divinidad; dijo que Jesús era “en cierto sentido el Hijo de Dios”, que estimaba una insensatez disputar sobre palabras de significado meramente humano cuando se referían al misterio de la existencia divina y que, sobre todo, era locura que tales palabras levantaran barreras entre las almas fervorosas. Que lo único importante era el reconocimiento del *deber para con Dios y para con el hombre* y quienes lo aceptaban tenían pleno derecho a estar unidos en el acto de la adoración cuya esencia no era la aceptación de un dogma, sino el amor de Dios y la abnegación en beneficio del hombre. La Sagrada Eucaristía —concluyó en suave tono— no se instituyó para dividir a los que buscaran al único Dios verdadero; no fue para su fundador símbolo de lucha, sino de unidad.”

Al día siguiente el Dean Stanley celebraba en la cama de mi madre la sacra ceremonia, y cuando vi la paz que le procuraba aquel noble y amoroso corazón me sentí con creces recompensada por la lucha que sostuve al pedir este favor de un extraño. Calmó dulce y sabiamente su inquietud respecto a mi herejía, la exhortó a que no temiera las diferencias de opinión donde el corazón se erguía para investigar la verdad. Después de su visita me repitió mi madre las palabras que él le había dicho: “Recordad que nuestro Dios es el Dios de la verdad y que una sincera indagación nunca será desagradable a Sus ojos.”

Vino otra vez y después de visitar a mi madre hablamos largamente. Me aventuré a preguntarle cómo teniendo tan amplios puntos de vista podía permanecer unido a la Iglesia anglicana, y me respondió dulcemente: “Creo que sirvo mejor a la

verdadera religión en el seno de la Iglesia y luchando para ensanchar sus límites, que si la dejara y laborara desde el exterior.” Y me explicó que como Dean de Westminster disfrutaba de excepcional independencia y que la Abadía rendía un servicio a la nación que de otra manera fuera imposible. En todo lo que decía se patentizaba su amor y su orgullo por la gloriosa Abadía y se adivinaba fácilmente que los vínculos que le ataban a la “antigua e histórica Iglesia anglicana” eran lejanos recuerdos, su pasión por la música, la pintura, la arquitectura magnificente. Su sentimiento, no su intelecto, le retenían como sacerdote y su supersensibilidad de cultísimo erudito le llevaba a rehuir la idea de abandonar a inartísticas manos las arcaicas y preciosas tradiciones. Refinado y delicado por naturaleza se había exaltado su sensibilidad bajo la educación universitaria y de la Corte; la exquisita cortesía de sus modales era natural expresión de una noble y elevada mentalidad, mentalidad que ocultaba su fortaleza bajo el velo de la dulzura. He oído hablar ásperamente del Dean Stanley, se ha puesto en duda groseramente su honradez, pero nunca los ataques se hicieron en mi presencia sin que yo hubiese protestado contra la injusticia que se cometía, procurando así pagar, aunque fuese en pequeña parte, la gratitud que debía a su memoria.

El fin de mi madre se acercaba con rapidez. Amueblé presurosamente dos habitaciones de la casita, ahora nuestra, para conducir a mi madre a los más puros aires de Norwood. El médico me autorizó para trasladarla allí en camilla, pero al atardecer del siguiente día empeoró de tal modo que tuvimos que ponerla en cama y telegrafiar al médico. Nos manifestó que nada podía hacer, y mi madre ya sentía la opresión de la mano mortal. Sin egoísmo al fin pensó en mi soledad: “te dejo sola” y suspiraba de vez en cuando. En verdad que yo sentía con inexplicable angustia que después de su muerte quedaría sola en el mundo.

Estuvo a mi lado dos días más y no la dejé ni cinco minutos. El 10 de Mayo la debilidad produjo un pacífico delirio durante el cual sus ojos no cesaron de seguirme fielmente mientras recorría la habitación, hasta que se cerraron para siempre. Cuando el sol se hundía en el ocaso su respiración se hizo más y más

lenta hasta que se extendió sobre nosotras el silencio de la muerte y expiró.

Aturdida por la pérdida pasé mecánicamente los primeros días. No permití que nadie tocara a mi muerta excepto su predilecta hermana que vivió con nosotras hasta el último momento. Me mantuve fría y con los ojos enjutos aún cuando la ocultaron a mis ojos bajo la cubierta del ataúd, aún en el lúgubre camino de Kensal Green donde dormían su esposo y su hijito, aún cuando la dejamos sola bajo la tierra fría y húmeda por la reciente lluvia de primavera.

No podía creer que nuestros ensueños estuviesen muertos y sepultados y la casa en ruinas antes de estar completamente construida. Desolado mi hogar, ásoleados los aposentos pero sin la luz de su presencia parecía como si en sus desnudas paredes repercutiera el eco "estás sola."

Pero mi hijita estaba allí y su dulce faz y sus piecitos inquietos rompían aquella soledad, a la vez que su imperiosa demanda de amor y cuidado me obligaba a pensar en las diarias necesidades de la vida. ¡Y la vida fue dura en aquellos días de primavera y verano; escasos los recursos y difícil el trabajo! Los dos meses siguientes a la muerte de mi madre fueron los más amargos de mi vida, meses de lucha casi insoportable. La casita de Colby Road gravaba mi pobre pensión y yo no conseguía encontrar trabajo. No sé cómo me hubiese arreglado de no contar con la ayuda del matrimonio Scott. En esta época escribí algunos folletos para el Sr. Scott sobre "Inspiración", "Expiación", "Mediación y Salvación", "Tormentos eternos", "Educación religiosa de los niños" y "Religión natural en comparación con la revelada", y así gané algunas guineas que fueron preciosas para mí. Su casa me estaba siempre abierta y no era esto poca ayuda porque a menudo tenía dinero para alimentar a dos personas, pero no a tres, y cuando esto sucedía iba a estudiar al Museo Británico y a "comer en la ciudad" brillando la comida por su ausencia. Cuando tardaba dos días en ir a la hospitalaria casa de los Sres. Scott venían a verme para saber qué pasaba y muy a menudo la cena ofrecida satisfacía una necesidad material. Con razón podía escribir en 1870 cuando murió Tomás Scott: "Me abrió su casa cuando era penosísima mi necesidad y nunca supo, corazón noble y generoso,

la confortación que en aquella época de soledad me deparaba su cordial bienvenida: “¿qué tal mujercita?” al entrar en su casa cansada, agotada de un largo día de estudio en el Museo Británico, sin apenas haber comido. A ningún ser viviente, excepto a uno, debo mayor gratitud que a Tomás Scott.

Las pocas joyas que tenía y todos mis superfluos vestidos se convirtieron en artículos de primera necesidad y cuando menos la niña no careció de nada. Mi sirvienta María, admirablemente ingeniosa, gobernaba la casa con la más ínfima cantidad que podía ponerse en manos de una criada y la conservaba tan limpia y agradable que siempre era un placer entrar en ella. Puedo recordar ahora sin sentimiento aquella penosísima vida, pero estoy contenta de haberla vivido porque me enseñó a simpatizar con quienes luchan ahora como yo luché entonces y no puedo jamás oír que de pálidos labios broten las palabras: “tengo hambre” sin procurar aliviarla aunque sea momentáneamente.

Mucho me beneficiaba la presencia de mi pequeñuela porque daba vida a mi dolorido y solitario corazón. Jugaba alegremente mientras yo trabajaba y bastaba para nuestra felicidad una palabra cambiada de vez en cuando. Si me veía obligada a salir de casa sin ella me acompañaba hasta la puerta y de sus labios plegados tristemente brotaba el “adiós”; después vigilaba mi regreso desde la ventana y su luminosa faz era siempre la primera que me recibía bien en el hogar. Muchísimas veces volví cansada, hambrienta, desconsolada y al vislumbrar su carita aguardándome pensé que no debía entristecer a mi pequeñuela con mi apesadumbrado rostro, y el esfuerzo que hacía para desechiar la depresión me capacitaba para vencerla realmente y recobrar la serenidad. Ella fue la ternura y el goce de mi vida, la cabecita amada de áureos rizos y de luminosos ojos, de alma apasionada y amorosa. Las laceradas fibras de mi corazón se arrollaron en torno de esta pequeña vida; ella me dió algo que amar y proteger y así satisface el más potente impulso de mi naturaleza.

CAPÍTULO VI

CARLOS BRADLAUGH

Durante estos meses no había quedado inactiva mi vida intelectual: lenta y seguramente buscaba mi camino y encontré desconocido deleite en los días de esclavitud en la parte social e intelectual de mi vida.

Sentí la satisfacción de la libertad, el goce de poder exponer franca y sinceramente lo que pensaba. Con razón podía decir: a caro precio la obtuve, pero habiéndolo pagado disfruté de ella. La valiosa biblioteca del Sr. Scott estaba a mí disposición; su aguda mente discutía mis opiniones, ponía a prueba mis asertos y me suscitaba ideas hasta entonces desconocidas. Estudié con creciente asiduidad porque había desaparecido el temor de posibles consecuencias. Nada quedaba en mí de la antigua fe excepto la creencia en "un Dios" y aun ésta empezó a debilitarse poco a poco. El axioma teístico: "Si existe un Dios ha de ser cuando menos tan bueno como Su más perfecta criatura"; empezaba con un "sí" y hacia él se concentró mi atención. Dice Frances Power Cobbe: "de todas las cosas imposibles la más imposible ha de ser seguramente que un hombre imagine algo bueno y noble y que quiera probar después que su creador es menos bueno y menos noble de lo que él ha imaginado." Mas yo preguntaba: ¿estamos seguros de un Creador? Admitido que, *si existe*, debe ser superior a Su más perfecta criatura, pero ¿existe tal ser? Dice Carlos Voysey: "La base sobre que se apoya nuestra creencia en Dios está en el hombre, el autor de la Biblia y de la Iglesia, el inspirador de todo lo bueno y todo lo grande; la obra maestra del pensamiento divino, el libro de texto del conocimiento espiritual. Ni lo

milagroso ni lo infalible, el hombre es la única revelación verdadera de su Hacedor." Pero, ¿y si Dios fuese solamente la imagen humana reflejada en el espejo de su propia mente? ¿Y si el hombre fuese el creador, no la revelación de Dios?

Era natural que surgieran tales pensamientos después de haber repudiado el cristianismo como evidentemente insostenible. Cuando la mente humana se ha lanzado a pensar no acepta ya más los vínculos de la autoridad; cuando se desafían las tradicionales creencias queda inscrito el reto en todos los escudos pendientes en el palenque intelectual. Estaba rodeada de una atmósfera de conflicto, y libertada de su larga opresión, mi mente se lanzaba a la lucha, con la satisfacción del tumulto y de la tensión intelectual.

A menudo iba a la capilla de South Place donde predicaba Moncure D. Conway. Las discusiones que con él sostuve ampliaron mis perspectivas sobre los más profundos problemas religiosos. Volví a leer: "Bampton Lectures" del Dean Mansel y mucho influyeron en mi tendencia hacia el ateísmo; de nuevo también leí "Examen de la filosofía de William Hamilton" de Mill y cuidadosamente estudié la "Filosofía positiva" de Comte. Gradualmente reconocí las limitaciones de la inteligencia humana y su incapacidad de comprender la naturaleza de Dios presentada como infinita y absoluta. Deseché la plegaria como absurda blasfemia puesto que un Dios omnisciente no podía necesitar mis insinuaciones, ni un Dios todo bondad mis demandas. Pero Dios palidecía en la vida diaria de los que no oraban; un Dios personal que no sea una providencia es una superfluidad, y cuando desde el cielo no sonrío amorosamente el Padre, se convierte en vacío espacio donde no resuena el clamor del hombre. No podía entonces vislumbrar superior concepto de lo divino que el ofrecido por los ortodoxos, concepto que se desvaneció inevitablemente tan pronto como lo analicé.

Un día dije al Sr. Scott: —¿Puedo escribir un tratado sobre la naturaleza y existencia de Dios?

Me miró fijamente y respondió:

—¡Ah, cara mujercita! ¿Quiere Vd. al fin afrontar este problema? Ya sabía yo que llegaría este momento. Escriba.

En manuscrito aún este folleto ocurrió un suceso que debía matizar toda mi vida: encontré a Carlos Bradlaugh. Un día,

a fines de primavera, hablaba con la Sra. Conwey, firmísimo y delicado carácter que me cupo en suerte conocer y a quien como a su esposo mucho debo por su generosa amabilidad cuando me encontraba en la pobreza y tenía contados amigos, y me preguntó si había estado alguna vez en la Sala de la Ciencia, Old Street. Le respondí estúpida e ignorantemente, siguiendo el prejuicio de las gentes, como por desgracia se acostumbra:

—No, nunca he estado allí. El Sr. Bradlaugh es un fogoso orador, ¿no es verdad?

Ella contestó: “Es el mejor orador anglosajón que jamás he oído, excepto quizá John Bright, y la influencia que ejerce sobre los oyentes es maravillosa. Conforme o no con sus ideas. Vd. debería oirlo.”

Un día del siguiente julio, en busca de algunas publicaciones de Comte, entré en una tienda de Eduardo Truelove cuyo nombre había visto como editor cuando estudiaba en el Museo Británico. Ví en el mostrador un ejemplar del *National Reformer* y lo compré atraída por el título. Lo leía tranquilamente en el tranvía y encontrándolo admirable me regocijaba con la lectura cuando, al levantar la vista, vi a un señor anciano que me observaba con cierto horror a juzgar por toda su apariencia. Ver a una mujer joven, decorosamente vestida de luto, leyendo un periódico ateo debía ser algo terrible capaz de perturbar su paz mental. Miraba el periódico con tanta insistencia que tentada estuve de ofrecérselo, pero reprimí mi maliciosa intención.

Este primer número del periódico, con el que había de llegar en tan íntima relación, llevaba fecha 19 julio de 1874 y contenía dos extensas cartas de Sir Arnold de Northampton contra el Sr. Bradlaugh y una contestación breve y extremadamente moderada de éste. Había también un artículo de la *National Secular Society* por el que me enteré de la existencia de una organización dedicada a la propaganda del Libre Pensamiento. Comprendí que era mi deber, existiendo tal sociedad, pertenecer a ella y escribí una breve nota al editor del *National Reformer* preguntándole si era necesario hacer profesión de ateísmo antes de ser admitida en la Sociedad. La contestación apareció en el mismo periódico y decía así:

“S. E. — Para ser miembro de la *National Secular Society*

basta aceptar sinceramente los cuatro principios publicados el 4 de junio y cualquier persona puede hacerlo sin declararse atea. Pero francamente no nos parece lógico el término medio entre la aceptación completa de la autoridad, como en el caso de la Iglesia católica romana y el racionalismo más extremado. Si después de leer los principios de la Sociedad está Vd. dispuesta a aceptarlos, le reiteramos nuestra invitación.”

Mandé mi nombre como miembro activo y lo ví registrado en el *National Reformer* de 9 de agosto y habiendo recibido una comunicación de que los socios de Londres podían retirar sus certificados de manos de Bradlaugh todos los sábados por la noche en la Sala de la Ciencia, me personé allí el 2 de agosto de 1874. Por primera vez mis pies hollaron entonces el aula del libre pensamiento.

El salón estaba atestado y a la hora anunciada para la conferencia estalló un estruendoso aplauso. Un hombre de elevada estatura atravesaba rápidamente la sala hacia la tribuna. Correspondió a la bienvenida con una ligera inclinación de cabeza: Carlos Bradlaugh ocupó su silla. Le miré con interés, impresionada y sorprendida: una faz grave, tranquila, serena, dura; una cabeza grande, unos ojos penetrantes, una frente magnífica, alta y ancha, ¿era este el hombre que me habían descrito como vanidoso agitador o ignorante demagogo?

Empezó a hablar reposada y tranquilamente, haciendo notar la semejanza entre los mitos de Krishna y Cristo; a medida que estudiaba los diversos extremos de la cuestión, su voz adquiría fuerza y sonoridad hasta que vibró en la sala como son de trompeta. El tema me era familiar y pude apreciar el valor de su estudio: su conocimiento era tan profundo como espléndido su lenguaje. Elocuencia, fuego, sarcasmo, sentimiento, pasión, de todo se servía para atacar la superstición cristiana hasta que el numeroso auditorio arrastrado por la dominante fuerza del orador, permaneció silencioso pendiente de sus palabras, retuvo la respiración y al terminar su magnífica peroración rompióse el encanto y la tensión se transmutó en una salva de aplausos.

Bajó de la tribuna con algunos certificados en la mano, miró a su alrededor y se detuvo ante mí diciendo con interrogante tono: “¿La Sra. Besant?” Después, aludiendo a mi pregunta

sobre la profesión de ateísmo, me dijo que deseaba hablar conmigo si le fijaba una entrevista y me ofreció un libro del que se había servido durante la conferencia. Algún tiempo después le pregunté cómo me había conocido sin haberme visto antes y cómo había podido venir tan directamente hacia mí. Sonrió y me contestó que no lo sabía, pero que mirando los rostros estuvo seguro de que yo era Ana Besant.

Desde aquel primer encuentro en la Sala de la Ciencia data una amistad que duró ininterrumpida hasta que la muerte rompió el terrenal vínculo, si bien para mí perdura más allá del sepulcro y nos mantiene unidos. Nos conocimos como amigos, no como extraños; fue un súbito reconocimiento al encontrarse nuestras miradas. Ahora sé que aquella instintiva simpatía era efecto de una íntima amistad de otras vidas y que aquel día de agosto renovamos un antiguo lazo, no anudamos otro nuevo. En vidas sucesivas volveremos a encontrarnos para ayudarnos mutuamente como hicimos en ésta.

Permitidme ahora recordar, como antes hice, algo de lo que debo a su verdadera amistad, si bien nunca podré explicar con palabras la magnitud de mi reconocimiento. Algunas de sus prudentes frases se han grabado en mi memoria: "Nunca afirme que tiene una opinión sobre un asunto hasta que haya estudiado los argumentos que se aduzcan contra el modo de ver a que Vd. se incline." "No se imagine conocer una materia hasta que se haya familiarizado con lo que, respecto a ella, dicen las más preclaras mentalidades." "No puede realizarse sólido trabajo en público, si no se estudia en casa mucho más de lo que se habla fuera." "Sea su más severo juez, escuche sus propias pláticas y crítíquelas; lea cuanto se escriba contra usted y busque en ello la parte de verdad que contiene." "No malgaste el tiempo enterándose de las opiniones que son meros ecos de la suya, antes bien lea las que estén en desacuerdo y descubrirá aspectos de verdades antes desconocidos."

Durante nuestra larga camaradería fue el más severo si bien el más benévolo de los críticos; me hizo observar que en un partido como el nuestro donde por nuestra educación y conocimientos éramos superiores a los que conducíamos era fácil conquistar ciegas alabanzas e injustificadas admiraciones; pero que por otra parte recibíamos de los cristianos injurias y odios

igualmente injustificados y ciegos. Era por consiguiente necesario que fuésemos para nosotros severísimos jueces y que conociéramos bien lo que quisiésemos enseñar. Con estas advertencias me salvó de la superficialidad a que podía conducirme mi "fatal facilidad de palabra", y cuando empecé a saborear el veneno del aplauso, fácilmente conquistado, su crítica sobre los puntos débiles, su discusión sobre los argumentos poco seguros, su experimentado juicio, fueron de inestimable utilidad para mí, y hoy puedo decir que si de algo vale mi labor proviene en gran parte de su influencia que a la vez me estimulaba y moderaba.

Una de sus más encantadoras características era su extremada cortesía en la vida privada, especialmente hacia la mujer. Aquella amabilidad exterior que sentaba tan graciosamente a su sólido talante y soberbia figura y que daba a sus modales tan peculiar fascinación, era más bien de extranjero que le inglés, porque los ingleses son muy corteses en la Corte, pero muy poco fuera de ella. Le pregunté una vez dónde había aprendido aquellos modales tan poco ingleses (se descubría para hacer una pregunta a una sirvienta o para ofrecer la mano a una mujer que subiese a un coche), y me contestó medio sonriente, medio irónico, que solamente en Inglaterra se le consideraba un paria de la sociedad; que en Francia, en España, en Italia era siempre bien recibido por la gente de superior categoría y que suponía que inconscientemente se había contagiado de sus exóticos modales. Además de esto era del todo indiferente a los convencionalismos de posición social; trataba de igual modo al noble que al artesano: no parecía observar las distinciones a las que el hombre da tanta importancia.

Nuestra primera conversación después de habernos encontrado en el aula de la Ciencia se celebró uno o dos días después en su pequeño estudio de la calle de Turner, una modesta y chiquitita estancia, atestada de libros en la que él parecía fuera de lugar. Supe más tarde que fracasó en sus negocios a causa de la persecución de los cristianos y que resuelto a evitar la quiebra había vendido cuanto poseía, excepto sus libros, enviando a su esposa e hijas a vivir en el campo con su suegro y alquilado dos reducidos aposentos en Turner Street donde podía vivir con insignificante cantidad, comprometiéndose a

pagar el pasivo que había creado a consecuencia de sus luchas por la libertad política y religiosa.

Llevé conmigo el manuscrito de mi ensayo: "Sobre la naturaleza y existencia de Dios" que sirvió de base a nuestra conversación. Encontramos que había leves diferencias en nuestros puntos de vista. "Usted ha entrado en el ateísmo sin saberlo" —me dijo— y lo único que corregí de mi ensayo fue el vulgar error de atribuir a los ateos la afirmación: "no hay Dios" que substituí por la inserción de un pasaje indicado por Bradlaugh.

Llegado a este punto de la historia de mi vida es necesario que exponga claramente la posición que mantuve durante tantos años como atea, porque de lo contrario mi ulterior evolución como teósofa sería del todo incomprensible. Estaré quizá obligada a entrar en la metafísica y esto parecerá árido a algunos lectores, pero si se quiere comprender la evolución de un alma conviene afrontar los problemas que se le presentan en su crecimiento. Es tan mal comprendida la posición del filósofo ateo, que resulta indispensable darla a conocer. Los teósofos, cuando menos, verán que la Teosofía fue solamente un paso hacia un mayor conocimiento, porque hace racional y por lo tanto aceptable la más alta espiritualidad que la mente humana puede concebir.

A fin de conciliar más pasadas convicciones con las presentes reconstruiré la exposición del siguiente capítulo con datos de los folletos que escribí cuando adopté la filosofía ateísta y mientras a ella estuve adherida. No se me podrá así inculpar de haber mitigado mis antiguas opiniones con intento de reconciliarlas con las que ahora sustento.

CAPÍTULO VII

EL ATEÍSMO: COMO LO CONOCÍ Y ENSEÑÉ

El primer paso mediante el cual se abandona la idea de un Dios personal y limitado, de un Creador extracósmico y que conduce al estudiante hacia aquel punto donde divergen el ateísmo y el panteísmo es el reconocimiento de que en la infinita diversidad de los fenómenos naturales subyace una substancia única, el discernimiento del Uno oculto en lo Múltiple. Di este paso antes de encontrar a Carlos Bradlaugh. Había escrito:

“Es evidente para todos los que se tomen la molestia de pensar intensamente que sólo puede existir una eterna y original substancia y que materia y espíritu son sus distintas manifestaciones. Se ha distinguido la materia del espíritu para mayor conveniencia y claridad, del mismo modo que distinguimos la percepción del juicio con ser ambos procesos del pensamiento. La materia en sus elementos constituyentes es igual al espíritu; una es la existencia a pesar de la multiplicidad de sus fenómenos; una es la vida no obstante la multiformidad de su evolución. Así como el calor del carbón difiere del carbón en sí, así la memoria, la percepción, el juicio, la emoción y la voluntad difieren del cerebro, que es el instrumento del pensamiento. Sin embargo, todos son productos de una sola y única substancia, distinta según sus condiciones... Me inclino a creer que una sola substancia me circunda; que el universo es eterno, o cuando menos, eterno en cuanto alcanza nuestra comprensión ya que no podemos, como algunos atrevidamente han pretendido, “abarcar la parte exterior de todo”; que la Divinidad no puede concebirse separada del Universo; que el obrero y la obra

están entrelazados inextricablemente y en cierto sentido eterna e indisolublemente combinados. Desde este punto procede examinar la posibilidad de que exista una esencia, popularmente llamada *Dios*, bajo las condiciones estrictamente definidas por la ortodoxia. Después de demostrado, como confío hacerlo, que la idea ortodoxa de Dios es irrazonable y absurda, procuraremos averiguar si nos es asequible *alguna* idea de Dios, digna de llamarse idea, en el actual estado de nuestras facultades". "La Divinidad debe ser necesariamente aquella única y sola substancia de la que todo procede bajo las increadas condiciones y eternas leyes del Universo. Debe ser, como Teodoro Parker extrañamente afirma, "la materialidad de la materia y la espiritualidad del espíritu", es decir, ambos han de ser productos de una sola substancia. Esta verdad es admisible si se consideran materia y espíritu como diversas modalidades de una esencia. Así identificamos la substancia con la energía natural que todo lo penetra y vivifica, reduciendo a imposibilidad física la existencia del Ser descrito por los ortodoxos como un Dios poseedor de los atributos de la personalidad. La Divinidad se identifica con la naturaleza, es coextensiva con el Universo pero deja de existir el Dios de los ortodoxos. Podemos cambiar el significado de la palabra Dios y usarla para expresar distinta idea; pero no podemos indicar con ella un ser personal en el sentido ortodoxo, dotado de una individualidad que le separa del resto del universo"¹.

Buscando si era posible tener *alguna* idea de Dios llegué a la conclusión de que faltaba la prueba de un Poder consciente y de que no convenían las ordinarias demostraciones, pues sólo podíamos percibir los fenómenos y nada más. "Parece también posible una mente en la naturaleza a pesar de que hayamos visto que, estrictamente hablando, es imposible lo que llamamos inteligencia. No puede existir la percepción, la memoria, la comparación o el juicio; pero ¿no podría haber una mente perfecta, inmutable, tranquila y silenciosa? Fallan nuestras facultades cuando intentamos definir la Divinidad y nos exponemos a contradicciones y absurdos; sin embargo, ¿se deduce de ello que no existe? Creo que la negación de Su existencia

¹ Sobre la naturaleza y existencia de Dios. 1874.

tanto como su definición traspasa los límites de nuestro poder mental. Pretendemos conocer lo Desconocido si la declaramos Incognoscible, e incognoscible es para nosotros actualmente; pero ¿lo será siempre hasta en otras posibles etapas de existencia? Hemos llegado a impenetrable región; aquí fallan nuestras humanas facultades: inclinemos nuestra cabeza ante el umbral de lo ignoto”.

Canta Alfredo Tennyson, el poeta de la metafísica:

Y el oído del hombre no puede oír y sus ojos no pueden ver,
Pero si pudiese ver y oír, la visión ¿no sería Él?

“si pudiésemos ver y oír” siempre hay un “¡sí!”².

Los dos principios del ateísmo sostenido por Bradlaugh y por mí eran: rehusar la fe sin prueba y declarar que había algo “tras el fenómeno” incognoscible para el hombre tal como al presente está organizado.

En 1876 Bradlaugh confirmó claramente este postulado en su obra “Libro de texto del librepensamiento”. Decía en la página 118: “Conviene determinar suscintamente el punto de vista del ateo porque ninguna actitud es más continua y persistentemente tergiversada. El ateísmo carece de Dios; no afirma que Dios *no* existe. Un ateo dice: no sé qué queréis significar por Dios; no tengo idea alguna de Dios; esta palabra es un sonido que no me da clara ni distinta afirmación. No niego a Dios porque no puedo negar lo que no he concebido y cuyo concepto, por el afirmante, es tan imperfecto que no puede definírmelo”.

“El ateo no afirma ni niega la posibilidad de fenómenos distintos de los que reconoce la experiencia humana... Su conocimiento del Universo es tan extremadamente limitado e imperfecto, que rehusa negar o afirmar las modalidades de existencia de lo que nada sabe. Además rehusa creer todo lo concerniente a lo que desconoce y sustenta que lo incognoscible no debe ser nunca objeto de fe. Si bien el ateo no afirma ni niega lo que le es desconocido, niega lo que es contrario al conocimiento ya adquirido. Por ejemplo: sabe que uno es uno y que tres son tres, y niega que *tres* sean uno o puedan ser uno. El

² Id.

criterio del ateo es claro y razonable: nada sé sobre Dios, por lo tanto no creo en Él o en Ello; lo que de Dios me explicáis se contradice, luego es increíble. No niego a Dios, algo desconocido para mí; niego a vuestro Dios que es imposible. No tengo Dios”¹.

Hasta el 1887 escribí yo también en este sentido: “Nadie puede racionalmente afirmar *No hay Dios* hasta que esta palabra tenga para su sustentador definido significado, hasta que todo lo existente le sea conocido, pero conocido de aquel modo que Leibniz llama “conocimiento perfecto”.

Empieza la negación de los dioses por parte del ateo cuando se intenta definirlos o describirlos, porque nunca se ha definido a Dios en términos que no sean evidentemente contradictorios y absurdos; nunca se le ha descrito de manera que el pensamiento humano pueda concebirle... Nada se consigue tampoco cuando los defensores de la Divinidad alegan que es incomprendible. Si Dios existe y es incomprendible, Su incomprendibilidad es admirable razón para no hablar de Él; ello no justifica las afirmaciones contradictorias ni la amenaza de condenación de las personas que no las aceptan”².

“La creencia del ateo se detiene donde se detiene lo evidente. Cree en la existencia del Universo porque juzga adecuadas las pruebas que de él tiene y en él encuentra causa suficiente para la ocurrencia de todos los fenómenos. No siente intelectual satisfacción colocandó tras el universo un gigantesco acertijo que hace aún más ininteligible el problema de la existencia, ya de sí difícil. Nuestros pulmones no están acostumbrados a respirar más allá de la atmósfera que circunda nuestro globo y nuestras facultades no pueden respirar tampoco fuera de la atmósfera de lo fenoménico”¹.

Y resumía este ensayo con las palabras: “No creo en Dios; mi mente no encuentra base sobre qué levantar razonable fe; mi corazón se rebela contra el espectro de una Omnipotente indiferencia hacia el dolor de los seres sencientes; mi conciencia se rebela también contra la injusticia, la crueldad, la ini-

¹ El Evangelio del ateísmo. 1876.

² Por qué no creo en Dios. 1887.

¹ Opus citada.

quidad que me rodean. Pero yo creo en el Hombre; en su poder redentor, en su renovante energía, en su cercano triunfo por medio del conocimiento, del amor, del trabajo''².

Este modo de considerar la vida coloca naturalmente todas las ideas sobre ella y la existencia del alma, y aquí empieza la profunda diferencia entre el ateísmo y el panteísmo. Ambos afirman una existencia actualmente inescrutable por las facultades humanas y de la que todos los fenómenos son modalidades. Para el ateo esta Existencia se manifiesta como inconsciente y ciega Fuerza-Materia y para el panteísta como consciente e inteligente Vida-Materia. Para el primero vida y conciencia son atributos, propiedades dependientes de las combinaciones de la materia; para el segundo son fundamentales, esenciales y tan sólo limitados en su manifestación por las combinaciones de la materia.

A pesar de la atracción que en mí ejercían los luminosos argumentos de Spinoza no pude sustraerme al irresistible imperio de la ciencia y esto me llevó a buscar entre los biólogos y los químicos la explicación de los problemas de la vida y de la mente. Ellos que tanto habían hecho y explicado ¿no podían explicarlo todo? Pensé que el único terreno seguro era el de la experimentación, y el recuerdo de la angustiosa duda que en otro tiempo había sufrido me hizo cauta en creer lo que no podía probar. Me inclinaba a considerar la vida como atributo y esto fortalecía mi ateísmo. Observada científicamente, la vida no es una entidad sino una propiedad; no es un modo de existencia, sino una característica de ciertas modalidades. La vida es el resultado de una combinación de la materia y cuando se efectúa el reordenamiento, el primer resultado no puede subsistir; llamamos muerte al efecto de este reordenamiento. Vida y muerte son dos adecuadas palabras para expresar el general resultado de dos combinaciones de materia, una de las cuales precede siempre a la otra''¹.

Después de haber tomado este ejemplo de la química tomé otro de una de aquellas sorprendentes y fácilmente percibidas analogías, con igual facilidad vistas que expuestas, lo cual ha

² Id.

¹ Vida, muerte e inmortalidad. 1886.

sido siempre uno de los secretos de mi éxito como propagandista. Tales analogías se imprimen como cuadros en la mente de los oyentes con vivo sentido de realidad. “Todos conocen la maravillosa irisación de la madreperla, la delicadeza y suavidad de sus matices que se entrefunden y resplandecen con blanda radiación. ¡Cuán distinta es la opaca y mortecina superficie de un pedazo de cera! Y sin embargo, tomadla y amoldadla tan estrechamente a la superficie de la madreperla que reciba todas las delicadas estrías de la concha y el irisado esplendor de siete matrices os sonreirá desde la antes incolora superficie. Porque aunque imperceptibles a simple vista, innumerables estrías surcan la superficie de la madreperla al igual que en un campo recientemente arado, y rayos de luz chocan contra su superficie y se quiebran como las olas en costa acantilada y después retroceden y se entrecruzan con las que de nuevo avanzan. Un rayo de blanca luz se quiebra en ondas de siete colores de distinta longitud, separadamente los reflejan las menudísimas estrías y cada rayo hiere el ojo de modo que el color de la madreperla es un reflejo de las ondas luminosas y se produce por determinada combinación de materia. Dése a la opaca y oscura cera las mismas estrías y los mismos surcos y emulará la hermosura de la madreperla. Y aplicando el ejemplo diremos, que del mismo modo que el color corresponde a un ordenamiento de materia y la incolora superficie a otro, así la vida es resultado de ciertos ordenamientos y la muerte de otros”¹.

Aplicaba el mismo razonamiento a la existencia del *espíritu* en el hombre y argüía que la actividad mental, el dominio del *espíritu* dependía de la organización corporal. Cuando el niño nace no muestra señal alguna de mentalidad; durante un tiempo el apetito y la saciedad, el frío y el calor son sus únicas sensaciones. Lentamente empiezan los sentidos a funcionar y más lentamente aún los movimientos musculares, primero por reflejo y sin propósito y después coordinados y conscientemente dirigidos. En todo esto no se distingue espíritu alguno inteligente que gobierne un mecanismo; lo que vemos es una inteligencia que aprende y se desenvuelve paralelamente con el organismo del que es una función. A medida que crece el cuerpo

¹ Vida, muerte e inmortalidad. 1886.

crece la mente: la mente infantil del niño se torna en la mente impetuosa, medio instruída, precipitada en el juicio y poco equilibrada del adolescente. Con la madurez de los años viene la madurez mental y cuerpo y mente llegan a su complejo vigor y plenitud. Adviene la vejez y se debilitan las funciones corporales y con ellas las de la mente hasta que en la senectud uno y otra se sumergen en una segunda infancia. ¿Ha decaído con el organismo el inmortal espíritu o mora cual doliente prisionero en su "casa de arcilla"? Si es así o bien el espíritu es inconsciente o bien está separado de la individualidad de la que se le supone esencia porque el anciano no sufre cuando envejece su mente, sino que está satisfecho como un pequeñuelo.

No solamente en el cuerpo y en la mente observamos el constante y simultáneo crecimiento y decadencia, sino que sabemos también que las funciones mentales pueden desordenarse y aun suspenderse en determinadas condiciones físicas. El alcohol, varias drogas, la fiebre turban la mente; un golpe en el cráneo suspende sus funciones y el "espíritu" vuelve con el trépano del cirujano. ¿Toma parte el espíritu en los sueños? ¿Está ausente en el idiota, en el lunático? ¿Es culpable de homicidio cuando el demente mata o bien vigila impotente su propio instrumento cuando ejecuta acciones que le estremecen? Si sólo puede trabajar por medio de un organismo, ¿cambia su naturaleza cuando consigue independiente vida separado de todo aquello con que se había identificado? ¿Puede en su "incorporal estado" tener algo de común con su pasado?"¹.

Como se ve, mi incredulidad sobre la existencia del "Alma" o "Espíritu" era fruto de un razonamiento frío y sereno. Escribía en 1885: "Para muchos de nosotros es preciso que la prueba preceda a la fe. Muy contenta creería en una feliz inmortalidad del género humano, como muy gustosamente creería, si pudiese, que en 1885 cesará en este mundo toda miseria, todo crimen, toda pobreza. Pero yo no puedo tener fe en una improbable proposición, a menos de que se apoye en convincente prueba. Muy improbable es la inmortalidad; no hay prueba alguna en su favor, y no me es posible creer tan sólo porque la deseo"¹.

¹ Opus citada.

¹ Opus citada.

Esta fue la filosofía que viví de 1874 a 1886, año en que algunas investigaciones, que expondré oportunamente, me condujeron a la prueba que había vanamente buscado. Entonces empezó a debilitarse la confianza depositada en las teorías que satisficieron mi intelecto en el período de la tempestad, del tumulto y de la lucha al mismo tiempo que superiores ideales de moralidad alimentaban mis sentimientos. Me llamé con razón atea porque carecía de Dios y mi horizonte terminaba en la terrena vida. Sentía entonces orgullo de esta palabra, cara aún hoy para mí por los recuerdos que con ella se relacionan. "Ateo es uno de los elevadísimos títulos que puede ostentar el hombre; es la Orden de Mérito de los héroes del mundo; ateos han sido los más insignes inventores, los más profundos filósofos, los más ardientes reformadores, los más asiduos zapadores del progreso. Se gritó esta palabra sobre la tumba de Copérnico, se lanzó en la hoguera de Bruno; la vociferaron contra Panini, Spinoza, Prieslty, Voltaire, Paine; ha sido el laurel del héroe, la aureola del mártir. En la historia del mundo significó ser delantero del progreso y cuando se pronuncia estad seguros de que se da un nuevo paso hacia la redención del linaje humano. Muy a menudo se ha perseguido a los salvadores del mundo por ateos y después se les ha adorado como dioses. Los ateos son la vanguardia del ejército del Librepensamiento, sobre ellos recae el fragor del combate y contra ellos se estreñan los más duros golpes; sus pies pisan los abrojos del camino para que incólumemente puedan otros hollarlo después; llenan sus cuerpos los abismos para que se conviertan en puente que permita a otros marchar hacia la victoria. ¡Honor a los zapadores del progreso; honor a la vanguardia del ejército de la Libertad; honor a quienes para mejorar la tierra han olvidado el cielo y a los que en su celo por el hombre han olvidado a Dios!¹.

Tal era brevemente expuesto el concepto del Universo que había adquirido a costa de mucho sufrir, y a cuyo derredor, como íntimo centro, se desenvolvió mi vida durante doce años. Ese bosquejo mostrará quizá que la Filosofía ateística está muy mal comprendida cuando se la rechaza como vil o se la condena

¹ "El Evangelio del Ateísmo", 1876.

como intelectualmente degradada. Trasciende las deidades antropomórficas y nos sitúa frente a frente de la naturaleza abierta a todas sus purificadoras y fortalecientes inspiraciones. Dice la Filosofía Ateística: "Sólo hay una razonable plegaria: la profunda y silente adoración de la grandiosidad, belleza y armonía de cuanto nos rodea reveladas en los reinos de la vida irracional y en la humana. Cuando inclinamos nuestra cabeza ante las universales leyes y moldeamos nuestra vida obedeciendo su voz sentimos que invade nuestro corazón una vigorosa y tranquila paz, una perfecta confianza en el postrer triunfo de la justicia, una serena determinación de sublimizar nuestra vida. Ante nuestros más elevados ideales, ante las vidas de los hombres ilustres que nos muestran a cuán alto llega el flujo de la vida divina en el mundo humano permanecemos en silencio y con velada faz. De ellos recibimos fuerzas para emularlos y aun nos atrevemos a luchar para superarlos. La contemplación del ideal es verdadera plegaria: inspira, fortalece, ennoblece; la otra parte de la oración es el trabajo; de la contemplación a la obra, del campo a la ciudad. Estudiar las leyes de la naturaleza, conformarse y trabajar en armonía con ellas es una plegaria y una acción de gracias, una adoración a la universal sabiduría, una verdadera obediencia a la ley universal"¹.

Para una mujer de mi temperamento, llena de apasionado deseo de mejorar el mundo, de elevar la humanidad, un código superior de moral tenía mucho más valor que un lógico concepto intelectual del universo. La pérdida de toda fe en un Dios justo me afirmó más extremadamente en la obligatoria naturaleza del deber y en la suprema importancia de la conducta.

En 1874 esta convicción me indujo a escribir el folleto titulado "La verdadera base de la Moral" y durante todo el tiempo de mi propaganda desde la tribuna de la *National Secular Society* el tema predominante de mis conferencias era la moral humana y el deber del hombre hacia el hombre. La importancia de la moral era mi constante pensamiento y así lo proclamé desde el comienzo de mi carrera pública. Hablando del peligro que existía "en esta época de agitada investigación" de pres-

¹ Sobre la Naturaleza y Existencia de Dios. 1874.

cindir de las antiguas sanciones sobre la recta conducta antes de que las nuevas se establecieran sólidamente, escribí: "El deber de quien lucha en las filas del librepensamiento y que se atreve a atacar los dogmas de la Iglesia y destruir las supersticiones que esclavizan el intelecto humano es no desarraigar las sanciones morales si previamente no se ha podido sustituirlas; es no destruir, antes de estar preparado a edificar otras mejores, las barreras que más o menos débilmente evitan el vicio y reprimen el crimen. Lo que afecta a la moralidad afecta el corazón de la sociedad; una elevada y pura ética es la sangre vital de la humanidad; los errores de la fe son inevitables y momentáneos; pero los errores de la conducta destrozan la felicidad y sus destructivas consecuencias se extienden en todos sentidos. Es por lo tanto importantísimo para nosotros que procuramos apartar el mundo de la autoridad en que hasta ahora apoyaba su moralidad, que le ofrezcamos nueva y firme base sobre que podamos construir el hermoso edificio de una noble vida".

Analizaba entonces la revelación y la intuición como base ética y descartándolas afirmaba: "La verdadera base de la moral es la utilidad, es decir, la adaptación de nuestras acciones al fomento del bienestar y felicidad general, el esfuerzo de regular nuestra vida para que sirva y beneficie al género humano". Y probaba mi tesis demostrando que la búsqueda de la felicidad implicaba el esfuerzo hacia la virtud. "La virtud es parte indispensable de toda verdadera y sólida felicidad... Después de todo si vivimos en un reino gobernado por la ley es racional que la felicidad sea la piedra de toque de lo justo y de lo injusto. De la obediencia a la ley debe necesariamente resultar armonía y de la desobediencia discordia; pero si la obediencia a la ley produce armonía debe también producir felicidad. En toda la naturaleza la obediencia a la ley motiva felicidad y por medio de ella todo lo viviente alcanzará la perfección de su ser y en esta perfección encontrará su verdadera felicidad".

Me pareció indispensable sustraer la moral de las controversias religiosas y darle base propia. "Ya que el difícil problema de la existencia de Dios es materia de continua discusión es de suma importancia para la sociedad que no se arrastre a la moral

hacia ese campo de batalla donde resistiría o vacilaría ante las diversas hipótesis que la mente humana a veces crea, a veces destruye sobre la naturaleza divina. Si conseguimos fundamentar la ética sobre distinta base de la teología habremos prestado a la humanidad incalculable servicio”.

Un estudio de los fenómenos naturales y de las consecuencias de la vida del hombre en la sociedad me parecían suficientes para sentar tal base. “Nuestras facultades no alcanzan a explicarnos a Dios; pero nos bastan para estudiar los fenómenos y deducir leyes de correlativos hechos. Seguramente que obraríamos sabiamente concentrando nuestra fuerza y nuestras energías en descubrir lo alcanzable en lugar de correr en pos de lo incognoscible. Si se nos dice que la moral es la obediencia a la supuesta voluntad de un ser, imaginado moralmente perfecto porque haciéndolo así agradamos a Dios, nos colocamos en la región donde son inútiles nuestras facultades y donde falla nuestro juicio; pero si se nos dice que debemos vivir noblemente porque la nobleza de vida es apetecible por sí misma, porque de este modo actuamos en armonía con las leyes de la Naturaleza, porque difundimos la felicidad a nuestro derredor y proporcionamos alegría a nuestros camaradas hacemos vibrar melodiosamente las cuerdas de nuestro corazón”. Concentré todas mis energías a establecer esta segura base, pues para mí era el supremo momento. “En medio del febril movimiento de la sociedad con sus crudas teorías y sus sociales reformas, con su justa rebeldía contra la opresión y sus desconsideradas nociones de más amplia libertad y de mayor bienestar es de vital importancia que la moralidad se asiente sobre incommovible base a fin de que a través de todas las humanas revoluciones políticas y religiosas pueda expansionarse la vida más pura y más noble, pueda levantarse hacia ordenada libertad, no sumergirse en la anarquía. Tan sólo la utilidad puede ofrecernos segura base, base que por su racionalidad tanto la aceptará el estudioso pensador como el ignorante artesano. La utilidad a todos llama por igual y suscita los móviles que subyacen en todo corazón humano. Bueno será para la humanidad que se trasciendan los credos y dogmas, que se desvanezca la superstición y que la clara luz de la libertad y de la ciencia alboree sobre la tierra regenerada; pero será bueno tan sólo si los hombres estrechan

los vínculos de la rectitud, del honor y de la verdad. Es necesaria y justa la igualdad ante la ley; la libertad es el derecho de todo ser humano; el libre desenvolvimiento individual elevará y glorificará la raza; pero poco valdrán estas inestimables joyas, poco valdrá la libertad y la igualdad con todas sus promesas para el género humano, poco valdrá también la mayor felicidad si es egoísta, si la verdadera solidaridad, la verdadera fraternidad no une el hombre al hombre; el corazón al corazón en leal servicio a la necesidad común, en generoso sacrificio al bien común”¹.

Dos cosas me parecían necesarias para promover el desenvolvimiento moral del hombre: un Ideal que avivase sus sentimientos y le impeliese a la acción y una clara comprensión de las fuentes del mal y de los métodos para agotarlas.

Para trazar el primero me lancé con toda la pasión de mi ardiente carácter y procuré mostrarlo con dominantes y fascinadores colores a fin de que el amor y deseo de realizarlo impulsasen al hombre. Si la moral inspirada por el sentimiento constituye la religión, fui en verdad la más religiosa de los ateos ya que viviéndola y glorificándola encontré plena satisfacción a mis más elevados sentimientos. Con el afán de disipar la fascinación que sobre el corazón humano ejerce el Hombre de las Angustias ensalzaba la imagen del hombre triunfante, del hombre perfecto. “Justamente es el Hombre de las angustias el tipo ideal del cristiano de la humanidad. Jesús con un cuerpo cansado y consumido, con labios tristemente plegados en melancólica aflicción por la penitencia del pecado humano; con fatigados ojos fijos en el cielo porque desconfiaba de la tierra; encorvado y envejecido por el sufrimiento y el dolor, lacerado el corazón por larga angustia, decaído su espíritu sin rebeldía contra los malos tratos: era el más apropiado hombre ideal del credo cristiano. Hermoso, sin duda con cierta patética belleza que muestra el árido trabajo terreno, elocuente expresión del sufrimiento humano, pero no el tipo modelo al que los hombres han de conformar su vida si quieren glorificar la humanidad. En espléndido contraste se eleva, besado por el sol y bajo el azulado cielo de estío, lejos del cementerio y de la

¹ La verdadera base de la moralidad. 1874.

torturante agonía mortal, el hermoso ideal humano del ateo. De vigorosa y bella forma, perfecto su desenvolvimiento físico como el Hércules del arte griego, radiante de amor, fiero y confiado en su propio poder, con labios firmemente plegados para resistir la opresión, pero tierno a las suaves manifestaciones de afecto y piedad, con profunda y aguda mirada que penetra los secretos de lo ignoto y que reposa amorosamente sobre las bellezas circundantes; con mano apta para la labor presente y con el corazón henchido de esperanza sobre las realidades futuras; haciendo la tierra feliz con su obra y bella con su habilidad; éste, éste es el hombre ideal que como reliquia guarda el corazón del ateo. La humanidad ideal del cristiano es una humanidad esclava, pobre, mansa, decaída, humilde, sumisa a la autoridad a pesar de la opresión y de la injusticia; el ideal humano del ateo es la humanidad del hombre libre que no conoce señor, que no soporta la tiranía, que confía en su propia fortaleza, que hace suya la contienda de su hermano; altivo, sincero, leal, valiente¹.

Mi punto de vista era unilateral; pero fue el legítimo resultado de un jubiloso temperamento oprimido durante años por la infelicidad y la aspereza de una vetusta fe; fue la reacción experimentada al sentirme súbitamente libre, gozosa de mi libertad, consciente de mi fortaleza y con poder para suscitar simpático entusiasmo entre quienes fuesen conscientes de sus propios anhelos y restricciones; fue el clamor del alma liberada al encontrar apropiada expresión y a ella contestaron tumultuosamente millares de almas prisioneras y mudas, batiendo sus alas contra el hierro de sus jaulas.

Con ardiente insistencia luché para que se buscara toda inspiración en la belleza y grandiosidad de que es capaz la vida humana, y con este objeto escribía: "Alguien dirá: vosotros quitáis a la vida toda belleza, toda esperanza, todo entusiasmo, toda inspiración y nos ofrecéis frío deber en lugar de obediencia filial, inexorable ley en vez de Dios. ¿Toda belleza de la vida? ¿Es que no la hay en la idea de formar parte de una magna vida del universo, en la consciente armonía de la naturaleza, en el servicio fiel, en los ideales de toda virtud? ¿Toda

¹ "El Evangelio del ateísmo". 1876.

esperanza? Yo os ofrezco más que esperanza, os doy certidumbre y si os exhorto a que trabajéis por este mundo es porque sé que os recompensará con creces, la sociedad será más pura, la libertad más segura, la ley más respetada, la vida más alegre y henchida. ¿Qué son vuestros cielos? ¡Un paraíso en las nubes! Yo os muestro un paraíso alcanzable en la tierra. ¿Todo entusiasmo? ¡Cómo! Servís ardientemente a un Dios desconocido e invisible, proyectada sombra de vuestra imaginación y podéis servir fríamente a vuestro hermano que véis y está a vuestro lado? ¿No sentís entusiasmo al mejorar la suerte del infeliz, al reprimir los abusos, al establecer la igualdad entre el rico y el pobre? ¿Os entusiasmaís en la iglesia y no en casa, imaginando las nebulosas glorias de un cielo y no creando las substanciales glorias de la tierra? ¿Toda inspiración? Si sólo queréis inspiraros para sentir será mejor que os limitéis a vuestra Biblia y a vuestro credo, pero si queréis inspiraros para trabajar pasead por la parte oriental de Londres o por el barrio bajo de Manchester. ¿Os sentís invadidos de ternura cuando miráis las heridas de Jesús, muerto en Judea tiempo ha, y no os conmueven las heridas de vuestro prójimo que muere hoy día a vuestro derredor? ¿Derramáis lágrimas por Él y no por los que sufren a vuestra puerta? ¿Su pasión provoca vuestra simpatía, pero no os conmovéis por el padecimiento del pobre? Decís que el poder es más frío que la obediencia filial, pero ¿qué entendéis por obediencia filial? ¿No se trata de la obediencia a vuestro ideal de bondad y amor? Entonces ¿cómo puede ser frío el deber? He aquí los ideales que os ofrezco; he aquí la Verdad, vuestra Dama, a la que deberéis consagrar vuestro intelecto; he aquí la Libertad, vuestro Jefe, por cuyo triunfo deberéis luchar; he aquí el Amor vuestro Inspirador que influirá en todos vuestros pensamientos; he aquí el Hombre vuestro Dueño en la tierra, no en el cielo, a cuyo servicio tendréis que dedicar todas las facultades de vuestro ser. Os hablamos de inexorable ley en lugar de Dios porque tenemos la rigurosa certidumbre de que no se pierde vuestra vida, sino de que al final obtendréis preciada recompensa; que no sembraréis dolores, sino que recogeréis felicidad; que no seréis egoístas, sino coronados de amor; que no pecaréis, sino que encontraréis la salvación en el arrepentimiento. En verdad que nuestro credo

es austero, pero con la hermosa austeridad de la Naturaleza. Escudriñaos y veréis que tenemos razón; las leyes no evitan su acción por vuestra ignorancia; el fuego no deja de destruir porque ignoréis sus efectos”¹.

Con igual rigor sostenía que “la virtud lleva en sí su recompensa” y que la remuneración del más allá de la muerte era innecesario incentivo para vivir rectamente. Se me argüía: “¿Qué podremos responder a Miss Cobbe cuando nos diga que el deber sin Dios ni la inmortalidad es gris y frío? Verdad es esto para aquellos que consideran el deber como materia de egoísta cálculo y que son virtuosos porque esperan como recompensa una corona de oro más allá de la tumba; mas para aquellos que sentimos el goce del bien obrar, que trabajamos porque la labor es útil a nuestros semejantes, que vivimos honestamente porque así contribuimos a la riqueza del mundo dejando la tierra más rica que la encontramos, no necesitamos una mezuquina paga después de la muerte por nuestro trabajo durante la vida, ya que en él está en exceso contenida la suprema recompensa”².

”Pero si alguien anheloso de inmortalidad me dice que no todo en él muere, le contestamos: ¿es verdad que el ateísmo carece de inmortalidad? ¿Qué es la verdadera inmortalidad? ¿Consiste la inmortalidad de Beethoven en la continuidad de su conciencia personal o en su gloriosa música que perdurará mientras perdure el mundo? ¿Hemos de buscar la verdadera vida de Shelley en su existencia en lejano cielo, o en la palpitante aspiración a la libertad que su lirismo suscita en el corazón humano cuando responde a los acordes de su lira? La música no muere aunque se quiebre el instrumento, el pensamiento no muere aunque se desgarran las fibras de un corazón, y no muere ningún pensador insigne mientras sus ideas resuenen a través de las edades, que cuanto más potente sea su melodía mayor número de cerebros humanos la transmitirán. La inmortalidad no es privativa del sabio o del héroe; es de todos según la medida de sus actos: amplia vida para quien haya realizado amplio servicio; angosta vida para quien ejecute mí-

¹ Sobre la naturaleza y existencia de Dios.

² Un mundo sin Dios.

sera labor; cada cual recogerá lo que sembrare y obtendrá la cosecha que en justicia le perteneciere ¹.

Este anhelo de dejar tras sí un nombre que perdurase entre los hombres por el derecho adquirido al servirles, esta aspiración de amor y de aprobación humanos nacida naturalmente de la práctica e intensa comprensión de la fraternidad humana eran los poderosos motivos que impulsaban a los más celosos hombres de nuestra generación y que se identificaron con la causa del Libre pensamiento. Resplandecían en las palabras escritas y habladas de Carlos Bradlaugh durante su vida, y a menudo había expresado a sus amigos su anhelo de que “cuando el verde césped creciese sobre su tumba, los hombres le amaran un poco por la labor que se había esforzado en realizar”.

Huelga decir que en muchas controversias en que tomé parte se me arguyó que tales motivos eran insuficientes porque se dirigían a caracteres éticamente evolucionados con exclusión del hombre corriente, falto de incentivo para obrar rectamente. Yo sostenía resueltamente mi fe en la naturaleza humana y en la inherente responsividad de su corazón a todo lo que provenía de superiores niveles. Era muy extraña, pienso ahora, la instintiva certidumbre que dominaba mi pensamiento sobre la innata grandeza del hombre y que no concordaba con mi creencia en su ascendencia puramente animal. Cuando las argumentaciones de otros me apremiaban, me retraía en apasionado desdén hacia quienes no escucharan la penetrante voz de la Virtud y no la amaran por sí misma.

Me formularon un día la siguiente pregunta: “¿Por qué debemos buscar la verdad y llevar una vida virtuosa si no existe la inmortalidad para obtener la recompensa?” A lo que el librepensador contestaba clara y concisamente: “No hay razón para que Vd. busque la Verdad si esta búsqueda no le atrae, como no hay razón para que Vd. viva noblemente si encuentra la felicidad en otra vida más mezquina o vil. Nadie puede gozar de una felicidad superior a sus capacidades: un libro puede ser de valioso interés, pero el perro preferirá un hueso. El librepensamiento no tiene atractivo alguno para el que ha concentrado su interés en su miserable yo, para el que sólo se ocupa

¹ “El Evangelio del ateísmo”.

de sus propios fines, para el que sólo busca su propio bienestar; un hombre semejante será religioso con la esperanza de un cielo, buscará la verdad porque confiará en obtener enseguida la ganancia, pero la Verdad desdeña el servicio del egoísta investigador, no se deja alcanzar por la mano que apetece la recompensa. Si amar la Verdad puramente por sí misma, si vivir una noble vida, si aumentar la felicidad de los hombres, si irradiar la luz a nuestro alrededor, si dejar el mundo mejor que lo hemos encontrado no son objetivos que os atraigan e inspiren, no sois dignos de ser secularistas, no tenéis derecho a ostentar el honroso título de librepensadores. Si necesitáis que se os pague por vuestra recta conducta con eterna vida de ocio en inútil paraíso, si necesitáis que se os estimule para vivir noblemente, si, como cándidos niños, aprendéis vuestra lección no para aumentar vuestro conocimiento, sino para obtener golosinas, es mejor que volváis a vuestro credo y a vuestra iglesia, que se hicieron para vosotros: no sois dignos de ser libres. Pero los que habiendo percibido un destello de la belleza de la Verdad la consideramos lo más preciado de todo lo que puede ofrecernos el mundo, los que nos hemos dispuesto a realizar nuestra obra pacientemente sin pedir otro premio que su resultado, difundiremos el Evangelio del Librepensamiento entre los hombres hasta que las tristes melodías en tono menor del Cristianismo hayan suspirado su última nota en la brisa del muriente crepúsculo y hasta que en el aura fresca de la alborada resuene el coro de esperanza y de gozo de los alegres labios de los hombres que al fin la Verdad hizo libres”¹.

La comprensión intelectual de las fuentes del mal y el método para extinguirlo fue la segunda piedra angular de mi sistema ético. El estudio de Darwin y de Herbert Spencer, de Huxley, Buchner y Haeckel no sólo me habían convencido de la verdad de la teoría evolutiva, sino que con la ayuda de W. H. Clifford, Lubbocks, Buckle, Lecky y muchos otros pude ver en la evolución del instinto social la explicación del explaye de la conciencia y del fortalecimiento de la naturaleza mental y moral del hombre. “Si estudiando las condiciones ambientes y aplicando la inteligencia al dominio de la naturaleza externa, el

¹ “Los Evangelios del Cristianismo y Librepensamiento”.

hombre había hecho tantos adelantos, ¿por qué no persistir en esta misma dirección hasta su completa emancipación? Todo lo que la naturaleza tiene de malo, de antisocial, es la herencia legada por el bruto, su antecesor, y puede eliminarse poco a poco. No debe contentarse, sin embargo, en que el mono y el tigre mueran en él, sino matarlos. Debemos francamente reconocer en que el hombre hereda del bruto, su progenitor, las diversas tendencias bestiales que se hallan en trámite de eliminación. Una de ellas es el salvaje deseo de combatir, estimulado, no reprimido por la religión; otra es el sensualismo del macho hacia la hembra, sin amor, deber ni fidelidad, estimulada también por la religión como lo prueba la poligamia y concubinato de los hebreos. Véase Abraham, David, Salomón, sin mencionar los preceptos de la ley mosaica, el tropel de hombres y mujeres prostituidos en los templos paganos, y los extraños estallidos de pasión sexual relacionados con las misiones y movimientos religiosos; otra tendencia bestial es la codicia con atropello del más débil en la feroz lucha por la riqueza. ¿Cómo y cuándo la religión ha modificado esta tendencia, casi santificada en nuestra actual civilización? Todas ellas pueden desarraigarse en el reconocimiento del deber humano, de los vínculos sociales; nada ha hecho en este sentido la religión, pero la ciencia, buscando su origen en el bruto ancestral, lo ha explicado y lo muestra en su verdadera luz. Todos reconocemos que las tendencias antisociales provienen de las bestiales y que el hombre para desenvolverse ha de trascenderlas; todos sentimos como personal deber la necesidad de dominarlas para elevarnos por encima del bruto. La racional cooperación con la Naturaleza distingue al científico del religioso y este coaccionante sentimiento de obligación se fortalece cada día más entre los que habiendo perdido su fe en Dios han conquistado la esperanza en el hombre”¹.

La racional aceptación de fuerzas que tienden hacia el perfeccionamiento implicaba una activa cooperación por medio de la pureza y nobleza personal. Cree el ateo que el más poderoso motivo para luchar por la personal perfección es saber que el perfeccionamiento de la raza depende del esfuerzo individual.

¹ Un mundo sin Dios.

El teísta desea esta perfección, pero limitada a sí mismo; si es virtuoso, su virtud sólo beneficia a sus semejantes cuando le hace amable y consolador en su trato con ellos. El ateo desea perfección personal, no sólo por el júbilo, perfección y belleza que en ella existen, sino porque la ciencia le ha enseñado la unidad de la raza y sabe que toda conquista sobre la parte inferior de su naturaleza, todo fortalecimiento de lo superior, es una victoria para todos, no solamente para sí mismo”².

Además de esto la lucha contra el mal pierde su acritud al considerarlo como transitorio y necesario compañero de la evolución. “El ateísmo está lleno de esperanza en lugar de desesperación por lo que al mal se refiere. Para el cristiano el mal es tan entero como el bien; existe porque Dios lo permite y, por lo tanto, por Su voluntad. La naturaleza humana es corruptible, inclinada al mal, y el demonio, siempre a nuestro lado, es el causante de todo pecado y todo dolor. ¿Qué esperanza puede tener el cristiano frente a frente de la perversidad de un mundo? ¿Qué puede contestarse a la pregunta: ¿Cuál es el origen del pecado? Para el ateo este terrible problema no es causa de desesperación: el mal proviene de la ignorancia de los hechos físicos y morales. Primeramente fue ignorancia de las leyes físicas; los padres que viven en casas infectas y sin ventilación, cuya nutrición es insuficiente y malsana, carecerán naturalmente de salud y vitalidad, tendrán latente alguna dolencia y es lógico que den al mundo hijos desnutridos en los que el cerebro sea la parte menos desarrollada de su cuerpo, inclinados por su constitución a los instintos animales más bien que a las facultades humanas; deficientes en aquellas cualidades necesarias a la vida social. El medio en que se desenvuelven, la casa, la nutrición, los compañeros, todo es malo porque todo tiende hacia el vicio y criminalidad, y del mismo modo que del campo sembrado de trigo nace la espiga, así de la simiente de la miseria y corrupción nace el delito.

“La raíz de todo es la pobreza e ignorancia. Educad a los niños, dad a los adultos digna compensación por su honrado trabajo y el delito menguará gradualmente hasta desaparecer. Dice el Teísmo que Dios hizo al hombre, y el Ateísmo que lo

² Idem id.

hacen las circunstancias porque es el resultado de lo que fueron sus antecesores, de lo que fue y es su medio ambiente; producto del pasado modifica el presente; y así, en eterna acción y reacción, el efecto de lo pasado es una de las causas de lo futuro; mejoradas las circunstancias y mejorarán los resultados porque se formarán cuerpos sanos y mentes sanas y de una sociedad así compuesta desaparecerá la enfermedad y el delito.

“Nuestro trabajo está henchido de esperanza; no tenemos que luchar contra la terrible voluntad de Dios; no se presenta ante nosotros el desesperante porvenir de un mundo cada día más malvado hasta que llegue la hora de su destrucción, sino que confiamos en el hermoso y prometedor futuro de una raza siempre renovante en la que más justas leyes, más educación, más equitativa división desarraigaran la pobreza, destruirán la ignorancia, fomentarán la independencia; un futuro que será mejor por nuestro esfuerzo, más cercano por nuestra asiduidad”¹.

La firme determinación de afrontar el mundo con ánimo resuelto y alegre, confiando en las propias fuerzas para mejorarlo era la característica del más noble Ateísmo de aquel entonces, y por esta razón no solamente era distinto factor en medio del egoísmo, ostentación y codicia de altruismo y virtud viril en medio del calculador y apático espíritu que tan a menudo se esconde bajo el pretexto de la religión. Ella no espera que se realice la justicia en lejano día; se siente continuamente espoleada por el sentimiento: “Viene la noche en que nadie podrá trabajar.” El ateo no espera un futuro personal y por esto suma todas sus aspiraciones con las de la raza; incrédulo en la asistencia divina lucha más intensamente para la salvación del hombre. “Para nosotros son poco consoladoras las afirmaciones de Miss Cobbe de que las injusticias y angustias de la tierra serán después recompensadas. Aceptando por un momento que el hombre sobreviva a la muerte, ¿qué certidumbre tenemos de que “el otro mundo” sea mejor que éste? Asegura Miss Cobbe que nuestro mundo es de Dios ¿de quién será el otro si no es suyo? ¿Será en él más fuerte o mejor

¹ “El evangelio del ateísmo”.

para reparar los males que permite en éste? ¿Habrà mudado de opinión o se habrá cansado de contemplar tanto dolor? La idea de que el mundo esté en manos de un Dios que permite las actuales injusticias y miserias es para mí intolerable y enloquecedora por lo irremediable. Si el progreso hasta la fecha conseguido es fruto de la inteligencia y habilidad del hombre, confiamos en remediar las injusticias y dolores de la tierra; pero si debemos luchar contra la omnipotencia, desesperante se presenta el futuro del mundo. En este sentido el ateo considera el bien como la meta final del mal; y creyendo que su alcance depende del esfuerzo de cada individuo trabaja con la alegre certidumbre de que ayuda al progreso del mundo; no aspira a una recompensa personal después de su muerte, no apetece el pago del tesoro celeste; labora y ama, contento de concurrir a la edificación de un futuro mejor que su presente, gozoso de crear una nueva tierra para una raza más feliz”¹.

Tal fue el credo, tal el código moral que gobernó mi pensamiento y mi conducta desde el 1874 hasta el 1886. En 1889 surgieron algunos recelos de los que saqué la fuerza y la felicidad necesarias para sostener la lucha y las angustias de la vida externa. Quedo eternamente agradecida a las teorías que me depararon tal disciplina moral e intelectual, que alimentaron mi confianza, que me inculcaron el altruismo, que despertaron mi profundo sentimiento de la unidad humana, la inspiración en el trabajo; pero quizá la mayor gratitud que debo al librepensamiento es que dispuso mi mente para que siempre estuviese abierta a las nuevas verdades, estimulándome a interrogar firmemente a la Naturaleza y a no rehusar ninguna de sus conclusiones si se fundaban en sólidas pruebas aunque fuesen contrarias a las anteriores. Tristemente reconozco que no todos los librepensadores aprendieron esta lección, pero yo trabajé junto a Carlos Bradlaugh y el librepensamiento que nos esforzábamos en difundir era el de una inteligencia sólida y un corazón abierto.

El antagonismo que, como veremos más adelante, se suscitó contra mí desde el comienzo de mi labor de propaganda era

¹ Un mundo sin Dios.

motivado en parte por la ignorancia, en parte por mis directos ataques al cristianismo y al espíritu combativo que demostraba en ellos y sobre todo por mi extremado radicalismo en política. Tuve contra mí todas las convencionales creencias y todas las tradiciones de la sociedad y las atacaba, no con débil voz y profusas excusas, sino pública y osadamente, con el supremo deleite de la lucha intelectual. Me sentía henchida de apasionada simpatía hacia los sufrimientos del pobre, los abrumados, las arrastradas muchedumbres no sólo de mi país, sino de todas partes, y doquiera que se atacase la libertad o la justicia allí mi pluma o mi lengua rompía el silencio. El pobre lleva siempre sobre sus espaldas una cruz ígnea y ciertamente que las clases acomodadas no me agradecían que las molestara en su muelle reposo.

El antagonismo nacido de la ignorancia creía que ateísmo implicaba degradada moralidad y vida bestial y atacó mi conducta no porque fuese indigna, sino por el prejuicio de que un ateo debía ser inmoral. Así un adversario cristiano me acusó de Leicester de enseñar el amor libre, atribuyéndome la paternidad de los principios de un libro que ni había leído, por el solo hecho de haberse publicado en el *National Reformer* como en otros periódicos londinenses, antes que yo hubiese visto aquella revista. Se alabó esa obra por su clara exposición de la teoría maltusiana, no por lo que decía sobre el amor libre al que Carlos Bradlaugh era completamente contrario.

Pero no se limitaron mis adversarios a atacarme por teorías que nunca había sostenido, sino que en sus predicaciones los agentes de la Sociedad Apologética Cristiana lanzaron contra mí la más baja acusación de inmoralidad personal. Las reconvencciones que se hicieron al Reverendo Engstrom, secretario de la sociedad, motivaron variadas protestas de desaprobación, pero como los culpables agentes continuaron en su cargo, las excusas fueron de poco valor. Ningún insulto pudo ser más soez, ninguna calumnia más infundada que la que divulgaron esos hombres amargando mi vida largo tiempo, ofendiéndome en mi dignidad, manchando mi buen nombre. Realmente había de llegar el día en que sin preocupación alguna y por amor al mísero arrojara a la calle mi reputación, pero no merecía yo entonces tales ataques.

Escritores eruditos que tenían la obligación de conocer el asunto algo más profundamente, lanzaron acusaciones violentas y destructivas contra el ateísmo; así Frances Power Cobbe escribía en la Revista Contemporánea que la pérdida de la fe en Dios ocasionaría la secularización o *destrucción* de todas las catedrales, iglesias y capillas. “¿Por qué —escribí en contestación— han de destruirse las catedrales, iglesias y capillas? El ateísmo utilizaría, no destruiría los hermosos edificios que, dedicados un día a Dios, podrían después consagrarse al hombre. ¿Por qué destruir la Abadía de Westminster con sus exquisitos arcos, sus espléndidas tonalidades de suaves y rico colores, con su ligera escultura, hecha al parecer de nubes, con su penumbra soñadora y sugestiva como “la umbría de la roca en tierra árida?” No debe destruirse, sino consagrarse al hombre. Ciertamente será mejor trasladar a otro lugar los gordinflones querubes que revolotean sobre las tumbas de los guerreros, alrededor de los cañones y de las banderas, allí donde sus ridículas formas no afeen la gracia de las columnas y arcadas; pero el espléndido edificio en el que hasta ahora resonaron los cánticos de los exóticos salmos y las predicaciones de las locuras orientales, se hará después eco de la majestuosa música de Wagner y Beethoven, y los futuros maestros podrán develar allí ante las apiñadas multitudes, las bellezas y maravillas del mundo. Las torres y los ápices no han de demolerse, pero no serán ya símbolos de una religión que sacrifica la tierra al cielo, el hombre a Dios”¹.

Muy mal juzgados salimos de las burlas y ataques que doctos e ignorantes hicieron del ateísmo, llegando a ser considerados, como dijo el cardenal Manning, como un simple rebaño.

Quienes escucharon los duros ataques que lancé contra la teología cristiana, pasaron por alto la pureza moral y la elevación de la enseñanza ateística. Cierto es que concentré todas las energías de mi cerebro y de mi palabra en desacreditar las doctrinas de la eterna tortura, de la redención expiatoria, infalibilidad de la Biblia y que expliqué crudamente la historia de la iglesia cristiana, sus persecuciones, sus guerras religiosas, sus crueldades. sus opresiones. Dolorida por la mortificación que

¹ Un mundo sin Dios.

me infligían, enojada por la cruel opresión de que eran víctimas los librepensadores dependientes de los cristianos y amenazada continuamente de proceso, identificaba el cristianismo con la tiranía política y social del clericalismo y esgrimí contra la iglesia todas las armas que la historia, la ciencia, la crítica y la erudición podían proporcionarme. Elocuencia, sarcasmo, burla, de todo me serví para abrir brecha en el muro de la creencia tradicional y de la crasa superstición.

Siempre dispuesta a discutir y razonar me oponía siempre a todo intento de que se aceptaran los dogmas cristianos por coacción. "La amenaza de coacción y las penas legales y sociales contra el incrédulo nunca darán nacimiento a la fe, virtud que ha de conquistarse por razonamiento, nunca imponerse por castigo: la persecución que amarga al fuerte y vuelve hipócrita al débil, nunca consiguió ni conseguirá honrada conversión"¹.

Si en nuestro país se puede ahora pensar y hablar abiertamente, si más amplio espíritu se ha difundido en la iglesia, si la herejía no se considera moralmente deshonrosa se debe en gran parte a la activa y militante propaganda llevada a cabo, bajo la dirección de Carlos Bradlaugh del que fui el más íntimo y fiel amigo. Reconozco que mi palabra fue en aquel entonces excesivamente mordaz; que prescindí de los servicios prestados por el cristianismo y solamente puse en evidencia sus crímenes cometiendo así una injusticia; pero de estos errores me corregí tan pronto como abandoné el campo ateo y eran defectos personales, no de la filosofía que sustentaba. Mis principales luchas eran justas y necesarias; convenía que desde muchos pulpitos cristianos se oyese el eco de las enseñanzas librepensadoras, que se despertara la mente del hombre, que se ampliara su conocimiento, y aunque condeno la innecesaria causticidad de mi lenguaje, me alegro de haber participado en la educación de Inglaterra haciendo imposible para el porvenir las groseras supersticiones del pasado y la repetición de las crueldades e injusticias que los antiguos herejes sufrieron.

Mis extremados puntos de vista en política eran la causa principal del odio que se suscitó contra mí. No me ocupé de

¹ Un mundo sin Dios.

la política como a tal, pues no podía tolerar sus inevitables compromisos; pero me interesaba ardientemente cuando se refería a la vida del pueblo. La cuestión agraria y del impuesto, el coste de la Casa Real, el obstructivo poder de la Cámara de los lores, fueron las campañas en que intervine; sostenía naturalmente la autonomía de los pueblos y era apasionada adversaria contra toda injusticia cometida a las naciones más débiles, de manera que fui siempre contraria al sistema gubernamental de aquella época. Levanté mi voz en todos los populosos barrios londinenses contra nuestra agresiva y oprimiente política en Irlanda, Transval, India, Afganistán, Birmania y Egipto a fin de despertar la conciencia del pueblo y hacerle sentir la inmoralidad de una política de piratas y usurpadores. Luché contra la guerra, la pena capital, la de azotes; pedí educación nacional en lugar de cañones, bibliotecas en vez de navíos de guerra y no es de extrañar que me denunciaran como agitadora, e incendiaria y que la ortodoxa sociedad me volviese con desdén su respetable espalda.

CAPÍTULO VIII

EN LA OBRA

Pasemos ahora, después de haber estudiado los internos móviles de la acción, a la acción misma, y veamos cuál fue la vida externa que se nutría en tales fuentes.

He dicho antes que mi amistad con Carlos Bradlaugh había empezado en la primera entrevista; pocos días después de nuestra conversación en Turner Street vino a visitarme en Norwood. Es digno de mencionar que rehusó mi primera invitación, advirtiéndome que lo pensara detenidamente antes de recibirle en mi casa. Según me explicó le odiaba de tal modo la sociedad inglesa que todos sus amigos sufrían por ello, y que por esta razón yo también pagaría muy duramente nuestra amistad. Le contesté reiterando mi invitación y diciendo que todo lo había calculado, y vino. Su profecía se cumplió, pues hasta se apartaron algunos de los que se manifestaban como librepensadores; sin embargo, la fortaleza y la felicidad *que* su compañía me depararon, compensó con creces las pérdidas ocasionadas y nunca me asaltó la más leve sombra de arrepentimiento por haber estrechado su mano en 1874. En él, encontré el más noble amigo que jamás pudo una mujer haber hallado.

Nunca me habló duramente; nunca, en las discrepancias, intentó forzar mi juicio, ni imponerme su punto de vista; discutíamos como iguales amigos, procuraba evitarme todo sufrimiento y cuando no le era posible lo compartía. De su ternura, de su simpatía, de su generoso amor, procede toda la felicidad que disfruté durante mi tormentosa vida; ha sido el hombre más altruísta que he conocido y tan sufrido como

fuerte. Mi viva e impulsiva naturaleza encontró en él la fuerza moderadora que necesitaba, el dominio que no tenía.

En nuestros raros momentos de asueto era el más jovial de todos; durante muchos años acostumbró visitarme todas las mañanas después de haber estado horas enteras recibiendo a los menesterosos que necesitaban consejo sobre cuestiones legales u otra clase, pues era el verdadero abogado del pobre, siempre dispuesto a socorrerle y aconsejarle. Traía sus libros y manuscritos y se ponía a escribir, hora tras hora, mientras yo igualmente me concentraba en mi labor cambiando de vez en cuando alguna palabra. No se interrumpía hasta la hora de comer o de cenar y aun después la reanudábamos hasta las 10 de la noche (se acostaba siempre temprano cuando podía) a cual hora regresaba a su casa, a unos tres cuartos de milla de distancia de la mía. A veces jugábamos a naipes, nuestro juego favorito, y cuando nuestro trabajo era más grave e intenso, tomábamos un día de solaz y entonces se convertía en un chiquillo rebosante de alegría y lleno de agudezas de pensamiento y palabra.

Todos los alrededores de Londres guardan gratísima memoria de nuestras excursiones; Richmond, donde atravesamos a pie su vasto parque y nos sentamos a la sombra de sus frondosos árboles; Windsor con sus alamedas de helechos; Kew, donde tomamos el té en lindo aposento; Hampton Court con su salvaje belleza; Maidenhead y Taplow con su río encantador, y sobre todo Broxbourne, donde Bradlaugh se deleitaba pasando el día con su caña de pescar, errando a lo largo del río del que conocía todos los remansos. Carlos Bradlaugh era hábil pescador y me iniciaba en los misterios del arte, tranquilamente desdeñoso ante mi aversión por la pesca una vez hecha prisionera.

En aquellos días me hablaba de sus esperanzas en el porvenir, de su labor, de su deber hacia los millares de individuos que le consideraban como su guía, de cuando se sentaría en el Parlamento como diputado por Northampton y podría conseguir que se transformaran en leyes los proyectos de reforma por que luchaba entonces con su pluma y su palabra. ¡Cuán a menudo manifestaba su amor por Inglaterra, su admiración por su Parlamento, su orgullo por su historia! Vivamente sen-

sible por las negras manchas que había en ella a causa de las inicuas guerras de conquista, de los crueles daños infligidos a los pueblos dominados, era sin embargo inglés de todo corazón, pero sintiendo ante todo que el inglés, por su mismo poder, tenía el deber de comprender las necesidades de los pueblos dominados y de hacerles voluntariamente justicia, pues no tenía valor alguno si estaban obligados a ello. No fué súbito su servicio a la India en los últimos años de su vida; había hablado de ella y la había defendido durante más de un año desde la prensa y la tribuna antes de ser diputado en el Parlamento.

Pocos días después de nuestra entrevista, Bradlaugh me ofreció un lugar en la redacción del *National Reformer* y lo que así ganaba semanalmente, una guinea tan solo, porque los reformadores nacionales son siempre pobres, era un bienvenido aumento a mis modestos recursos. Mi primer artículo apareció en el número de 30 de agosto de 1874 con la firma de *Ajax* y escribí en la revista regularmente hasta la muerte de Bradlaugh. Desde 1877 hasta que aconteció fui subdirectora para evitarle el aburrimiento de la labor material y la fatiga de leer las galeradas; durante una parte de este tiempo fui también codirectora. Escribí primero con seudónimo porque la publicación de mi nombre en las columnas del terrible *National Reformer* podía perjudicar el trabajo que estaba haciendo para Scott y hasta que estuvo acabado no me sentí libre para usar mi propio nombre. Desde entonces firmé todos mis artículos en el *National Reformer* y publiqué anónimamente los que escribía para el Sr. Scott.

El nombre de *Ajax* me lo sugirió la famosa estatua de "Ajax implorando la luz" de la que se admira una reproducción en el paseo central del Palacio de Cristal de Sydenham. El clamor por la luz en medio de la obscuridad, aunque la luz fuese destructiva, suscitó vivísima simpatía en mi corazón:

"Si nuestro hado es morir
Dadnos luz y muramos."

¡Ver, conocer, comprender aunque la visión nos ciegue, el conocimiento nos entristezca, la comprensión disipe nuestras más caras esperanzas, tal ha sido el anhelo de la mente lucha-